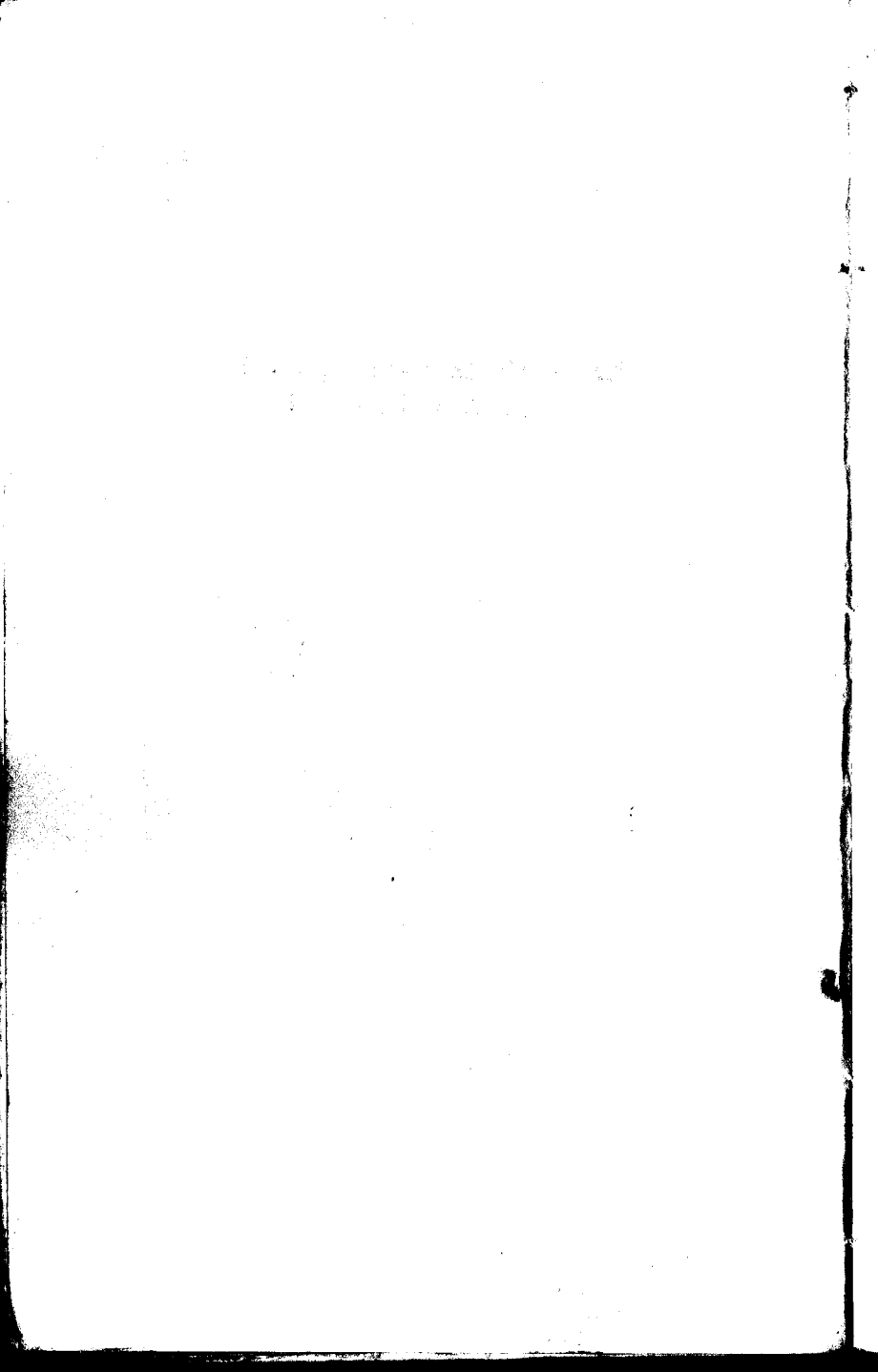


LA GUERRA CIVIL EN LOS
ESTADOS UNIDOS

LIBRERIA NUEVA CULTURA
Calle 53 No 50A-12
Tel. 45-76-76
Medellin



Carlos Marx/F. Engels

10 SET 1998

**LA GUERRA CIVIL
EN LOS
ESTADOS UNIDOS**

ESTE LIBRO ES PARA EL ESTUDIO
DE MI...
LA BIBLI...
EL ESTUD...
NO DE CHAR...



México, D. F., 1973



Carlos Marx/F. Engels

LA GUERRA CIVIL EN LOS ESTADOS UNIDOS

Traducción del francés de
Paulino García Moya

D. R. ©, 1973. Reservados todos los derechos sobre
la presente edición por Ediciones Roca, S. A.
Plan de Ayala, 4, México 17, D. F.

Primera edición



IMPRESO EN MEXICO
PRINTED IN MEXICO

193.3
M 392 g
Ej 2

INDICE

Nota editorial	7
III. FASE POLITICA: IMPERIALISMO IN- GLES Y DERROTISMO OBRERO	9
La intervención en México	13
El <i>Times</i> de Londres y los príncipes de Or- leans en América	27
Las últimas informaciones y su efecto en Londres	35
Mistificaciones periódicas en Francia. Con- secuencias económicas de la guerra	45
Crecientes simpatías en Inglaterra	49
El gabinete de Washington y las potencias occidentales	59
A propósito de la crisis del algodón	65
El humanitarismo británico y América ...	69
A propósito del escamoteo del despacho de Seward	75
El golpe de Estado de lord John Russel ...	79
El debate sobre la sutileza	83
La opinión pública inglesa	87
Un mitin pro-americano	97
Un mitin obrero en Londres	103
IV. VICTORIA Y COMPROMISO	109
Crisis en la cuestión esclavista	113
Un tratado contra el comercio de esclavos	117

384830 (2)

Donación: Argelia Londoño Prof. Ciencias Soc. Jun 12/92

Manifestaciones abolicionistas en América.	123
Síntomas de disolución de la Confederación del Sur	129
Los resultados electorales de los Estados del Norte	135
La destitución de McClellan	139
A ABRAHAM LINCOLN, PRESIDENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS DE AMERICA	145
RESPUESTA DEL EMBAJADOR AMERICANO AL MENSAJE DE LA ASOCIACION INTERNACIONAL DE TRABAJADORES	151
MENSAJE DE LA ASOCIACION INTERNACIONAL DE TRABAJADORES AL PRESIDENTE JOHNSON	155

NOTA EDITORIAL

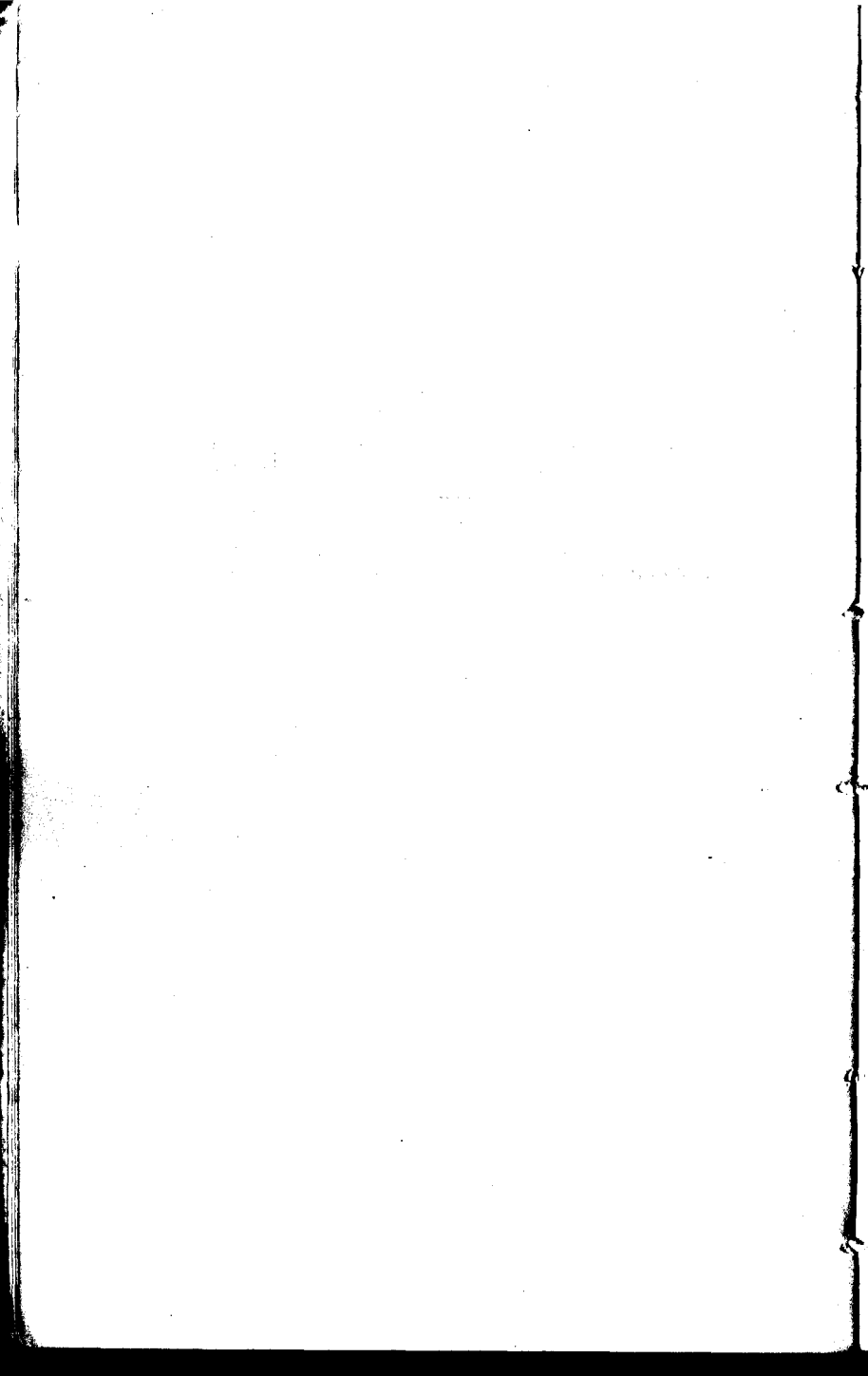
Con "Fase política" y "Victoria y compromiso" se completa esta hermosa obra de Marx y Engels sobre la guerra civil en los Estados Unidos de Norteamérica, presentada en sus dos primeros capítulos en el número 31 de Colección "R". Bastarían las dos cartas de la Asociación Internacional de Trabajadores dirigidas, la primera al presidente Lincoln y la segunda al presidente Johnson, para que el calificativo "hermosa" estuviera plenamente justificado. Mas no se trata solamente, en este libro, de un limpio y generoso espíritu de solidaridad internacional de los trabajadores con el movimiento y la lucha contra la esclavitud, sino de un claro y penetrante estudio crítico del contenido fundamental de la revolución norteamericana.

La guerra civil norteamericana de 1861 a 1865 significó el enfrentamiento del Norte industrializado, con un modo de producción sustancialmente capitalista y, por tanto, donde el trabajo asalariado gozaba y a la vez sufría de la libre compra-venta de la fuerza de trabajo, y el Sur esclavista, en donde el negro era estimado como una simple mercancía. De aquí que la lucha contra el esclavismo significara objetivamente una inmensa empresa a favor del desarrollo de la sociedad. Si el Norte contaba con la simpatía y el apoyo de los sectores avanzados de la sociedad europea, el Sur, por su parte, se beneficiaba del apoyo de las capas privilegiadas de Inglaterra e incluso de Francia y España. La primera parte de este volumen nos presenta, de la pluma de

Marx, y sin duda con la colaboración de Engels a través de su frecuente correspondencia, el esclarecimiento a que se sentía obligado, como una contribución a la lucha del Norte revolucionario, respecto al contenido político de la revolución, saliendo al paso no sólo de la interpretación clasista de la gran prensa inglesa, sino de las tergiversaciones y deformaciones que interesadamente esta prensa hacía de la lucha en el país americano.

La segunda parte de este volumen está marcada por el penetrante espíritu crítico de sus autores, que ya avizoraron el compromiso que se avecinaba, pues en sustancia tanto el bando sudista como los elementos reaccionarios del Norte tomaron conciencia de adónde podría conducir el llevar la lucha armada hasta sus últimas consecuencias. No obstante, es justo remarcar que en el bando victorioso hubo ejemplos de la consecuencia ideológica y política de algunos de sus dirigentes, que conmueven por su sinceridad revolucionaria y el estricto apego a los más nobles ideales de la revolución. Este libro presenta ejemplos de ello, a la vez que no falta el justo reconocimiento de la figura del gran Abraham Lincoln, mártir sin duda de su propia evolución política e ideológica a lo largo de la lucha y de su enfrentamiento personal y como dirigente máximo del Norte revolucionario a los que querían bastardear la esencia de la lucha. En el compromiso en que se resolvió al fin la guerra civil norteamericana encuentran su raíz tanto la fisonomía de muchos aspectos de las relaciones sociales norteamericanas que llegan incluso a nuestros días, como el papel político que los actuales Estados Unidos de Norteamérica juegan en la dinámica política y económica que caracteriza a las grandes luchas emancipadoras de nuestros días.

**III. FASE POLITICA:
IMPERIALISMO INGLES
Y
DERROTISMO OBRERO**



“¿No es John Bull un ser excepcional? Si hemos de creer al *Times*, lo que en otros sería infame, en él es virtud.”

C. Marx, *N. Y. D. T.*, 8 de mayo de 1858.

...“desde el principio, la *expedición* de México no ha tenido el objetivo que se proclama, sino que *es un acto de guerra contra los Estados Unidos.*”

C. Marx, *N. Y. D. T.*, 25 de agosto de 1861.

Carlos Marx

LA INTERVENCION EN MEXICO *

New York Daily Tribune,
23 de noviembre de 1861

Londres, 8 de noviembre de 1861

La intervención en México, preparada por Inglaterra, Francia y España es, a mis ojos, una de las empresas más monstruosas que hayan conocido los anales de la historia universal.¹ Es una maquinación

* Esta parte es la menos conocida de la guerra civil americana de 1861-1865. Se trata de aquella en la que la acción de Marx y Engels es la más comprometida, y adquiera, por tanto, el mayor relieve. Como se ve, el temor de una guerra imperialista de Inglaterra contra la revolución americana no carecía de fundamento: desde 1793, es una constante de la política inglesa la de aliarse con las fuerzas más retrógradas para impedir las revoluciones modernas que pudieran suscitar rivales comerciales en otros países. Finalmente, en la medida de sus fuerzas, Inglaterra intervino efectivamente en América, instalándose en México y fortaleciéndose en Canadá, a fin de hallarse sobre el terreno para aprovechar toda ocasión para intervenir en la guerra civil.

¹ La intervención de los países europeos en México (1861-67) tenía por objeto derrocar el gobierno progresista de Juárez y de transformar la República de México en colonia europea. Por otro lado, servía también para preparar una base de invasión de los Estados Unidos para ayudar a los esclavistas del Sur. La iniciativa, el plan y los diversos preparativos para lograr la alianza de Inglaterra con Francia y España con vistas a esta aventura imperialista fue obra de Inglaterra y particularmente de la camarilla de Palmerston, como se explica en el texto. Dirigiéndose a la opinión pública y a un pueblo "soberano", el gobierno inglés debía usar de toda suerte de estratagemas para que sus turbios proyectos triunfasen. De aquí la hipocresía y las mentiras, los falsos pretextos y la legalización fraudulenta de un eventual *casus belli*. Sólo una fuerza fundamentalmente antiimperialista

de tipo puramente palmerstoriano, que asombra al no iniciado por lo absurdo del proyecto y la imbecilidad de los medios empleados, y porque parecen perfectamente en contradicción con la bien conocida astucia de este viejo intrigante.

Por otro lado, es probable que una campaña mexicana represente uno de esos innumerables expedientes que Luis Bonaparte se ve obligado a mantener en reserva en sus alforjas, para distraer al pueblo francés de sus preocupaciones. Seguramente España, a quien los recientes y fugaces éxitos conseguidos en Marruecos y Santo Domingo² se le han subido a la cabeza, que tan frágil tiene, sueña con una restauración en México. Pero lo cierto es que el plan francés se hallaba lejos de estar maduro y que Francia, igual que España, gruñen mucho ante una expedición común en México, bajo la dirección de Inglaterra.

El 24 de septiembre, el *Moniteur* privado de Palmerston —el *Morning Post* de Londres— es el primero en anunciar con todos sus detalles el plan de una intervención común, de acuerdo con los términos del tratado recientemente concluido entre Inglaterra, Francia y España. Apenas había atravesado la Mancha esta declaración, cuando el gobierno francés, por intermedio de la *Patrie* parisiense, afir-

como el marxismo es capaz de no dejarse desvariar por todas esas contraverdades o semiverdades. Efectivamente, una fuerza radical, por el mismo hecho de su indecisión y de sus concepciones menos claras, se dejaría desorientar por engañosas esperanzas de conciliación.

² En octubre de 1859, España entra en guerra con Marruecos con el pretexto de que algunas tribus habían invadido los alrededores de Melilla y Ceuta. Marruecos opone una resistencia encarnizada, pero finalmente fue derrotado. La paz se firmó el 26 de abril de 1860. En 1861, Santana, el jefe reaccionario de Santo Domingo, proclamó que la República Dominicana formaba parte de las posesiones españolas. Los españoles fueron definitivamente expulsados de Santo Domingo en 1865.

ma que se trata de una mentira pura y simple.

El 27 de septiembre, el órgano nacional de Palmerston —el *Times* de Londres— rompió el silencio en un editorial, contradiciendo a la *Patrie*, sin nombrarla. El *Times* declara, incluso, que lord Russell había informado al gobierno francés de la decisión inglesa de intervenir en México y que M. Thouvenel había respondido que el emperador francés había llegado a una conclusión semejante. Un periódico madrileño semioficial, al mismo tiempo que confirmaba la intención de España de mezclarse en los asuntos mexicanos, rechazaba, sin embargo, la idea de una intervención común con Inglaterra. Pero todavía no estábamos al término de los desmentidos. El *Times* había anunciado categóricamente que “el presidente americano había declarado su pleno acuerdo con la expedición proyectada”. Desde hace tiempo, todos los periódicos americanos que han citado el artículo del *Times* han refutado tal aserción.

Así, pues, lo cierto es —y el *Times* lo ha admitido expresamente— que la intervención común, en su forma actual, ha sido urdida por Inglaterra, o más exactamente, por Palmerston. La adhesión de España al plan se ha obtenido gracias a la presión francesa, y la de Francia se ha logrado por medio de concesiones en el campo de la política europea. Desde este punto de vista, existe coincidencia significativa con el hecho de que el *Times* del 6 de noviembre —precisamente en el número en el que anuncia la decisión de una intervención conjunta en México— publica un editorial donde trata con un desprecio y cinismo extraordinarios la protesta de Suiza contra la reciente incursión de fuerzas armadas francesas en su territorio, por el valle de Dappes. En trueque por su participación en una expedición en México, Luis Bonaparte ha conseguido



carte blanche para hacer valer supuestos derechos sobre territorio suizo y, sin duda, sobre otras regiones del continente europeo.³ Los arreglos sobre estos puntos entre Inglaterra y Francia se han fraguado entre principios de septiembre y fines de octubre.

En Inglaterra, nadie desea una intervención en México, a no ser los acreedores del Estado mexicano, que, de todos modos, nunca han podido jactarse de la menor influencia en el sentir de la nación. De aquí la dificultad de hacer tragar a la opinión pública el plan de Palmerston. La mejor manera, después de todo, no consiste en desconcertar al elefante británico por medio de informaciones contradictorias, que, procedentes de la misma fuente, son de la misma agua, y no varían sino por la dosis administrada al animal.

El *Morning Post*, en su edición del 24 de septiembre, anuncia que no habrá "guerra territorial en México"; que el único punto litigioso eran las reivindicaciones financieras cerca del tesoro mexicano, que "es imposible tratar a México como un gobierno establecido y organizado" y que, en consecuencia, "los principales puertos mexicanos serían ocupados provisionalmente y sus entradas aduaneras confiscadas".

El *Times* del 27 de septiembre declara, por el contrario, que "una larga paciencia nos ha acostumbrado a la deshonestidad, al repudio del pago y al latrocinio legal e irremediable de nuestros compa-

³ Después de la guerra de Italia de 1859, cuyo objeto, para el aliado francés, había consistido en obtener el condado de Niza y la Saboya, Napoleón III ambicionaba la Suiza romana, a fin de asegurarse posiciones estratégicas contra Alemania, que estaba en trance de lograr su unidad. El 28 de octubre de 1861, penetraron tropas francesas en el cantón de Vaud y ocuparon la población de Cressonières. En 1862, Suiza cedió a Francia el valle de Dappes a cambio de otra región fronteriza.

triotas a consecuencia de los fallos de un Estado en bancarrota”, y que, en consecuencia, “el robo privado de los acreedores del Estado inglés” no es el motivo de la intervención, contrariamente a lo que piensa el *Morning Post*. No obstante, el *Times* señala *en passant* que “el clima de la capital de México es relativamente sano, para el caso en que fuera preciso hacer llegar una avanzadilla hasta allí”. Pero desea, sin embargo, que “la simple presencia de una escuadra aliada en el golfo y la ocupación de algunos puertos basten para estimular los esfuerzos del gobierno mexicano para restablecer la paz y para convencer a los descontentos que deben sujetarse a formas más constitucionales que las del bandidaje”.

En consecuencia, si —según el *Morning Post*— la expedición se ha tenido que emprender porque “no existía gobierno en México”, esa intervención no se habría proyectado —según el *Times*— sino para animar y apoyar al gobierno mexicano *existente*. El medio más original para reforzar un gobierno consiste, seguramente, en conquistar su territorio y requisar sus fuentes financieras.

Después que el *Times* y el *Morning Post* hubieron dado así la nota, *John Bull* fue entregado a los oráculos ministeriales menores, quienes, durante cuatro meses, le trabajaron sistemáticamente el cuerpo en el mismo estilo contradictorio, hasta que la opinión pública, aunque expresamente mantenida en la ignorancia de los objetivos y designios de una intervención, estuvo, finalmente, suficientemente hecha a la idea de una intervención conjunta en México. Al final, las transacciones con Francia terminaron: el *Moniteur* anuncia que la convención entre las tres potencias interventoras se había firmado el 31 de octubre.

El *Journal des Débats* —uno de cuyos copropie-



tarios fue nombrado comandante de uno de los navíos de la escuadra francesa— informa al mundo que no se había pensado en conquista permanente de territorio; serían ocupados Veracruz y algunos otros puntos de la costa; que había acuerdo para un avance hacia la capital, en el caso de que las autoridades constituidas no aceptasen las reivindicaciones de los invasores, y que, en fin, se instauraría un gobierno fuerte en la República.

El *Times*, que tras su primer anuncio del 27 de septiembre, parecía haber olvidado hasta la existencia de México, debía de nuevo dar un paso adelante. Si se ignoran sus vínculos con Palmerston y el hecho de que ha sido el primero en publicar en sus columnas el plan de la expedición, se podría pensar que el editorial del *Times* de hoy es la sátira más mordaz y despiadada de toda la aventura mexicana. El artículo comienza por la afirmación de que “la expedición es muy notable” (más tarde sería “curiosa”). “Tres Estados se alían para forzar a un cuarto a comportarse bien, *no tanto por medio de una guerra como de una intervención autoritaria para restablecer el orden.*”

¡Intervención autoritaria para restablecer el orden! Tal es literalmente la jerga de la Santa Alianza.⁴ ¡Ese lenguaje choca *curiosamente* por parte de Inglaterra que glorifica por principio la no intervención! ¡Y por qué “los métodos de la guerra, la declaración de guerra y todos los demás recursos

⁴ La Santa Alianza se creó en 1815 en el Congreso de Viena, por iniciativa del zar Aleajndro I. Bajo la tutela de Metternich, tenía por fin combatir la revolución en Europa y de mantener el *statu quo* contrarrevolucionario en todo el continente. La Santa Alianza emprendió algunas acciones represivas contra los movimientos revolucionarios en España (la invasión de los “Cien mil hijos de San Luis”), Italia, Alemania y Hungría. A medida que las fuerzas revolucionarias crecieron a lo largo de los años 1860, la Santa Alianza se fue disgregando.

de la ley internacional" se sustituyen por "una intervención autoritaria para restablecer el orden"? Porque, dice el *Times*, no "existe gobierno en México". Ahora bien, ¿cuál es el objetivo confesado de la expedición? "Plantear reivindicaciones a las autoridades constituidas de México."

Los únicos agravios de las potencias interventoras, las únicas razones que han dado a su hostilidad un barniz de justificación, son fáciles de enumerar. Se trata de las reclamaciones de dinero por parte de los acreedores y algunos ultrajes personales sufridos por ciudadanos ingleses, franceses y españoles, de lo que México se habría declarado responsable. Tales serían las razones de la intervención, mencionadas primeramente por el *Morning Post* y confirmadas oficialmente por lord John Russell hace algún tiempo en una entrevista celebrada con los representantes de los acreedores del Estado mexicano en Inglaterra. El *Times* de hoy escribe: "Inglaterra, Francia y España han preparado una expedición para obligar a México a cumplir sus obligaciones particulares y asegurar la protección de los ciudadanos de los tres países."

Pero, en la continuación de su artículo, el *Times* da un viraje y exclama: "Indudablemente *obtendremos*, al menos, *un reconocimiento de nuestras reivindicaciones financieras*; de hecho, en todo momento, *hubiera bastado una sola fragata británica para que obtuviésemos satisfacción*. Por ello, esperamos que los peores excesos que se han cometido sean reparados rápida y completamente. *Está claro, en efecto, que si nosotros queremos solamente eso, es superfluo recurrir a las medidas extremas que se nos pronone actualmente.*"

El *Times* confiesa seguidamente, en términos velados, que las razones confesadas al principio para justificar la expedición no eran sino vacuos pretextos.

tos, que ninguna medida de las aplicadas en ese momento era necesaria para obtener reparación y que, de hecho, el "reconocimiento de las deudas financieras y la protección de los ciudadanos europeos" no tenían nada que ver con la presente intervención conjunta en México. ¿Cuáles son, pues, los verdaderos objetivos?

Antes de seguir al *Times* en sus explicaciones, queremos, de paso, destacar algunas "curiosidades" que se ha guardado bien de abordar. Primeramente, es en verdad "curioso" que sea España —precisamente España— la que emprenda una cruzada por las sacrosantas deudas extranjeras. El último *Courrier du Dimanche* invita al gobierno francés a aprovechar la ocasión para forzar a España al "cumplimiento sin cesar diferido de sus viejas obligaciones frente a los acreedores franceses".

Una segunda "curiosidad" más sorprendente aún es que Palmerston —quien, según la reciente declaración de lord John Russel, ha preparado el plan de invasión de México para forzar a su gobierno a pagar a los acreedores ingleses—, ese mismo Palmerston ha renunciado, voluntariamente y sin consultar al gobierno mexicano, a los derechos reconocidos a Inglaterra por el tratado de 1826, y especialmente a las garantías de crédito de México en favor de los acreedores ingleses.

En virtud del tratado celebrado en 1826 con Inglaterra, México se obligaba a no tolerar la instauración de la esclavitud sobre ninguna parte de su territorio actual. Otra cláusula de ese tratado preveía que Inglaterra obtenía una hipoteca sobre cuarenta y cinco millones de acres pertenecientes al Estado de Texas, para garantizar los préstamos acordados por los capitalistas británicos. Pero fue Palmerston quien, diez o doce años más tarde, intervino como mediador en favor de Texas contra Méxi-

co. En el tratado concluido por él con Texas, no renuncia solamente a la *cláusula antiesclavista*, sino también a la *hipoteca sobre los dominios del Estado*. Fue él, pues, quien despojó a los acreedores ingleses de su garantía.⁵

En aquel momento, el gobierno mexicano protesta; pero, entre tanto, el ministro John C. Calhoun podía permitirse esta broma: anunciar al gabinete de Saint James que su deseo "de abolir la esclavitud en Texas se lograría mejor por la anexión de Texas a los Estados Unidos". De hecho, los acreedores ingleses perdieron todo derecho sobre México, desde el momento en que Palmerston sacrificó voluntariamente la garantía hipotecaria prevista por el tratado de 1826.

Entre tanto, puesto que el *Times* reconoce que la presente intervención nada tiene que ver con las reclamaciones de dinero y las vejaciones sufridas por personas privadas, ¿cuál puede ser su objeto, tanto pretendido como real?

"¡Una intervención autoritaria para restablecer el orden!" Como Inglaterra, Francia y España proyectan una nueva Santa Alianza y forman un arcópagó militar para restablecer el orden en el mundo entero, es necesario —escribe el *Times*— que México sea "*salvado de la anarquía* y vuelva a tener un gobierno propio y la paz". Es necesario, pues, que los agresores "instauren un gobierno fuerte y durable"; más aún, ese gobierno debe ser constituido sobre la base de "un partido mexicano".

⁵ Marx ofrece aquí un ejemplo concreto del papel que jugó el imperialismo inglés en el desarrollo de las estructuras esclavistas en el seno de la Unión Americana, con vistas a suministrar materia prima a su industria algodonera. Además, constituye un sorprendente ejemplo de la teoría marxista de la relación entre Estado político y economía, siendo la superestructura estatal determinada en su acción por la producción existente y reaccionando a su vez sobre ella.

En estas condiciones, ¿hay que admitir que Palmerston y su portavoz —el *Times*— consideran efectivamente la intervención conjunta como medio para alcanzar el objetivo anunciado, a saber: “acabar con la anarquía e instaurar un gobierno durable en México? El *Times*, lejos de acariciar sueños tan quiméricos, escribe abiertamente el 27 de septiembre en su primer editorial: “El único punto sobre el cual podrían surgir diferencias entre nuestros aliados y nosotros, es el del *gobierno de la República*. Inglaterra desea que sea confiado al *Partido Liberal, actualmente en el poder*; en cambio, Francia y España son sospechosas de parcialidad hacia el *poder eclesiástico que acaba justamente de ser derribado...*”⁶ Sería, en efecto, extraño que Francia se

⁶ En 1857, México adoptó una constitución liberal que restringía los privilegios del clero y preveía elecciones populares. En el cuadro de esta nueva Constitución, el general Comonfort fue elegido presidente. Un golpe de Estado, maquinado por el partido clerical, lo derrocó muy pronto e instaló en su lugar al general Zuloaga. Las fuerzas progresistas declararon entonces que Juárez era el *Presidente Constitucional de México*. En estas condiciones estalla en 1858 la guerra civil. Juárez salió victorioso de tres años de luchas encarnizadas y los generales reaccionarios Zuloaga y Miramón fueron vencidos. En 1861 hizo su entrada en la capital de México y fue reelegido Presidente. Durante todas estas luchas, los bienes de la Iglesia fueron confiscados y nada fue desdeñado a fin de reducir la potencia de la Iglesia reaccionaria. En estas circunstancias se produce la intervención de las potencias imperialistas europeas a la que se ha hecho referencia en la nota 1. A raíz de algunas diferencias entre las potencias interventoras, Inglaterra y España retiraron sus fuerzas en abril de 1862. Los franceses continuaron la expedición y se apoderaron de la ciudad de México en el verano de 1863. Instalaron en el poder como emperador a Maximiliano, archiduque de Austria nacido en 1832. En 1865, la victoria de los nordistas en los Estados Unidos contribuyó a debilitar las posiciones bonapartistas y la aventura terminó en 1867, después que Juárez infligiera una severa derrota a las tropas francesas en Querétaro. El arti-

hiciese la protectora de los clérigos y bandidos, en el Viejo y el Nuevo Mundo.

En su editorial de hoy, el *Times*, lanzado en su carrera continúa y resume sus escrúpulos en una frase: "Es difícil suponer que todas las potencias interventoras den su preferencia a uno de los dos partidos existentes en México, y *por eso mismo es difícil suponer* que sea posible encontrar un compromiso viable entre enemigos tan irreconciliables".

Palmerston y el *Times* saben, pues, perfectamente que "existe un gobierno en México", que el "Partido Liberal", que tiene manifiestamente las preferencias de Inglaterra, se "halla actualmente en el poder", que "el poder de la Iglesia ha sido derrocado", que la intervención española es la última esperanza de los clérigos y los bandidos, y que, en fin, toda la anarquía mexicana se encuentra en vías de desaparición. Saben, pues, que la intervención conjunta, cuyo objetivo confesado sería salvar a México de la anarquía, produce el efecto contrario, es decir, que debilita al gobierno constitucional, refuerza el partido de la Iglesia gracias a las bayonetas francesas y españolas, aviva el fuego prácticamente extinguido de la guerra civil y restaura la anarquía *en toda su amplitud*.

La conclusión que el *Times* mismo saca es a la vez "notable" y "curiosa". Dice, en efecto: "Aunque estas consideraciones pudieran hacer reflexionar en las consecuencias de la expedición, no militan contra la *oportunidad de la expedición misma*."

Por tanto, que la expedición contradiga sus objetivos confesados no milita contra su oportunidad. E, igualmente, que los medios empleados se opongan a los objetivos confesados no milita contra ellos.

Pero he guardado hasta aquí para mí la más gran-

ficial imperio se derrumbó y, como es sabido, Maximiliano acabó fusilado.



de "curiosidad" que nos reserva el *Times*. En efecto, dice: "Si el presidente Lincoln aceptara la invitación prevista por el tratado de participar en las próximas operaciones, el asunto tomaría un carácter todavía más curioso".

Sería, en efecto, altamente "curioso" que los Estados Unidos, que viven en buena amistad con México, se asociaran a los traficantes europeos del Orden y, participando en su acción, sancionasen la intervención del areópago militar europeo en los asuntos internos de los Estados americanos. El primer plan de una extensión parecida de la Santa Alianza más allá del Atlántico la concibió Chateaubriand en provecho de los Borbones franceses y españoles.⁷ El plan fracasó gracias a la acción de un ministro inglés, Cuning, y de un presidente ame-

⁷ El Vizconde de Chateaubriand (1768-1848), escritor y político francés nacido en Saint-Malo, importante puerto bretón, fue un decidido contrarrevolucionario que se refugió en Inglaterra, desde donde apoyó la guerra anti-jacobina de este país; fue uno de los ideólogos de la reacción y restauración francesa, después de vencido Napoleón y decidido partidario de la Santa Alianza. Entre 1822 y 1823 fue ministro de Asuntos Exteriores con el ministerio Villèle, uno de los más despóticos y reaccionarios que tuvo Luis XVIII. Durante ese ministerio, Chateaubriand trató de llevar a cabo la idea que concibiera durante sus viajes por los países americanos y según la cual apoyaría resueltamente a España en el empeño de restablecer el imperio en América, reprimir duramente los movimientos de liberación de las colonias y poner al frente de cada uno en calidad de virreyes o reyes a miembros de la familia Borbón, la mayor parte de los cuales eran franceses. Evidentemente, Francia, alcanzaría ventajas enormes en la esfera americana, incluso ampliando en esas tierras sus dominios directos. Ni qué decir tiene que esta idea de un conjunto de reinos autónomos, pero unidos bajo hegemonía franco-española se oponía a los designios imperialistas bien manifiestos de Inglaterra, como también de los Estados Unidos, por el momento menos evidentes.

ricano, Monroe.⁸ La crisis actual en los Estados Unidos representa, a los ojos de Palmerston, el momento favorable para reemprender ese viejo proyecto bajo una forma modificada. Como los Estados Unidos no pueden actualmente permitir que una fuerza extranjera se mezcle en la guerra por la Unión, se ven reducidos a *protestar*. Los partidarios en Europa de la causa americana desean que los Estados Unidos protesten y rechacen, ante el mundo entero, toda participación en un proyecto tan infame.

Esta expedición militar de Palmerston, ejecutada en alianza con otras dos potencias europeas, ha comenzado durante la intersesión parlamentaria, es decir, sin la aprobación, o mejor, contra la voluntad del Parlamento británico. La primera guerra extra-

⁸ James Monroe, nacido en Westmoreland, Virginia (1758-1831), fue presidente de los Estados Unidos de 1817 a 1825 y durante su mandato, el 2 de diciembre de 1823, dirigió al Congreso un mensaje proclamando los principios de la que ha pasado a la historia con el nombre de "doctrina Monroe" o de "América para los americanos", según la cual ninguna potencia europea habría de intervenir en los asuntos de cualquiera de los países del continente americano ni conquistar o adueñarse de ningún territorio en el mismo. En contrapartida, proclamaba que los Estados Unidos no se mezclarían en los asuntos europeos. Esta doctrina salía al paso de las ambiciones imperialistas que alimentaban las potencias europeas, según hemos visto en la nota anterior; en este sentido la doctrina suponía un apoyo a las ansias de independencia de los pueblos latinoamericanos, que venían sosteniendo una lucha porfiada contra las metrópolis española y portuguesa; era, por tanto, en aquel entonces, avanzada y antiimperialista. Sin embargo, como todo principio burgués, esta doctrina se modifica progresivamente y se cambia en su contrario, llegando a ser la teoría imperialista norteamericana que ha tenido vigencia durante los últimos cien años, al asentar la hegemonía indiscutible de Estados Unidos en América Latina, rechazando al mismo tiempo cualquier intervención de otro país ajeno al continente. Así, en esta coyuntura vemos la iniciación de la decadencia del ciclo imperial inglés y del ascenso del ciclo americano.



parlamentaria de Palmerston fue la guerra afgana, cuya amplitud ha sido minimizada y su causa justificada mediante documentos falsificados. Otra de tales guerras ha sido la persa de 1857-1858. Palmerston la defendió en aquel momento bajo el pretexto de que "el principio de un acuerdo previo del Parlamento no era aplicable a las guerras *asiáticas*". Parece que ese principio tampoco se aplica a las guerras *americanas*. Perdiendo el control de las guerras extranjeras, el Parlamento renuncia a todo control sobre el Tesoro nacional, y el gobierno parlamentario no es más que una farsa.

Carlos Marx

EL *TIMES* DE LONDRES Y LOS PRINCIPES DE ORLEANS EN AMERICA

New York Daily Tribune,
7 de noviembre de 1861
Londres, 12 de octubre de 1861

Con ocasión de la visita del rey de Prusia a Compiègne,¹ el *Times* de Londres publicó algunos artículos cáusticos, que hicieron escándalo al otro lado de la Mancha. A su vez, el *Pays*, periódico del Imperio, dice de los redactores del *Times* que son gente cuyo espíritu se halla trastornado por la ginebra, y su pluma mojada en el fango.

Este intercambio ocasional de invectivas tenía por único fin engañar a la opinión pública sobre las relaciones íntimas establecidas entre Printing House Square y las Tullerías. En efecto, no existe, fuera de las fronteras francesas, mayor sicofante del hombre del dos de diciembre que el *Times* de Londres, y los servicios de este periódico son tanto más preciosos cuanto, de tiempo en tiempo, toma el tono y aire de Catón el censor, frente a César.

Hacía meses que el *Times* cubría de insultos a Prusia. Utilizando el miserable asunto MacDonald,²

¹ Desde el 6 al 8 de octubre de 1861, el rey Guillermo de Prusia rindió visita a Napoleón III en Compiègne. Los dos soberanos examinaron la posibilidad de una alianza franco-prusiana para aislar a Inglaterra. Volvieron también a examinar la vieja cuestión de la rectificación de la frontera francesa, fijada en 1815.

² En septiembre de 1860, un capitán del ejército inglés —McDonald— fue detenido en Bonn y procesado penalmente por las autoridades locales. El gobierno inglés explota el incidente, arreglado en mayo de 1861, para reforzar su propaganda antiprusiana.

hizo comprender a Prusia que Inglaterra vería con buenos ojos que las provincias renanas fueran sustraídas a la bárbara dominación de los Hohenzollern y colocadas bajo el despotismo ilustrado de un Bonaparte. El *Times* exaspera no solamente a la dinastía prusiana, sino también al pueblo prusiano. De un solo golpe arruinaba la idea de una alianza anglo-prusiana, en caso de conflicto entre Prusia y Francia. Había hecho todos sus esfuerzos para convencer a Prusia de que nada podía esperar de Inglaterra y que más le valdría entenderse con Francia. Cuando el débil y vacilante monarca de Prusia se decide por fin a una visita a Compiègne, el *Times* podía orgullosamente exclamar: *quorum magna pars fui*; ³ pero el momento exigía ahora borrar de la memoria de los ingleses que el *Times* había mostrado esa vía al rey de Prusia. De ahí el teatral estruendo de tormenta, y el eco no menos teatral del *Pays*, periódico del Imperio.

El *Times* ha recobrado ahora su posición de aversión mortal hacia el bonapartismo y, al mismo tiempo, el poder ayudar eficazmente al hombre del dos de diciembre. Pronto se ofreció una ocasión. Luis Napoleón siente de pronto celos de la gloria de sus rivales y pretendientes al Trono de Francia. El mismo se había cubierto de ridículo en el asunto del panfleto del duque de Aumale contra Plon-Plon,⁴

³ Donde yo tengo una gran parte.

⁴ El folleto antibonapartista *Lettre sur l'Histoire de France*, en el que el duque de Aumale (Enrique de Orleans) respondía al discurso pronunciado en el Senado durante la primavera de 1861 por Napoleón (apodado Plon-Plon o Príncipe Rojo y considerado como promotor de los bonapartistas de izquierda) fue secuestrado por orden del Emperador; el editor y el impresor fueron condenados a penas de prisión y una multa de cinco mil francos. Plon-Plon publicó también diversos panfletos donde atacaba el régimen para ganar las simpatías de

y, por su actitud, había contribuido más a la causa orleanista que todos los orleanistas juntos.

Hace algunos días, el pueblo francés ha sido de nuevo invitado a establecer un paralelismo entre Plon-Plon y los príncipes de Orleans. Cuando Plon-Plon fue a América, circularon por el barrio de San Antonio caricaturas que representaban un hombre gordo que andaba a la busca de una corona, pero simulaba al mismo tiempo no ser más que un turista inofensivo, que tuviera al mismo tiempo una profunda aversión al olor de la pólvora. Mientras que Plon-Plon ha vuelto a Francia sin otros laureles que los que ya había cosechado en Crimea y en Italia, los príncipes de Orleans atravesaban el Atlántico para enrolarse en el ejército nacional.⁵ Esto produjo gran excitación en el campo bonapartista. Ahora bien, los bonapartistas no pueden dar curso libre a su cólera en la prensa venal de París, sin divulgar sus aprehensiones, refrescar la memoria del panfleto y suscitar detestables comparaciones entre los príncipes de Orleans en exilio, que combaten bajo la bandera republicana contra quienes tienen en esclavitud a millones de hombres laboriosos, y otro príncipe exilado que, en funciones de policía de fuerzas especiales, había tomado parte gloriosa en el aplastamiento del movimiento obrero inglés.⁶

los obreros parisinos, que quería organizar en sindicatos de inspiración bonapartista.

⁵ En septiembre de 1861, los dos príncipes de la Casa de Orleans, el conde de París y el duque de Chartres, a quienes se había unido el príncipe de Joinville, llegaron a Washington y consiguieron autorización para incorporarse al ejército de la Unión en tanto que ayudantes de campo. Los dos príncipes fueron promovidos capitanes y designados para el ejército de Potomac. Efectuaron su servicio en la campaña de la península en 1862. El príncipe de Joinville escribió un relato de esta campaña; de igual modo, el conde de París publicó una obra sobre la guerra de Secesión.

⁶ Se hace alusión a un hecho poco glorioso de la vida

¿Quién podía ayudar al hombre del dos de diciembre a resolver este dilema? ¿Quién, si no es el *Times* de Londres? Si, después de haber suscitado durante los días 6, 7, 8 y 9 de octubre de 1861 la cólera del *Pays, periódico del Imperio*, por sus cínicas observaciones con motivo de la visita de Compiègne, ese mismo *Times* publicaba el 12 de octubre un artículo atacando ferozmente a los príncipes de Orleans, porque se habían enrolado en el ejército nacional de los Estados Unidos, ¿no probaría ello, entonces, que Luis Bonaparte tenía razón frente a los príncipes de Orleans? ¿Y por qué no traducir en seguida el artículo del *Times* al francés con los comentarios de los periódicos parisinos y que el señor prefecto de policía lo remita a toda la prensa departamental a fin de que circule en toda Francia a título de juicio imparcial ofrecido por el *Times* de Londres, este enemigo personal de Luis Bonaparte, sobre el comportamiento de los príncipes de Orleans? Así, pues, el *Times* ha publicado hoy un ataque vilmente injurioso sobre los príncipes de Orleans.

Luis Bonaparte tiene, naturalmente, demasiado del hombre de negocios para compartir la ceguera de los fabricantes de opinión pública en lo que concierne a la guerra americana. Sabe que el verdadero pueblo de Inglaterra, de Francia, de Alemania y de Europa considera la causa de los Estados Unidos como la suya propia, la de la libertad, y que a despecho de todos los sofismas de la prensa venal, las masas consideran el suelo de los Estados Unidos como el suelo libre de millones de sin-tierra de Eu-

de Napoleón III. En 1848, durante su estancia en Inglaterra, Luis Napoleón se enrola en un grupo especial de policía de reserva que intervino, junto al ejército y la policía activa, contra la manifestación de masas organizada por los cartistas el 10 de abril de 1848. La derrota cartista determinó que los obreros ingleses ya no participaran en la revolución europea de 1848.

ropa, como la tierra prometida que se trata en este momento de defender empuñando las armas contra la sórdida dominación de los esclavistas. Pero, además, Luis-Napoleón sabe muy bien que las masas francesas establecen un vínculo entre la lucha por mantener la Unión y la de sus antepasados por la independencia americana; de aquí que, todo francés que saca la espada por el gobierno nacional, aparece como el ejecutor testamentario de La Fayette. En consecuencia, Bonaparte sabe que si hay algo que impresione favorablemente al pueblo francés es el enrolamiento de los príncipes de Orleans en las filas del ejército nacional de los Estados Unidos. Tiembla ante ese solo pensamiento y, en consecuencia, el *Times* de Londres, su sicofante puntilloso, informa hoy a los príncipes de Orleans que, "si se rebajan a enrolarse en ese *combate innoble*, su popularidad no se encontrará reforzada entre el pueblo francés".

Luis-Napoleón sabe que todas las guerras que se han originado entre dos naciones adversarias en Europa desde su golpe de Estado no han sido verdaderas guerras, pues han estado llevadas sin base real, deliberadamente, bajo falsos pretextos. La guerra de Crimea y la italiana, sin hablar de las expediciones de bandidaje contra China, Cochinchina,⁷ etc., jamás han suscitado simpatía en el pueblo francés, que instintivamente se da cuenta de que esas guerras se han emprendido solamente con el fin de reforzar

⁷ En 1856, Napoleón III, obrando de acuerdo con la Gran Bretaña exige de parte de China "reparaciones y concesiones" por el asesinato de un misionero francés. Se apodera de Cantón, ocupó los fuertes de Taku y obliga a China a aceptar el tratado de Tientsin (1858). Francia e Inglaterra obtuvieron otras concesiones comerciales en las provincias lejanas del Este, así como grandes indemnizaciones. Entre tanto, Napoleón, ayudado por España, se apodera del tan ansiado puerto de Saigón en Cochinchina, así como también, en 1862, de otras tres provincias.



sus cadenas, forjadas por el golpe de Estado.⁸ De hecho, la primera guerra importante de la historia contemporánea se desarrolla en América.

Los pueblos de Europa saben que los esclavistas del Sur han desencadenado esta guerra, cuando han declarado que el régimen esclavista no era compatible más tiempo con la Unión. En consecuencia, los pueblos de Europa saben que la lucha por mantener la Unión se lleva contra la dominación esclavista y que la forma más elevada de autogobierno del pueblo realizada en la actualidad libra batalla a la forma más baja y vergonzosa de esclavitud humana, conocida en los anales.

Luis Bonaparte se halla evidentemente muy embarazado por el hecho de que los príncipes de Orleans participen precisamente en esta guerra, que se distingue por su gigantesca amplitud y la grandeza de su objetivo, de todas las guerras inmotivadas, fútiles y bajas que Europa ha sufrido desde 1849. Por ello, el *Times* tenía que declarar: "No establecer la diferencia entre una guerra que se hacen naciones enemigas y esta guerra civil, la más inútil y desprovista de fundamento que la historia haya jamás conocido, es en alguna medida ofender la moral pública".

Naturalmente, el *Times* debe ir hasta el fin de su ataque contra los príncipes de Orleans, que se han rebajado a "tomar parte en un combate innoble". Inclinandose profundamente ante los vencedores de Sebastopol y Solferino, el *Times* de Londres añade: "No es discreto querer comparar acciones como las

⁸ En realidad, las guerras imperialistas, aunque solamente impliquen a los Estados, se dirigen contra las clases laboriosas, debiendo ser combatidas como tales. En el caso de Napoleón III, la política de guerras de expansión distraen a los obreros de sus preocupaciones y les impide luchar por sus propios intereses.

de Springfield y de Manassas⁹ a la epopeya de Sebastopol y Solferino”.

El próximo correo nos informará cómo los órganos imperiales han explotado el artículo del *Times*. Como dice el proverbio, un amigo en la desgracia es mejor que mil amigos en la prosperidad, y el aliado secreto del *Times* de Londres se halla en este momento en bien molesta situación.

Una penuria de algodón paralela a la de una penuria de trigo; una crisis comercial paralela a una penuria agrícola, y todo ello agravado con una caída de ingresos aduaneros y dificultades monetarias, han forzado al Banco de Francia a elevar su tasa de descuento a seis por ciento, a hacer una transacción con los Rothschild y Baring con vistas a conseguir un empréstito de dos millones de libras inglesas sobre el mercado de Londres, a garantizar los valores del gobierno francés en el extranjero, cuando, además, la banca no dispone más que de una reserva de doce millones con relación a una deuda de cuarenta.

Tal situación económica evidentemente brinda a los diversos pretendientes la ocasión de jugarse el todo por el todo. Ya ha habido escaramuzas en el barrio de San Antonio a causa de la penuria de víveres: es, pues, el momento menos apropiado para permitir a los príncipes de Orleans que se hagan populares. De aquí el ataque rabioso del *Times* de Londres.

⁹ Alusión a las grandes derrotas que sufrieron las tropas bisoñas de la Unión en sus primeros tiempos de actuación.





Carlos Marx

LAS ULTIMAS INFORMACIONES Y SU EFECTO EN LONDRES

New York Daily Tribune,
19 de diciembre de 1861
Londres, 30 de noviembre de 1861

Desde la declaración de guerra contra Rusia en 1853, nunca había observado en todas las capas de la sociedad inglesa excitación parecida a la que han suscitado las informaciones relativas al asunto del *Trent*,¹ traídas a Southampton por la *Plata*, el 27 del

¹ Durante los primeros días de noviembre de 1861 los sudistas mandaron a Europa a dos emisarios, James Mason y John Sliddel, acompañados de sus secretarios. Estos emisarios, burlando el bloque nordista, llegaron a La Habana y embarcaron en el mercante inglés *Trent*. El capitán Wilkes, de la goleta norteamericana *San Jacinto*, que tuvo conocimiento del hecho, creyendo obrar de acuerdo con normas internacionales, abordó en el canal de las Bahamas al *Trent* e hizo prisioneros a los emisarios sudistas. Los políticos belicistas británicos y a su cabeza Palmerston, que trataban de arrastrar a Inglaterra a la intervención contra la Unión, cogieron como pretexto el asunto del *Trent*, falseando muchos de los detalles del asunto, exagerando su importancia y agitando el chovinismo del pueblo inglés, quisieron hacer de este incidente un *casus belli*, tener con ello un motivo legal para declarar la guerra a la Unión. La prudencia del gobierno federal y la campaña de los amigos de la causa antiesclavista de la Unión, entre los que descuellan Marx y Engels, fueron esclareciendo el asunto, denunciando los turbios objetivos de Palmerston y los suyos, reduciendo el asunto a su términos reales y privándolo de la capacidad de obrar de acuerdo con esos turbios propósitos. Contra la corriente de los belicistas y sus campañas confusionistas, los pueblos fueron tomando conciencia de los términos del problema; el americano, que se debía evitar caer en la trampa de la provocación que tendían los reaccionarios ingleses, y el británico, de ver que se tra-



corriente. Hacia las dos de la tarde, el telégrafo eléctrico anuncia públicamente este "acontecimiento desagradable" en la sala de información de las bolsas británicas. Todas las acciones comerciales bajaron, mientras que los precios del salitre suben. La cotización de los títulos consolidados del Estado inglés disminuye un setenta y cinco por ciento y en el Lloyd² se pide un suplemento de cinco guineas para cubrir los riesgos que se derivan de la guerra para los navíos de Nueva York. Finalmente, durante la tarde circulan por Londres los rumores más pesimistas: el embajador americano habría recibido inmediatamente su pasaporte y se habrían dado órdenes de requisar inmediatamente todos los navíos americanos en los puertos del Reino Unido, etcétera.

Los comerciantes de algodón de Liverpool —ami-

taba de un incidente de menor cuantía que se no afectaba en modo alguno sus intereses. El propio Consejo de Estado inglés se vio forzado a reconocer que el capitán de la goleta nordista obró legalmente en lo esencial, errando en lo accesorio: se le reconocía el derecho de apresar en su totalidad el mercante inglés *Trent* y poner el asunto en manos de un tribunal competente de la Unión, pero lo que excedía su derecho era prejulgar el fallo de ese tribunal haciendo prisioneros a los emisarios. De acuerdo con esta visión del incidente, dichos emisarios fueron liberados el primero de enero de 1862 y embarcados en el barco inglés *Rinaldo* y enviados a Inglaterra, con lo que el incidente quedaba cerrado. Los esfuerzos de Marx y Engels y tantos que como ellos se volcaron en esos momentos se explican por el hecho de que, dada la correlación de fuerzas en la guerra civil, la intervención inglesa en favor de los sudistas habría puesto en grave aprieto la causa antiesclavista y el resultado de la guerra.

² Lloyd es la conocida compañía de seguros marítimos londinense. Ese nombre viene de Eduardo Lloyd (muerto en 1726), que tenía un café donde los negociantes en seguros marítimos habían adquirido la costumbre de reunirse, haciendo del lugar una especie de bolsa de esta rama mercantil.

gos de la secesión— utilizaron la ocasión para convocar a toda prisa en los locales del comercio algodonero de la bolsa un mitin de protesta bajo la presidencia de M. Spence, autor de un oscuro panfleto en favor de la Confederación sudista. El comandante Williams, agente del almirantazgo a bordo del *Trent*, que había llegado con la *Plata*, fue inmediatamente enviado a Londres.

Al día siguiente, el 28 de noviembre, la prensa londinense dio muestras en general de un espíritu de moderación, que contrastaba extrañamente con la formidable agitación política y el ajetreo de la víspera. Los periódicos de Palmerston —el *Times*, el *Morning Post*, el *Daily Telegraph*, el *Morning Advertiser* y el *Sun* habrían recibido la consigna de calmar antes que de echar aceite al fuego. En sus observaciones sobre la actitud del *San Jacinto*, el *Daily News*, evidentemente, tenía menos la intención de atacar al gobierno de la Unión que de alejar de sí mismo la sospecha de “prejuicio yanqui”, mientras que el *Morning Star* —el órgano de John Bright—, sin pronunciarse sobre la oportunidad y el interés de la “acción”, defendió su carácter legal. Sólo hubo dos excepciones entre los habituales tenores de la prensa londinense. Los plumíferos conservadores del *Morning Herald* y del *Standard* —en realidad, un periódico sólo, bajo dos nombres— dieron libre cauce a su salvaje satisfacción escribiendo que los “republicanos” habían caído en la trampa y que se habían encontrado un *casus belli* bien preparado. Solamente fueron sostenidos por otro periódico —el *Morning Chronicle*— que se esfuerza desde hace años en prolongar su miserable existencia vendiéndose por turno al envenenador Palmer y a las Tullerías.

La excitación de la bolsa se calma en gran parte, debido al tono conciliante de los periódicos desta-



cados de Londres. Ese mismo 28 de noviembre, el comandante Williams declara ante el Almirantazgo y expone las circunstancias del incidente sobrevenido en el canal de Old Bahama. Su informe, al mismo tiempo que la declaración de los oficiales del *Trent*, fueron en seguida sometidos a los consejeros jurídicos de la Corona, cuya opinión fue comunicada por la noche oficialmente a lord Palmerston, lord Russell y otros miembros del gobierno.

El 29 de noviembre, se podía notar un ligero cambio de tono en la prensa gubernamental. Se supo que los consejeros jurídicos de la Corona, situándose en el plano técnico, habían declarado que la acción de la fragata *San Jacinto* era *ilegal*, y que el gabinete reunido el mismo día en sesión plenaria había decidido enviar, por el próximo vapor, instrucciones a lord Lyons, a fin de que obrase conforme a la decisión de los consejeros jurídicos de la Corona. La agitación redobla en todos los centros de negocios importantes, tales la Bolsa, los Lloyd's, la agencia de negocios Jerusalem, el Báltico, etc.; alcanzó su cima con la noticia según la cual se habían interrumpido la víspera las entregas previstas de salitre a América y que el 29 las autoridades aduaneras habían recibido la orden de prohibición general de exportar este artículo a cualquier país, salvo excepciones bien estrictas. La cotización del papel del Estado inglés continúa descendiendo el setenta y cinco por ciento, y en un momento dado se produjo el pánico en todas las bolsas, ya que se había llegado a la imposibilidad de efectuar la menor transacción con alguna seguridad, pues el valor de todos los papeles sufrían una severa depresión, como probaban todas las informaciones. Por la tarde se opera una ligera recuperación en la Bolsa, a continuación de algunos rumores y especialmente la información según la cual Adams habría manifestado

la opinión de que el gabinete de Washington desautorizaría los métodos empleados a bordo del *San Jacinto*.

El 30 de noviembre (hoy), todos los periódicos londinenses —con la única excepción del *Morning Star*— plantearon la alternativa siguiente: reparación por el gabinete de Washington, o guerra.

Tras esta breve relación de los hechos ocurridos después de la llegada de la *Plata*, quisiera exponer las opiniones relativas a este asunto. Hay que considerar el secuestro de los dos emisarios del Sur a bordo de un vapor postal bajo dos aspectos, uno jurídico y otro político.

Por lo que se refiere al aspecto legal del asunto, la primera dificultad esgrimida por la prensa conservadora y el *Morning Chronicle*, es que los Estados Unidos jamás han reconocido a los secesionistas del Sur como potencia beligerante, de suerte que no podrían reivindicar derechos de guerra.

Estos sofismas fueron inmediatamente refutados por la misma prensa gubernamental. El *Times* escribe: “Nosotros hemos reconocido ya a esos Estados confederados como potencia beligerante y, llegado el momento, reconoceríamos a su gobierno. Por esta razón, es por la que no hemos impuesto a nosotros mismos todos los deberes de una potencia neutral frente a dos beligerantes”.

Así, los Estados Unidos —hayan o no reconocido a la Confederación la calidad de beligerante— tienen el derecho de pedir que Inglaterra se someta a todos los deberes y molestias de una potencia neutral en una guerra marítima.

En consecuencia, toda la prensa londinense —con la excepción de los periódicos citados— reconoce al *San Jacinto* el derecho de inspeccionar y registrar el *Trent* con el fin de asegurarse de si las mercancías y las personas a su bordo entran en la categoría



de "contrabando de guerra". Ahora bien, el *Times* insinúa que la legislación inglesa sobre la materia "ha sido elaborada en circunstancias absolutamente diferentes a las de hoy"; que "en esa época no existían barcos a vapor ni navíos postales, cargados de correo que interesaran directamente a todo el mundo"; que "nosotros (ingleses) luchábamos por nuestra existencia y que en esos días hemos hecho lo que no permitiríamos a otros hacer". Todo esto no es serio. El *Moniteur* privado de Palmerston —el *Morning Post*— ha declarado el mismo día que los navíos postales eran simples navíos de comercio y que no entraban en la categoría de buques de guerra y transporte, que no son sometidos al derecho de inspección. En efecto, el derecho de inspección del *San Jacinto* se ha reconocido por la prensa londinense, como asimismo por los consejeros jurídicos de la Corona. La objeción según la cual el *Trent* no circulaba de un puerto beligerante a otro también beligerante, sino al contrario, de un puerto neutro a otro también neutro, ha sido descartada por la decisión de lord Stowell, a saber, que el derecho de inspección sirve también para conocer el lugar de destino del navío.

Se ha evocado seguidamente la cuestión de saber si el *San Jacinto*, disparando un obús por encima de la proa del *Trent*, y después una granada que hace explosión en el mar, no habría violado los usos y las reglas de cortesía en el ejercicio del derecho de inspección y visita. En general, la prensa londinense ha admitido que no siendo conocidos los detalles del asunto más que por una de las partes en causa, esta cuestión secundaria no debía influir en la decisión a tomar por el gobierno británico.

Desde el momento en que ha reconocido así el derecho de inspección ejercido por el *San Jacinto*, hay que preguntarse qué es lo que buscaba. ¿Cuál

era la naturaleza del *contrabando de guerra* que se suponía que practicaba el *Trent*? Primeramente, es necesario definir el contrabando de guerra. ¿Lo son los despachos de un gobierno beligerante? ¿Entran en esa definición las *personas* que llevan esos despachos? En el caso de que se responda afirmativamente a esas dos cuestiones, ¿esos despachos y sus portadores son contrabando de guerra, cuando se encuentran sobre un navío de comercio que circula de un puerto neutro a otro también neutro? La prensa londinense admite que las decisiones de las autoridades jurídicas más elevadas de ambos lados del Atlántico son tan contradictorias y pueden mantenerse con igual apariencia de justicia, que en todo caso el *San Jacinto* ha creado un caso de *prima facie*.³

De acuerdo con esta opinión corriente en la prensa inglesa, los consejeros jurídicos de la Corona han dejado de lado la materialidad de la cuestión jurídica y solamente han planteado la cuestión de forma. Afirman que el derecho internacional no ha sido violado en su *contenido*, sino solamente en su *forma*. Han llegado a la conclusión de que el comandante del *San Jacinto* ha cometido una falta deteniendo, por su propia iniciativa a los emisarios del Sur, en lugar de conducir el *Trent* a un puerto de la Unión para someter su caso al tribunal norteamericano competente, ya que ningún crucero armado puede atribuirse el derecho de erigirse en juez en el mar. Por eso, los consejeros jurídicos de la Corona inglesa *acusan* —en mi opinión, con razón— al *San Jacinto* de una simple *falta de procedimiento*. Sería fácil desenterrar ejemplos jurídicos que muestran que Inglaterra se ha hecho culpable de violaciones

³ Caso establecido con pruebas suficientes para dar una presunción de hecho, o para establecer el hecho en cuestión, a menos que no se haga oposición con éxito.



análogas de formalidades del derecho marítimo, pero las violaciones de la ley no deben nunca su-plantar la ley misma.

Podemos preguntarnos ahora si la reparación exigida por el Gobierno inglés —a saber, la restitución de los emisarios del Sur— puede mantenerse desde que los mismos ingleses consideran esta violación del derecho como una cuestión de *forma* y no de *sustancia*. Un jurista del Temple señala a este propósito en el *Times* de hoy: “Incluso si el asunto no fuese tan claramente a nuestro favor como en el caso de que pudiéramos atacar la decisión de un tribunal de justicia americano relativa a este navío y mostrar que se halla manifiestamente en contradicción con el derecho internacional, la actitud errónea del capitán americano dejando al *Trent* proseguir su ruta hacia Southampton se halla en favor de los propietarios y pasajeros británicos. Pero ¿podemos por lo mismo descubrir en una falta de procedimiento que juega en favor nuestro, la base para una querrela internacional?”

No obstante, aunque el gobierno americano debe admitir, por lo que me parece, que el capitán Wilkes ha violado el derecho marítimo de manera formal o material, el cuidado de su prestigio o de sus intereses podría, por lo demás, aconsejarle regatear las condiciones de reparación de la parte lesionada. Como quiera que sea, el gobierno debería saber que trabajaría por los intereses sudistas si permitiera que los Estados Unidos fueran implicados en una guerra con Inglaterra, y que una tal guerra sería un regalo del cielo para Napoleón III, por razón de sus dificultades actuales, de suerte que los círculos oficiales franceses la apoyarían; en fin, que el gobierno inglés, sea con las fuerzas actualmente bajo mando británico en las guarniciones de América del Norte y de las Indias occidentales, sea con los ejér-

bitos para la expedición mexicana, dispondría de una superioridad aplastante en el mar.

En lo que atañe al aspecto político de la captura en el canal de Bahama, la prensa no sólo de Inglaterra, sino también de todo el continente es unánime en asombrarse de la conducta extraña del gobierno americano, que provoca tan peligrosas tensiones internacionales para apoderarse de los señores Mason, Slidell y Cía., mientras que los señores Yancey y Man se pavonean en Londres.

El *Times* tiene seguramente razón cuando escribe: "Incluso el señor Seward debería reconocer que la voz de los emisarios sudistas opera desde el fondo de su cautividad con mil veces más fuerza sobre Londres y París, que si se les hubiese escuchado en Saint James y en las Tullerías."

La población de los Estados Unidos, que ha aceptado con tanta entereza limitar su propia libertad a fin de salvar a su patria no dejará de volver en su favor la corriente de la opinión pública en Inglaterra, reconociendo abiertamente y reparando prudentemente una metedura de pata internacional que amenaza confirmar las esperanzas más insensatas de los rebeldes del Sur.



Carlos Marx

**MISTIFICACIONES PERIODISTICAS
EN FRANCIA. CONSECUENCIAS
ECONOMICAS DE LA GUERRA**

Die Presse,
4 de enero de 1862
Londres, 31 de diciembre de 1861

La creencia en los milagros no parece sino retirarse de un lugar para refugiarse en otro. Si se expulsa de la naturaleza, inmediatamente renace en la política. Este, al menos, es el criterio de los periódicos parisinos y de sus compadres las agencias telegráficas y de las oficinas de corresponsales de periódicos.

Así, los periódicos vespertinos de París anuncian que lord Lyons habría declarado al señor Seward que esperará hasta la noche del 20 de diciembre, y que volvería a Londres si el gabinete de Washington rehúsa entregar los prisioneros. Los periódicos parisinos conocían, pues ya *ayer*, las gestiones que lord Lyons efectuaría *tras* la recepción de los despachos que le debía transmitir el *Europa* (sin embargo, la noticia de la llegada del *Europa* a Nueva York no ha llegado todavía a Europa). De tal modo, antes de ser informados de la llegada del *Europa* a América, la *Patrie* y sus compadres publicaban en Europa noticias sobre acontecimientos que no se podían producir en los Estados Unidos sino después de la llegada del *Europa*. Manifestamente, la *Patrie* y sus compadres creen que los juegos de manos no dependen de la magia.

Un periódico de Londres señala, en uno de sus artículos sobre la Bolsa, que las invenciones parisi-



nas, igual que los artículos provocadores de algunos periódicos ingleses, no sirven solamente a las especulaciones políticas de personalidades gubernamentales, sino también a las especulaciones bursátiles de algunas personas privadas.

El *Economist*, que ha sido uno de los partidarios más ruidosos del partido de la guerra, publica en su último número la carta de un *comerciante de Liverpool* y un editorial, en los que se previene al público inglés que haría mal en subestimar los peligros de una guerra con los Estados Unidos. En efecto, durante el año 1861, Inglaterra ha importado por valor de 15.380.901 de libras esterlinas de cereales, de los cuales seis millones de los Estados Unidos. Inglaterra sufriría por la imposibilidad de comprar trigo americano, más que los Estados Unidos por la imposibilidad de venderlo.

Los Estados Unidos gozarían de la ventaja de una *prioridad de información*. Si decidiesen la guerra, los telegramas volarían inmediatamente de Washington a San Francisco y los navíos americanos comenzarían sus operaciones militares en el Pacífico y las aguas chinas varias semanas antes de que Inglaterra haya podido hacer llegar a las Indias la noticia de la declaración de guerra.

Desde el principio de la guerra civil, el comercio de América con China y Australia ha disminuido en proporciones enormes. Pero, en la medida que se prosigue, los cargamentos se pagan con letras de crédito inglesas; dicho de otro modo, con capital inglés. Por el contrario, el comercio de Inglaterra con la India, China y Australia sigue siendo muy importante; incluso ha aumentado desde la interrupción del comercio con los Estados Unidos. Los corsarios americanos tendrían, pues, un vasto campo para el corso en el mar, mientras que en revancha los ingleses lo tendrían insignificante.

Las inversiones de capitales ingleses en los Estados Unidos sobrepasan con mucho el capital invertido en la industria algodonera inglesa.¹ Por contra, las inversiones de capitales americanos en Inglaterra son prácticamente nulas. Ciertamente, la marina inglesa eclipsa a la americana, pero su proporción relativa ya no es —ni de lejos— la que era durante la guerra de 1812-1814.

Si ya en aquel momento los corsarios americanos se revelaron superiores a los ingleses, ¿qué sería ahora? Un bloqueo efectivo de los puertos americanos, especialmente en invierno, hay que excluirlo totalmente. En las aguas interiores entre el Canadá y los Estados Unidos —y la superioridad aquí es decisiva para el desenlace de la guerra sobre tierra—, los Estados Unidos dispondrían de una superioridad absoluta desde la apertura de las hostilidades.

En una palabra, el comerciante de Liverpool llega a la conclusión siguiente: "Nadie aconsejaría a Inglaterra hacer la guerra simplemente a causa del algodón. Nos resultaría más barato alimentar todos los distritos algodoneros durante tres años a costa del Estado que llevar una guerra durante un año con los Estados Unidos por causa del algodón".

¹ Cuando la guerra de Secesión estalló, los capitales ingleses invertidos en los Estados Unidos eran considerables, especialmente en los ferrocarriles de Nueva York y de Erie, de Baltimore y Ohio, de Filadelfia y de Reading y de Illinois Central; en sociedades de seguros, como las de New York Time y American Life; en sociedades mineras, como la Pennsylvania Bituminous Coal, Land and Timber y Legh Coal and Mining; en empresas tales como la Baring Holding en Virginia occidental. Es evidente que los capitales ingleses se hallaban en mala postura en el Norte y casi no podían contar con bases militares y tropas británicas próximas para su "defensa". Se encontraban en la relación de fuerzas, como rehenes en manos de los americanos. Es un ejemplo clásico del efecto del poder político sobre el económico.



Ceterum censeo,² que el incidente del *Trent* no elevará a la guerra.

² La expresión "*Ceterum censeo Carthaginem esse delendam*" significa: "Por lo demás, entiendo que Cartago debe ser destruida". Esta muletilla era con la que Catón cerraba todas sus intervenciones en el Senado romano, manifestando así su voluntad decidida en pro de una guerra final con Cartago.

Carlos Marx

**CRECIENTES SIMPATIAS
EN INGLATERRA**

New York Daily Tribune,
25 de diciembre de 1861
Londres, 7 de diciembre de 1861

Los amigos de los Estados Unidos de este lado del Atlántico esperan con ansiedad que el gobierno de la Unión tome una decisión conciliadora. No es que están de acuerdo con los aullidos salvajes de la prensa británica sobre un incidente de guerra, que no constituiría, según el propio criterio de los consejeros jurídicos de la Corona inglesa, más que una simple falta de procedimiento y que se puede resumir en una palabra: el derecho internacional ha sido violado por el capitán Wilkes por el hecho de que, en lugar de apoderarse del *Trent*, de su cargamento, sus pasajeros, su equipaje y sus emisarios, solamente ha detenido a estos últimos. La ansiedad de los amigos de la gran República no proviene de que teman que no esté en condiciones a la larga de hacer frente a Inglaterra, incluso teniendo en cuenta que la guerra civil pesa ya sobre sus espaldas. Con mayor razón, no esperan de los Estados Unidos que abandonen —aunque fuese por un instante y en esta sombría hora de prueba— su gallarda posición en el concierto de las naciones. Los motivos que los animan son otros.

En primer lugar, la tarea más inmediata de los Estados Unidos consiste en aplastar la rebelión y restaurar la Unión. El anhelo que prevalece entre los esclavistas y sus instrumentos norteamericanos es el de arrastrar a los Estados Unidos a una guerra

con Inglaterra. Si esta guerra estallase, el primer paso de Inglaterra sería el de reconocer a la Confederación del Sur, y el segundo, el poner fin al bloqueo. En segundo lugar, ningún general, a menos de verse forzado, encararía una batalla cuyo terreno, tiempo y condiciones serían escogidos por el adversario.

“Una guerra con América —dice el *Economist*, un periódico que goza de la profunda confianza de Palmerston— debe siempre ser uno de los acontecimientos más deplorables de la historia inglesa; no obstante, si hubiera que llegar a ella, *sería indudablemente en el momento en que pudiera sernos lo menos gravosa. Es el único momento, en nuestros comunes anales, en el que nos procuraría una compensación inesperada y parcial.*”

Justamente porque Inglaterra está ansiosa de aprovechar “en ese momento preciso” el más pequeño y desgraciado pretexto de guerra, los Estados Unidos deberían guardarse bien de brindar “en ese momento preciso” el menor pretexto a Inglaterra. No se empieza una guerra con la intención de que sea “lo menos gravosa” posible, ni que “nos procure una compensación inesperada y parcial”. La ventaja del momento sería enteramente de un lado, del lado del adversario inglés. ¿Se necesita mucha reflexión para comprender que cuando la guerra civil hace estragos en un Estado, el momento es el menos favorable para emprender una guerra exterior?

En cualquier otra circunstancia, los medios de negocios de Gran Bretaña habrían considerado con terror una guerra contra los Estados Unidos, pero, desde hace meses, una fracción importante e influyente del mundo de los negocios empuja al gobierno a romper el bloqueo por la fuerza, a fin de aprovisionar la rama principal de la industria inglesa en materias primas indispensables. El temor a una

disminución de las exportaciones inglesas hacia los Estados Unidos ha disminuido, por el hecho de que ese comercio en realidad es ya limitado. Así, el *Economist* afirma que los Estados del Norte "son malos clientes, poco interesantes". El gigantesco crédito que el comercio inglés consentía habitualmente a los Estados Unidos, sobre todo aceptando los giros sobre China y la India, ha sido reducido a la quinta parte de lo que era en 1857. Por añadidura, la Francia bonapartista, en bancarrota, paralizada en el interior y hostigada por las dificultades exteriores, se precipitaría sobre una guerra anglo-americana como sobre un maná celeste. ¿No se halla dispuesta, para comprar el apoyo inglés en el continente, a movilizar todas sus fuerzas para ayudar a la la "pérfida Albión" al otro lado del Atlántico? Basta leer los periódicos franceses para convencerse. El grado de indignación en su amable preocupación por el "honor inglés", sus largas parrafadas sobre la necesidad para Inglaterra de vengar su bandera, sus mezquinas difamaciones de todo lo que es americano, todo esto podría ser pavoroso, si no fuera al mismo tiempo grotesco y repugnante.

Finalmente, los Estados Unidos no perderían un ápice de su dignidad, porque cediesen en este asunto. Inglaterra ha reducido su queja a una pura *falta de procedimiento*, un *error de técnica*. La misma Inglaterra se ha necho sistemáticamente culpable en el curso de todas sus guerras marítimas, mientras que los Estados Unidos no han cesado de protestar contra ella y que el presidente Madison, en su mensaje dando señal a la guerra de 1812, la denuncia como una de las violaciones más indignantes del derecho internacional.¹ Si se quisiera hacer no-

¹ El primero de junio de 1812, el presidente Madison declaró en un mensaje al Congreso que los cruceros británicos no cesaban de violar la bandera americana y se apoderaba de marinos americanos para incorporarlos a



tar, en defensa de los Estados Unidos, que han pagado a Inglaterra en su misma moneda, no se les haría un buen servicio. Con razón, ellos se han desentendido de lo que un capitán ha hecho por su propia iniciativa y de lo que han llamado una usurpación sistemática a expensas de la marina británica.

Obrando así, toda la ventaja está del lado americano. De una parte, Inglaterra reconocería el derecho de los Estados Unidos a inspeccionar todo navío inglés al servicio de la Confederación del Sur y de conducirlo al tribunal competente americano. De otra parte, a los ojos de todo el mundo, Inglaterra habría prácticamente abandonado una pretensión a la que no habían podido hacerle renunciar ni la paz de Gand en 1814,² ni las negociaciones de

la fuerza en su flota. Aseguraba que si los Estados Unidos se hubieran permitido hacer lo mismo con la Gran Bretaña, ésta habría puesto el grito en el cielo y "vengado" tan "hiriente enormidad". Finalmente, los Estados Unidos declararon la guerra a Inglaterra que dominaba aún en gran parte de lo que hoy es territorio nacional de los Estados Unidos y que no llegaba a hacerse a la idea de dejar América a los americanos. Los ingleses obtuvieron varias victorias entre 1812 y 1814 e incluso llegaron a ocupar Washington. En esta época, Inglaterra acariciaba la idea de restaurar el viejo régimen tanto en Europa, contra la Francia revolucionaria, como en América. Pero esta idea era ya utópica, se hallaba por encima de sus posibilidades reales. Por ello, los americanos terminaron por inflingirles una gran derota en Nueva Orleans determinado el final de la guerra que se formalizó en enero de 1815.

² En la conferencia de paz de Gand, en 1814, Inglaterra se encontró en excelente posición para negociar. Napoleón estaba en el exilio, sus tropas no se hallaban comprometidas en Europa y podían, por tanto, intervenir más fácilmente en América. De otra parte, la posición de América era desesperada: el gobierno federal estaba haciendo frente a la posibilidad de guerra civil, por la amenaza de Nueva Inglaterra de hacer secesión. En estas circunstancias, la delegación británica rehusó toda concesión. En el

1842 entre lord Ashburton y el ministro Webster.³ La cuestión se resume a fin de cuenta en esto: ¿preferís utilizar este "incidente desagradable" en vuestro favor o —cediendo a una cólera momentánea— en favor de vuestros enemigos interiores y exteriores?

Desde mi último artículo, de hace ocho días, los títulos consolidados del Estado inglés han bajado todavía un dos por ciento en relación con el viernes último, pues los precios actuales son de 89 y $\frac{3}{4}$ a 89 y $\frac{7}{8}$ para el dinero líquido y de 90 a 90 $\frac{1}{8}$ para el nuevo balance del 9 de enero. Esta cotización de los títulos consolidados ingleses corresponde a la que se ha registrado a lo largo de los dos primeros años de la guerra de Crimea. Esta caída de las cotizaciones es respuesta a los graves hechos siguientes: declaraciones belicosas de periódicos americanos llegados aquí por el último correo; irritación de la prensa londinense, cuya moderación desde hace dos días no es más que una finta montada por Palmerston; envío de tropas a Canadá; proclamación prohibiendo la exportación de armas y de material para la fabricación de pólvora, y, por último, fanfarronadas diarias a propósito de los gigantescos preparativos de guerra en los muelles y arsenales marítimos.

tratado de Cand, firmado el 24 de diciembre de 1814, no se hacía mención del enrolamiento forzado de los marinos americanos ni de los derechos de los países neutrales en alta mar. Incluso el problema de las fronteras se remitió a otras negociaciones.

³ En 1841, lord Ashburton, propietario de varios dominios en el Maine, fue enviado a América para arreglar algunos problemas litigiosos. Después de negociaciones con Webster, secretario de Estado americano, se firmó un tratado en 1842. Los Estados Unidos conseguían las $\frac{7}{10}$ partes del territorio en litigio entre el Maine y Canadá. Fueron adoptadas otras disposiciones por las que se regulaba la extradición recíproca de criminales y sobre la "abolición" del tráfico de esclavos.



De una cosa se puede estar seguro: Palmerston quisiera un pretexto legal para una guerra contra los Estados Unidos, pero choca en el gabinete con la oposición más resuelta de los señores Gladstone, Milner Gibson y, en menor grado, de sir Cornwall Lewis. El "noble vizconde" dispone del apoyo de Russell —un instrumento servil entre sus manos— y de toda la camarilla de liberales. Si el gabinete de Washington ofreciera ese pretexto legal deseado, el actual gabinete inglés saltaría y sería reemplazado por un gobierno de conservadores. Los primeros contactos con vistas a tal cambio de escena han tenido ya lugar entre Palmerston y Disraeli. Ello es lo que explica los violentos llamamientos a la guerra del *Morning Herald* y del *Standard* —esos lobos hambrientos que aúllan a la espera de algunas migajas que salgan de las caritativas cajas del Estado.

Los designos de Palmerston se aclaran cuando se les relaciona con algunos sucesos recientes. En la mañana del 14 de mayo, después de haber sido informado por el telégrafo de Liverpool de la llegada del señor Adams la noche del 13 de mayo a Londres, se mostró dispuesto a reconocer a los secesionistas la calidad de beligerantes. Tras una severa lucha con sus colegas, envía tres mil soldados a Canadá,⁴ ejército ridículo para ocupar un frente de

⁴ Los ingleses utilizaron no solamente México, sino también Canadá en sus planes belicistas contra la Unión Americana. Además, los ingleses seguían manteniendo en sus manos grandes extensiones de territorio al sur de lo que hoy es Canadá. Con motivo de un viaje que en 1888 Engels hizo a los Estados Unidos escribía a Sorge: "Se siente uno extraño cuando pasa de los Estados Unidos a Canadá. La primera impresión es la de haber vuelto a Europa; en realidad, nos encontramos en un país atrasado y retrógrado. Aquí se ve hasta qué punto es necesario al desarrollo rápido de un país nuevo el espíritu febril de especulación de los americanos (suponiendo adquirida la base de la producción capitalista). En diez años, este

mil quinientas millas, pero juego de manos hábil si se trata de agujonear la rebelión e irritar a la Unión. Hace algunas semanas, insta a Napoleón III a proponer una intervención armada conjunta "en el combate mortal" y después defendió ese proyecto en el gabinete y, si fracasa en hacerlo triunfar, se debe únicamente a la resistencia de sus colegas. Palmerston y Bonaparte decidieron entonces la intervención en México como mal menor. Esta expedición perseguiría dos objetivos: provocar el justo resentimiento de los americanos y, al mismo tiempo, tener el pretexto para enviar una escuadra, dispuesta, como lo dice el *Morning Post*, a "cumplir todos sus deberes en las aguas del Atlántico norte si la actitud hostil del gobierno de Washington nos obliga". En el momento en que esta expedición se realizaba, el *Morning Post*, así como el *Times* y otros lacayos más insignificantes de la prensa de Palmerston escribieron que sería una cosa hermosa, incluso filantrópica, porque expondría a la Confederación esclavista a un doble fuego: el del Norte antiesclavista y el de las fuerzas antiesclavistas de Inglaterra y Francia! ¿Y qué dice el mismo *Morning Post* —una curiosa mezcla de Jenkins y de Rodomonte,⁵ de bajeza y de fanfarronada— en su edición de hoy a propósito del mensaje de Jefferson Davis?⁶ Es-

Canadá medio dormido estará maduro para la anexión y los mismos granjeros de Manitoba y otras regiones la reclamarán. De todas maneras, el país se halla a medias anexionado en el plano social: los hoteles, los periódicos, la publicidad, etc., todo se hace según el modelo americano". Engels acusa a Inglaterra de ser responsable en gran parte del atraso de esta "colonia", al mantener esta "ridícula línea fronteriza".

⁵ Jenkins: nombre popular dado a un lacayo de librea. Rodomonte, rey de Argelia, en el poema "Rolando Furioso", de Ariosto; esta figura personifica la jactancia.

⁶ Algunos días después de la captura de los dos emisarios sudistas, Davis envía al Congreso confederado un mensaje destinado a influir en los británicos más bien que

cuchemos al oráculo de Palmerston: "Debemos esperar que esta expedición sea ineficaz durante un periodo de tiempo considerable. Mientras que el gobierno del Norte está demasiado lejos para permitirse intervenir enérgicamente en esta cuestión, la Confederación del Sur se extiende, por otra parte, sobre un largo trayecto a lo largo de la frontera con México, si bien su actitud amistosa frente a los promotores de la intervención tendrá efectos sensibles. El gobierno del Norte ha bromeado siempre sobre nuestra neutralidad, cuando en cambio los gobiernos del Sur, como hombres de Estado discretos y ponderados, han reconocido todo lo que podíamos hacer en beneficio de las dos partes. Tanto en lo que concierne a nuestra empresa en México como en lo que se refiere a nuestra actitud frente al gabinete de Washington, la amistosa moderación de la Confederación del Sur constituye un punto importante a nuestro favor".

Me permito señalar que el *Nord* del 3 de diciembre —un periódico ruso que, por ese título, es un iniciado en los planes de Palmerston— deja entender que desde el principio la expedición de México no ha tenido el objeto que se proclama, sino que es, una forma de guerra contra los Estados Unidos.

La carta del general Scott⁷ ha tenido un efecto

en los sudistas. Apelando a los "instintos" patrióticos de los ingleses, Davis afirma que el Norte reivindicaba una jurisdicción sobre el amplio mar y que la detención de los agentes confederados "en las calles de Londres hubiera tenido el mismo fundamento que la que habían sufrido en alta mar".

⁷ El general Winfield Scott, que se encontraba en París en el momento que la noticia del *Trent* llega a Europa, expresa la opinión de que la captura de los emisarios sudistas no podía haber sido autorizada por el gobierno federal. "Estoy convencido —escribía— que el Presidente y el pueblo americanos serían felices liberando a esos hombres [...] si obrando así pudieran contribuir a liberar el comercio mundial".

benéfico sobre la opinión pública e incluso sobre la bolsa de Londres: los conjurados de Downing Street y de las Tullerías han tenido que desmentir a la *Patrie*, la que, haciéndose la informada de fuente oficial, había declarado que el mismo gabinete de Washington había hecho detener a los emisarios sudistas sobre el *Trent*.



Carlos Marx

EL GABINETE DE WASHINGTON Y LAS POTENCIAS OCCIDENTALES

Die Presse,

25 de diciembre de 1861

Londres, 20 de diciembre de 1861

Una de las sorpresas más chocantes de la guerra anglo-franco-turco-rusa, por lo demás fértil en sorpresas, fue incontestablemente la declaración de París en la primavera de 1856 sobre el derecho marítimo. Cuando estalla la guerra contra Rusia, Inglaterra suspendió la utilización del arma más poderosa que tenía: la confiscación de las mercancías pertenecientes al enemigo sobre barcos neutrales y la guerra de corso en el mar. Al final de la guerra, Inglaterra destruyó sus armas y sacrificó los restos en el altar de la paz. Aunque oficialmente vencida, Rusia goza de una concesión que, desde los tiempos de Catalina, vanamente se había esforzado por arrancar por una serie de "neutralidades armadas",¹ de guerra y de intrigas diplomáticas.

¹ Durante la guerra de la independencia americana, el almirantazgo inglés pretendía tener el derecho de visita y de captura de navíos neutrales que comerciaran con América y transportaran armas de contrabando. Catalina de Rusia aprovechó la ocasión para oponerse a las pretensiones inglesas de hegemonía sobre el mar, que eran fatales a Rusia. Hizo una declaración sobre la neutralidad armada el 11 de marzo de 180 proponiendo que los navíos neutrales tuvieran el derecho de oponerse por la fuerza a los ataques de los Estados beligerantes; que las potencias neutrales tuviesen derecho a comerciar libremente con los beligerantes, que la propiedad enemiga fuera inviolable desde que circulara bajo pabellón neutral. No admitía el bloqueo más que en el caso en que la entrada en un puerto se hallara prácticamente bloqueada por navíos de guerra. De 1780 a 1783, la diplomacia rusa supo

Aun habiendo manifiestamente ganado la guerra, Inglaterra renuncia, por el contrario, a los potentes medios de ataque y defensa que se había forjado en tanto que potencia marítima y que detentaba desde hacía siglo y medio contra un mundo en armas.

Las consideraciones humanitarias que sirven de pretexto a la Declaración de 1856,² se desvanecen ante el examen superficial de los hechos. La acción en mar de los corsarios no es más *bárbara* que la de los cuerpos de voluntarios o de guerrilleros en las guerras terrestres. La acción en curso en el mar es la guerrilla marina. La confiscación de los bienes privados de una nación beligerante también se produce en la guerra terrestre. ¿Es que las requisas militares se limitan a las cajas del gobierno enemigo y respetan la propiedad de las personas privadas? La naturaleza de la guerra terrestre protege los bienes enemigos que se hallan en territorio neutral, es decir, bajo la soberanía de una potencia neutral. La naturaleza de la guerra marítima borra esas barreras, por el hecho de que el mar, en tanto que gran vía de intercomunicación entre naciones,

ganarse a este proyecto a Dinamarca, Suecia, Prusia, Austria, Portugal y el reino de las dos Sicilias. En 1800, Napoleón intentó utilizar contra Inglaterra la liga de la "neutralidad armada del norte" (Rusia, Prusia, Suecia y Dinamarca).

² "Declaración sobre los principios del derecho marítimo internacional" adoptada el 16 de abril de 1865 en el Congreso de París. Prohibía las operaciones de corsarios (es decir, la guerrilla en el mar) e inauguraba, pues, la era de las guerras navales entre Estados oficiales. Garantizaba la protección de los navíos de comercio de los Estados neutrales contra las molestias y abusos de las potencias beligerantes. En realidad, la declaración fue un triunfo para Rusia, la que, en caso de guerra, habría sido asfixiada por un bloqueo marítimo, dado que su industria se hallaba aún demasiado atrasada para bastar a las necesidades normales y con mayor razón las excepcionales de un país en guerra.

no puede pertenecer a la soberanía de ninguna potencia neutral.

De hecho, sin embargo, la Declaración de 1856 encubre una gran inhumanidad bajo la fraseología filantrópica. Desde el punto de los *principios*, *transforma la guerra de los pueblos en guerra de los gobiernos*. Dota a la propiedad de una inviolabilidad que niega a las personas. Emancipa al comercio de los horrores de la guerra y así hace indiferentes hacia tales horrores a las clases que ejercen el comercio y la industria. De todas maneras, los pretextos humanitarios de la Declaración de 1856 no se dirigían más que a la galería europea, lo mismo que los pretextos religiosos de la Santa Alianza.

Es un hecho bien conocido que lord Clarendon —el firmante de los derechos marítimos ingleses en el Congreso de París— ha obrado sin acuerdo o instrucción previa de la Corona, como lo manifiesta en la Cámara Alta. Tenía plenos poderes por medio de una *carta privada* de Palmerston. Hasta ahora, Palmerston no se ha atrevido a pedir al Parlamento inglés la sanción de la Declaración de París y su firma por Clarendon. Haciendo abstracción de los debates sobre el contenido de la Declaración, teme a los debates sobre la cuestión constitucional, a saber: ¿puede un ministro inglés usurpar el derecho de borrar de un plumazo —independientemente de la Corona y el Parlamento— la antigua base de la potencia marítima inglesa? Si ese golpe de Estado ministerial no ha originado interpretaciones tumultuosas, sino que ha sido aceptado en silencio como un hecho, lo debe Palmerston a la escuela manchesteriana.³ Para servir los intereses que representa —y, por tanto, la filantropía, la civilización y el

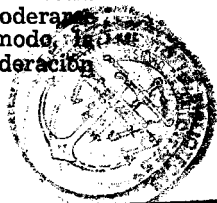
³ Esta escuela defiende en economía política los principios de libre cambio y en filosofía el liberalismo. Marx demuestra aquí que el liberalismo cambia la noción de Estado y se adhiere al dirigismo.

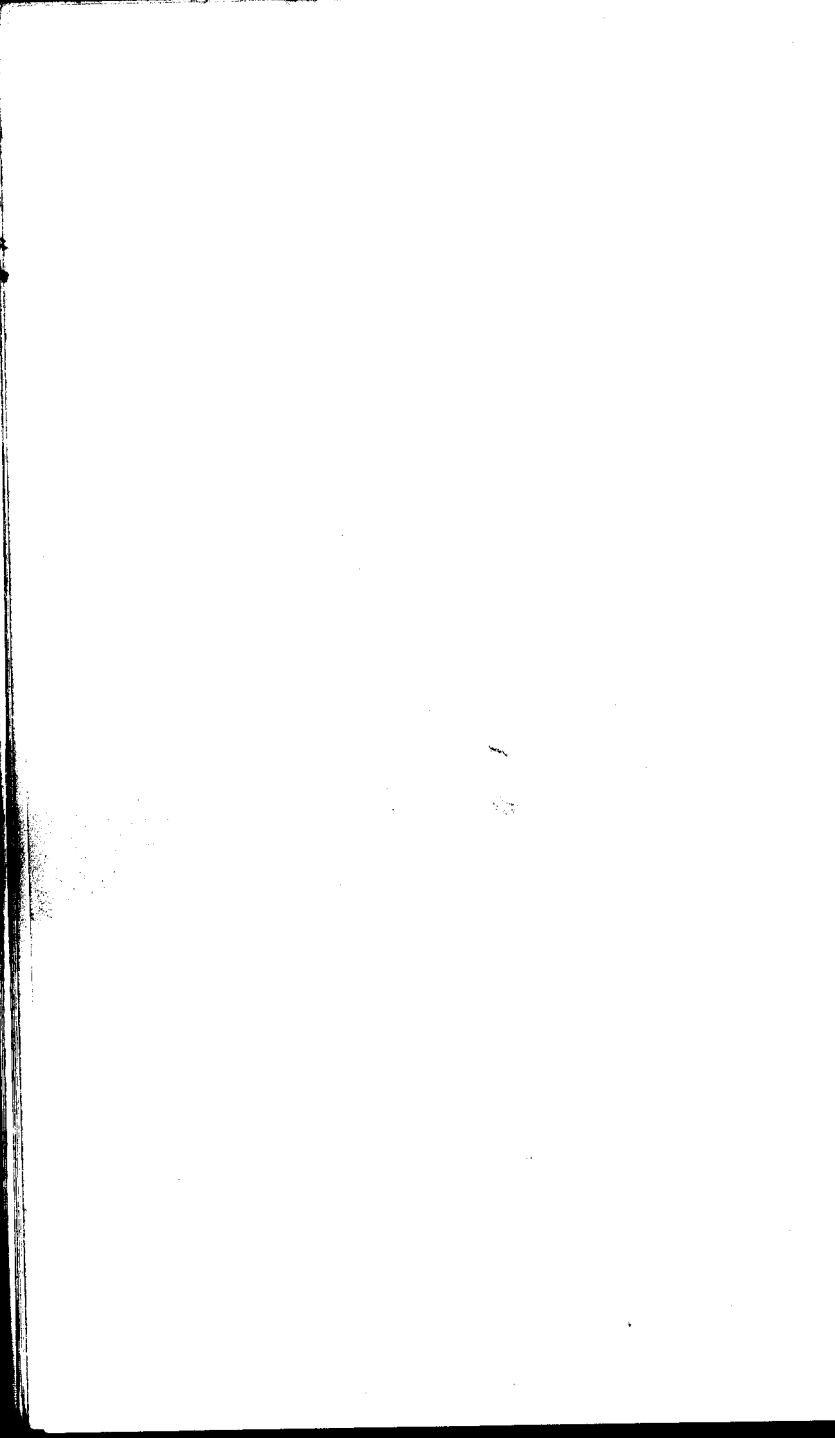
progreso— aquélla ha descubierto un medio, gracias al cual el comercio inglés puede continuar tranquilamente sus negocios con el enemigo a través de navíos neutrales, mientras que marinos y soldados ingleses se batan por el honor de la nación. Los hombres de Manchester la gozaron porque el ministro había obligado a Inglaterra, por un golpe de mano inconstitucional, a concesiones internacionales, que era muy improbable conseguir por la vía parlamentaria constitucional. Por ello se explica la indignación del partido manchesteriano en Inglaterra, con motivo de la revelación del Libro Azul que entregó Seward al Congreso de los Estados Unidos. Como se sabe, los Estados Unidos, fue la única gran potencia que rehusó adherirse a la Declaración de París de 1856. Efectivamente, si renunciaban a la acción de corso en el mar, estaban obligados a crear una gigantesca marina estatal. Ahora bien, todo debilitamiento de sus medios de guerra en el mar le obligaba a cargar con el peso de un ejército de tierra permanente según los criterios europeos. Sin embargo, el presidente Buchanan se muestra dispuesto a ratificar la Declaración de París, en el caso de que —con excepción del contrabando de guerra— se asegurara la misma inviolabilidad a toda propiedad enemiga o neutral que se halle en barcos. Su proposición fue rechazada. Se desprende del Libro Azul de Seward que al momento de su entrada en funciones, Lincoln ofreció a Inglaterra y Francia la adhesión de los Estados Unidos a la Declaración de París, a condición de que la prohibición de la acción en corso en el mar se extendiese a la facción rebelde de los Estados Unidos, a saber, a la Confederación del Sur. Naturalmente, la respuesta que recibió fue el reconocimiento de beligerancia a la Confederación del Sur.⁴

⁴ La reina Victoria replica al bloqueo de los puertos de

“La humanidad, el progreso y la civilización” sugirieron a los gabinetes de Saint-James y de las Tullerías que la prohibición de la acción corsaria en mar reduciría considerablemente las posibilidades de la secesión y, por tanto, de la disolución de los Estados Unidos. La Confederación fue, pues, reconocida a toda prisa como parte beligerante, a fin de que se pudiera responder en seguida al gabinete de Washington que Inglaterra y Francia no podían evidentemente reconocer la proposición de una de las partes beligerantes como ley que obliga a la otra parte beligerante. Desde el principio de la guerra civil, la misma “noble honestidad” inspira todas las negociaciones diplomáticas de Inglaterra y Francia con el gobierno de la Unión, y si el *San Jacinto* no hubiera inspeccionado el *Trent* en la ruta de las Bahamas, hubiera bastado cualquier otro incidente para servir de pretexto al conflicto que lord Palmerston está anhelando.

la Confederación por el Norte (abril de 1861) proclamando la neutralidad de Inglaterra en la guerra civil americana el 13 de mayo de 1861. Por lo demás, el bloqueo no será reconocido más que en el caso de que sea eficaz. Inglaterra admite el derecho de los sudistas a apoderarse de los navíos del Norte en alta mar. De este modo, la declaración venía a reconocer de hecho la Confederación del Sur como potencia beligerante.





Carlos Marx

A PROPOSITO DE LA CRISIS DEL ALGODON

Die Presse,
8 de febrero de 1862

Se ha celebrado hace algunos días en Manchester la asamblea anual de la Cámara de Comercio. Esta representa al Lancashire, el más importante distrito industrial del Reino Unido y el centro principal de la manufactura de algodón británica. El presidente de la asamblea —M. E. Potter— y los principales oradores —señores Bazley y Turner— representan a Manchester y a una parte del Lancashire en los Comunes. Las deliberaciones de esta asamblea nos muestra *oficialmente* cuál será la actitud del gran centro de la industria algodonera en el “senado de la nación” en lo que concierne a la crisis americana.

Con motivo de la asamblea tenida el año *anterior* por la Cámara de Comercio, el señor Ashworth, uno de los más importantes barones del algodón, había celebrado en términos ditirámicos la expansión inaudita de la industria algodonera inglesa en el curso del último decenio. Señala especialmente que las crisis comerciales de 1847 y 1857 no habían provocado caída alguna de las exportaciones inglesas de hilos y tejidos de algodón. Explica este fenómeno por las virtudes maravillosas del sistema de libre-cambio introducido en 1846. En esa época ya, ese lenguaje sonaba a vacío: ¿cómo un sistema incapaz de ahorrar a Inglaterra las crisis de 1847 y 1857 podía sustraer una rama de industria inglesa *particular* —la del algodón— a la influencia de la crisis general?

Pero ¿qué es lo que escuchamos hoy? Todos los oradores, comprendiendo al Sr. Ashworth, reconocen que, desde 1858, se registra un atascamiento sin precedentes de los mercados asiáticos y que a consecuencia de una *sobreproducción* masiva y continuamente mantenida, había que esperar la actual saturación, incluso si no hubiera habido guerra civil americana, tarifa Morrill y bloqueo. Ciertamente, queda por saber si la caída de las exportaciones del último año habría alcanzado seis millones de libras esterlinas sin esas circunstancias agravantes; aunque así sea, hay que admitir que los principales mercados de Asia y de Australia tienen una provisión de artículos algodóneros ingleses suficiente para doce meses

La actual crisis de la industria del algodón inglés no se deriva simplemente del bloqueo americano, sino de la sobreproducción inglesa, como lo confiesa *ahora* la autoridad competente en la materia, la Cámara de Comercio de Manchester. Pero ¿cuáles serían los efectos de la continuación de la guerra civil americana? A esta pregunta, obtenemos de nuevo una respuesta unánime: *infinitos sufrimientos de las clases laboriosas y ruina de los pequeños fabricantes.*

El señor Cheatham señala: "Se pretende en Londres que nosotros tenemos aún suficiente algodón para continuar dando trabajo. Pero no se trata solamente de algodón. Se trata, ante todo, de *precios*. Con los precios actuales, los fabricantes se comerían su capital".

En estas condiciones, la Cámara de Comercio se declara resueltamente opuesta a *toda intervención cualquiera que sea* en los Estados Unidos, aunque la mayor parte de sus miembros estuvieran bastante influidos por el *Times* para considerar como inevitable la disolución de la Unión.

El señor Potter afirma: "Lo último que podríamos aconsejar nosotros sería la intervención. El último lugar de donde partiría una propuesta semejante sería Manchester. Nada nos determinará a aconsejar alguna cosa moralmente mala".

El señor Bazley: "El motivo de la disputa americana debe estar sometido al principio de la más estricta no-intervención. El pueblo de cada país debe ordenar sus propios asuntos sin perturbación exterior".

El señor Cheatham: "En este distrito, la opinión dominante se rebela contra toda intervención en el litigio americano. Hay que expresarlo claramente, porque en caso de duda la otra parte podría ejercer una presión extraordinaria sobre el gobierno".

¿Qué aconseja, pues, la Cámara de Comercio? El gobierno inglés debe eliminar todos los obstáculos que continúan frenando, por falta de la Administración, el cultivo de algodón en la India. Debe especialmente abolir la tasa del diez por ciento sobre las importaciones que gravan en la India los hilos y tejidos ingleses. En cuanto el régimen de la Compañía de las Indias Orientales, fue eliminado,¹ en cuanto las Indias Orientales fueron incorporadas al imperio británico, Palmerston, por intermedio del señor Wilson, introdujo en la India esta tasa de importación y ello en el momento en que vendía Saboya y el condado de Niza a cambio del acuerdo comercial anglo-francés.² En tanto que el mercado

¹ En julio de 1858, el Parlamento inglés adopta una ley destinada a "mejorar la administración de la India" y el poder pasa de la Compañía de las Indias Orientales a las manos de la Corona. Esta ley preveía la constitución de un Consejo indio, a título de órgano deliberante afecto al Ministerio de los Asuntos Indios. El gobernador general obtenía el título de virrey y se convirtió en el ejecutante del Ministerio de Colonias de Londres.

² En 1858, Francia y Cerdeña concluyeron un acuerdo secreto: Victor Manuel aceptó ceder el condado de Niza

francés se abría en cierta manera a la industria inglesa, el mercado de las Indias Orientales se le cerraba en gran parte.

A este propósito, el señor Bazley señala que, después de introducirse esa tasa, se exportaron grandes cantidades de máquinas a Bombay y Calcuta, donde se han levantado fábricas de estilo inglés. Estas se disponen a sustraerle los mejores algodones indios. Si se añade a este diez por ciento de tasa de importación el quince por ciento de gastos de transporte, los rivales artificialmente suscitados por la iniciativa del gobierno inglés gozan de una tarifa proyectora del veinticinco por ciento.

En general, la asamblea de los altos dignatarios de la industria inglesa expresa su amargo resentimiento frente a las tendencias proteccionistas, que se desarrollan cada vez más en las colonias, especialmente en Australia. Esos señores olvidan que, durante más de siglo y medio, esas colonias han protestado inútilmente contra el "sistema colonial" de la metrópoli. En ese momento, las colonias reclamaban el librecomercio, mientras que Inglaterra se encastillaba en la prohibición. Hoy, Inglaterra predica el librecomercio, y las colonias encuentran que el proteccionismo frente a Inglaterra está más de acuerdo con sus intereses.

y Saboya a Napoleón III a cambio de la ayuda de Francia contra Austria. La guerra estalla en 1859 y aunque Napoleón arregló a toda prisa la paz con Austria abandonando prácticamente a su aliado, reivindicada, sin embargo, Niza y Saboya, que Cerdeña terminó por ceder (marzo de 1860). El gobierno de Palmerston protesta contra "esta ofensa" y usa incluso de un lenguaje que traslucía una amenaza de guerra. No obstante, no tomó medida alguna, porque "temía" que Napoleón pudiera anular el reciente tratado comercial entre Francia e Inglaterra que contemplaba disminuir los derechos sobre los artículos manufacturados ingleses.

Carlos Marx

EL HUMANITARISMO BRITANICO Y AMERICA

Die Presse,
20 de junio de 1862
Londres, 14 de junio de 1862

Como la libertad en Francia, el humanitarismo en Inglaterra se ha convertido en artículo de exportación para los *negociantes de la política*. Nos acordamos del tiempo en que el zar Nicolás hizo zurrar con látigos por sus soldados a damas polacas¹ y en que lord Palmerston encuentra "no política" la indignación expresada por algunos parlamentarios. Nos recordamos de una sublevación en las islas Jónicas² hace una decena de años, que brindó la ocasión al gobierno local inglés de hacer zurrar también a un buen número de mujeres griegas. "Aprobamos esta medida" dijeron Palmerston y sus colegas liberales, entonces en el gobierno. Hace apenas unos pocos años, el Parlamento aprobó que los recaudadores de impuestos usaran contra las mujeres de los campesinos indios, medios de presión tan infames que vedan facilitar detalles. Ciertamente, Palmerston y sus colegas no tuvieron el descaro de justificar esas atrocidades, pero qué gritos habrían dado, si un gobierno *extranjero* se hubiera

¹ Se alude a la salvaje represión de los rusos con motivo de la insurrección polaca de 1831.

² Inglaterra había instaurado en 1815 su protectorado sobre las islas Jónicas, archipiélago situado a lo largo de la costa oeste de Grecia, entre cuyas islas se encuentra Corfú. Entre finales de 1858 y principios de 1859, la población se levantó abiertamente contra el poder absoluto del alto comisario británico y exigió su incorporación a Grecia. Esta lucha desembocó finalmente en la incorporación de las islas Jónicas a Grecia en 1864.

permitido proclamar públicamente su indignación ante las infamias inglesas y hubiera manifestado claramente su voluntad de intervenir en caso de que Palmerston y sus colegas no desautorizaran inmediatamente a los funcionarios del fisco indio. Ahora bien, el mismo Catón el censor no habría podido velar más ansiosamente por las costumbres de los romanos que los aristócratas ingleses y sus ministros por el "humanitarismo" de los beligerantes yanquis.

La ocasión para los aristócratas británicos de airear su humanitarismo —como ya lo fueron anteriormente las damas del puerto de Charleston— la ofrecen las damas de Nueva Orleans, bellezas amarillentas, cubiertas de joyas del mayor mal gusto, comparables a las buenas mujeres de los viejos mexicanos, con la diferencia que no se comen a sus esclavos en carne y hueso. Las mujeres inglesas (no se trata de señoras, pues no tienen esclavos) que padecen hambre en Lancashire no han soltado hasta aquí la lengua al más modesto parlamentario; el grito de miseria de las mujeres irlandesas que, como consecuencia de la expulsión progresiva de los pequeños campesinos de la verde Eire son lanzadas semidesnudas a los caminos y expulsadas de sus casas como si los tártaros hubieran vuelto, no ha encontrado hasta aquí más que un solo eco por parte de los lords, en los Comunes o en el gobierno de su Majestad: la homilia sobre los derechos absolutos de la propiedad rústica.³

Pero, vamos, ¡las damas de Nueva Orleans! evidentemente es otra cosa. Tienen el espíritu demasiado esclarecido para participar en el tumulto de la guerra, cual las diosas del Olimpo, o para preci-

³ Clara alusión a las leyes sobre los propietarios terratenientes y los granjeros de noviembre de 1852. Marx ha consagrado numerosos artículos a estas medidas que golpeaban duramente a Irlanda.

pitarse en las llamas, cual las mujeres de Sagunto.⁴ Han inventado un nuevo modo de heroísmo que escamotea todo peligro, un modo que solamente podrían inventar esclavistas, o mejor esclavistas de un país donde la parte libre de la población, cuando no posee esclavos como los ciudadanos del mundo antiguo, está hecha de comerciantes de profesión, negociantes en algodón, en azúcar o en tabaco. Sus hombres habían huido de Nueva Orleans o se habían encerrado en sus graneros, cuando estas damas se precipitaron en las calles para escupir a la cara a las tropas victoriosas de la Unión o para sacarles la lengua, o, en fin, para como Mefistófeles "hacerles gestos obscenos" y gritarles insultos. Esas furias creían poder ser "impunemente" mal educadas.

Allá ellas con su heroísmo. El general Butler lanza una proclama notificándoles que si continuaban el juego de mujeres de la calle, serían tratadas como tales.⁵ Aunque abogado de oficio, el general Butler no parece haber estudiado seriamente el derecho escrito inglés, porque con este auxilio les habría podido pura y simplemente prohibir el acceso a la calle, imitando las leyes impuestas a Irlanda bajo Castlereagh. La advertencia de Butler a las "damas" de Nueva Orleans ha suscitado tal indignación moral en el conde Carnarvon, en sir J. Walsh (que jugó un papel tan grotesco y odioso en Irlanda) y el señor Gregory (que había pedido hace ya va-

⁴ Ciudad de España, de la provincia de Valencia, junto al Mediterráneo, que el año 219 antes de J.C., apoyada por Roma, resistió un duro asedio de ocho meses antes de ser ocupada por el capitán cartaginés Anibal. Las mujeres lucharon al lado de los hombres y algunas de ellas prefirieron lanzarse a las llamas antes que rendirse.

⁵ El general Benjamín Butler dictó la orden de que las señoras de Nueva Orleans que, de palabra o con ademanes, mostraran su desprecio por los oficiales y soldados de la Unión "serían consideradas y tratadas como mujeres del arroyo en ejercicio de su profesión".



rios años el reconocimiento de la Confederación), que el conde, el señor y el "hombre sin título ante su nombre" interpelaron en los Comunes al Ministerio a fin de conocer qué gestiones se proponían emprender en nombre de la "humanidad" ultrajada.

Russell y Palmerston fustigaron a la limón a Butler y pretendieron que su gobierno lo desautorizara. Palmerston, de tan tierno corazón, reconoció en otro tiempo, a pesar de la reina y sin información previa de sus colegas, el *golpe de Estado* de diciembre de 1851, sin duda, por simple admiración "humana", aunque en aquella ocasión numerosas "damas" fueron muertas y otras violadas por los suavos. Ahora bien, ese mismo vizconde de tierno corazón declara que la advertencia de Butler es una "infamia". Y bien, es que se quiere prohibir a las damas y, por añadidura, a damas que tienen el privilegio de poseer esclavos, exhalar su rabia y su odio contra los simples soldados del ejército unionista, hecho de campesinos, artesanos y otros malcriados. ¡Ciertamente, es "infame"!

Nadie se engaña aquí con esta farsa humanitaria. Se trata, sea de suscitar, sea de reforzar el espíritu de intervención, especialmente entre los franceses. Así, después de las primeras explosiones melodramáticas, los caballeros de la humanidad en la Cámara Alta y Baja —como bajo una orden— rechazaron la máscara de la emoción. Sus declamaciones servían de prólogo a la cuestión siguiente: el emperador de los franceses ha tomado contacto con el gobierno inglés para una mediación, y debemos esperar que se le responderá favorablemente. Russell y Palmerston declararon que no estaban al corriente de tal ofrecimiento. Russell declaró que el momento presente era desfavorable a toda mediación. Palmerston, más prudente y reservado, se contenta con decir que el gobierno inglés no buscaría mediación en este momento.

El plan consiste en que, durante la intersesión parlamentaria, Francia juegue su papel mediador y que en otoño —cuando se haya asegurado lo de México— se empezará a intervenir en los Estados Unidos. La pausa actual en el teatro de la guerra americana ha sacado de su languidez a quienes especulan con la intervención en Saint James y en las Tullerías. Esta misma pausa es debida a una falta estratégica de los nordistas en la conducción de la guerra. Si después de sus victorias en Tennesse, el ejército de Kentucky, en lugar de dejarse atraer hacia una vía secundaria al sur de Mississipi, hubiera avanzado rápidamente hacia los nudos ferroviarios de Georgia, los Reuter y Cía. carecerían de aliento para rumores de “intervención” y de “mediación”. Como quiera que sea, Europa no debe desear nada con tanto fervor como un “golpe de Estado”, con vistas a “restaurar el orden en los Estados Unidos” y de salvar, también allí, la civilización.

Carlos Marx

**A PROPOSITO DEL ESCAMOTEO
DEL DESPACHO DE SEWARD**

Die Presse,

18 de enero de 1862

Londres, 14 de enero de 1862

El difunto asunto del *Trent* acaba de resucitar, pero esta vez como *casus belli* no entre Inglaterra y los Estados Unidos, sino entre el pueblo inglés y el gobierno inglés. Este nuevo *casus belli* será examinado en el Parlamento, que se reúne el mes próximo. No hay duda de que ambos han tomado nota de la polémica llevada por el *Daily News* y el *Star* contra el *Morning Post* a propósito del escamoteo y la supresión del despacho de paz del señor Seward del 30 de noviembre, que el embajador americano ha leído el 19 de diciembre a lord John Russell.

Que se me permita volver sobre este asunto. No bien el *Morning Post* hubo asegurado que el despacho de Seward no tenía la menor relación con el incidente del *Trent*, los efectos de Bolsa se pusieron a bajar, y propiedades que se elevan a muchos millones cambiaron de mano, con pérdidas de un lado y provecho de otro. Se comprende que los medios de negocios y la industria se muestren indignados por la mentira totalmente injustificada del semi-oficial *Morning Post* y por la publicación del despacho de Seward.

En la tarde del 9 de enero, la noticia de paz llega a Londres. La misma noche, el *Evening Standard* interpela al gobierno sobre el escamoteo del despacho de Seward del 30 de noviembre. Al día siguiente



te, 10 de enero, el *Morning Post* respondió así: “¿Se pregunta por qué no se ha oído hablar antes del despacho de Seward, que el señor Adams ha recibido en diciembre? La explicación es muy sencilla: el despacho recibido por el señor Adams *no había sido comunicado a nuestro gobierno*”.

La noche del mismo día, el *Star* le propina al *Post* un desmentís rotundo y afirma que su “rectificación” no era más que una miserable escapatoria. Naturalmente, el despacho no había sido “comunicado”, sino *leído* a lord Palmerston y lord Russell por Adams.

Al día siguiente, sábado 11 de enero, el *Daily News* entra en liza y prueba a partir del artículo del *Morning Post* del 21 de diciembre, que este último y el gobierno se hallaban perfectamente al corriente desde ese tiempo, del despacho de Seward, que falsificaron deliberadamente. La noche del 11 de enero, el semioficial *Globe* anuncia que Adams había ciertamente comunicado el despacho de Seward al gobierno el 19 de diciembre, pero, sin embargo, “no contenía oferta de parte del gabinete de Washington”, ni “cualquier excusa por el ultraje hecho a nuestra bandera por el capitán Wilkes”. Esta confesión vergonzosa de que se había abusado deliberadamente del pueblo inglés durante tres semanas no hizo sino avivar el fuego en lugar de apagarlo. Un grito de cólera resuena en todos los periódicos de los distritos industriales de Gran Bretaña y ayer encontraba eco hasta en la prensa conservadora. Anotemos que todo el asunto ha sido removido no por los políticos, sino por los hombres de negocios.

El *Morning Star* de hoy observa a este propósito: “Uno de los responsables del escamoteo de la verdad es, indudablemente, lord John Russell; él es, también, quien ha dejado sin desmentir las false-

dades del *Morning Post*, pero es incapaz de haber dictado el artículo irresponsable, nefasto y mentiroso que el periódico publica el 21 de diciembre [...]. Solamente un hombre tal cual el ministro que fabrica la guerra afgana puede haber sido capaz de escamotear el despacho de paz de Seward. La tonta indulgencia de los Comunes le ha perdonado esta ofensa: ¿no van a unirse Parlamento y pueblo para castigarlo por esta nueva falta?"



Carlos Marx

**UN GOLPE DE ESTADO
DE LORD JOHN RUSSELL**

Die Presse,
21 de enero de 1862
Londres, 17 de enero de 1862

La actitud de lord John Russell durante la última crisis era muy incómoda, incluso para un hombre que en toda su carrera parlamentaria ha demostrado que raramente vacila en sacrificar una fuerza real a una posición oficial. Nadie ha olvidado que lord John Russell ha perdido su puesto de Primer Ministro en provecho de Palmerston, pero nadie parece acordarse que tiene de Palmerston el Ministerio de Asuntos Exteriores. El mundo entero considera como axioma evidente que Palmerston dirige el gabinete en su nombre y la política extranjera en nombre de lord Russell.

A la llegada de a primera noticia de paz de Nueva York, liberales y conservadores entonaron a cual mejor las trompetas de la fama para alabar la sagacidad de estadista de Palmerston, mientras que el Ministro del Exterior, lord John Russell, no recibía ni siquiera un accesit por su papel de asistente. Fue completamente ignorado. Pero en cuanto el escándalo del escamoteo del despacho americano del 30 de noviembre estalló, el nombre de Russell resuscita de entre los muertos.

El ataque y la defensa descubrieron entonces que el ministro *responsable* de los Asuntos Exteriores se llamaba lord *John Russell*. Pero he aquí que Russell perdió la paciencia. Sin esperar la apertura del Parlamento y contrariamente a todos los usos ministeriales, publica en seguida en la *Gazette*

oficial del 12 de enero su propia correspondencia con lord Lyons. Esta demuestra que el señor Adams ha leído el 19 de diciembre a lord John Russell el despacho de Seward del 30 de noviembre; que Russell ha reconocido expresamente que ese despacho contenía excusas por el gesto del capitán Wilkes y que el señor Adams —según las revelaciones de Russell— estaba seguro de la salida pacífica del incidente. Después de esta revelación oficial, ¿qué queda del *Morning Post* del 21 de diciembre, que había negado la llegada de un despacho de Seward sobre el incidente del *Trent*?; ¿qué queda del *Morning Post* del 10 de enero, que acusaba al señor Adams de haber suprimido el despacho?; ¿qué queda de todos los rumores de guerra expandidos por la prensa de Palmerston, del 19 de diciembre de 1861 al 8 de enero de 1862?

¡Peor aún! El despacho de lord John Russell a lord Lyons del 19 de diciembre de 1861 demuestra que el gabinete inglés *jamás ha presentado un ultimátum de guerra* a los Estados Unidos; que lord Lyons *jamás* ha recibido la instrucción de abandonar Washington siete días después del envío del “ultimátum”; que Russell había ordenado al embajador evitar toda apariencia de amenaza y, en fin, que el gabinete inglés estaba determinado a no tomar una *decisión definitiva* sino *después de recibir* la respuesta americana. Toda la política ruidosa de la prensa palmerstoniana, que encuentra eco tan servil en el continente, ha sido, pues, una pura quimera. Nunca se ha practicado en la realidad. Prueba simplemente —como lo declara hoy un periódico londinense— que Palmerston “trataba de contrarrestar la política proclamada por el Consejo responsable de la Corona y que tiene, pues, fuerza de ley”.

El hecho siguiente demuestra que el *golpe de mano* de lord John Russell ha caído sobre la prensa

palmerstoniana como un trueno en cielo sereno. El *Times* de ayer ha esquivado la dificultad pasando pura y simplemente en silencio la correspondencia de Russell. Apenas hoy reproduce en sus columnas el artículo de la *Gazette* londinense, introducida y comentada con un editorial que evita temerosamente el punto central, a saber, el *conflicto que opone el pueblo inglés al gobierno inglés*, y no lo aflora sino con esta frase que expresa su mal humor: "Lord John Russell se ha tomado mucho trabajo para encontrar mención de una *excusa* en el despacho de Seward". La cólera de Júpiter tonante del *Printing Square House* se evapora, por el contrario, como humo en un segundo artículo donde declara que el señor Gilpin, que es Ministro de Comercio y partidario de la escuela de Manchester, es indigno de participar en el gobierno. Sin embargo, este antiguo librero, este demagogo y apóstol del justo medio que es Gilpin no pasa ante nadie por un héroe. Ahora bien, el martes último, en una reunión pública en Northampton, del que es representante en el Parlamento, ha cometido este gran delito: ha exhortado al pueblo inglés a impedir por medio de manifestaciones públicas un reconocimiento intempestivo de la Confederación del Sur que estigmatizaba inconsideradamente como fruto del esclavismo. Como si —ruge el *Times* indignado—, como si Palmerston y Russell —el *Times* se acuerda súbitamente de la existencia de lord John Russell— ¡no hubieran consagrado toda su vida a combatir la esclavitud! Era seguramente una indiscreción cuidadosamente *calculada* del señor Gilpin la de invitar al pueblo inglés a entrar en liza contra los ardores proesclavistas del Ministerio al que él mismo pertenecía. Pero, como lo hemos dicho, el señor Gilpin no es un héroe. Toda su carrera testimonia sus débiles disposiciones al papel de mártir. Su indiscre-



ción tuvo lugar el mismo día en que lord John Russell procedió a su golpe de mano. De todo esto podemos terminar que el gabinete no forma una "familia unida y feliz" y que algunos de sus miembros se han hecho a la idea de un "divorcio".

El *epílogo ruso* del drama del *Trent* no es menos notable que su rebote ministerial inglés. Durante todo este alboroto, Rusia había guardado silencio y había permanecido con los brazos cruzados en la retaguardia. Pero he aquí que se precipita al escenario, golpea la espalda del señor Seward y declara que ha llegado el momento de arreglar definitivamente la cuestión de los derechos marítimos de los Estados neutros. Como se sabe, Rusia estima que tiene por misión poner las cuestiones urgentes de la civilización en el orden del día de la historia mundial en el buen momento y el lugar adecuado. Naturalmente, Rusia se halla al abrigo de cualquier ataque de toda potencia marítima, tan pronto como ésta, renunciando a sus derechos de beligerancia frente a Estados neutrales, pierde el medio de dominar el comercio exterior ruso. La declaración de París de 1856, copia literalmente algunas partes del tratado de neutralidad "armada" de 1780 contra Inglaterra. ¡Qué ironía del destino, si el conflicto anglo-americano se acabase con la ratificación por el Parlamento y la Corona ingleses de una concesión que dos ministros ingleses han hecho, por su propia iniciativa, a Rusia al final de la guerra anglo-rusa

Carlos Marx

EL DEBATE SOBRE LA SUTILEZA

Die Presse,

12 de febrero de 1862

Londres, 7 de febrero de 1862

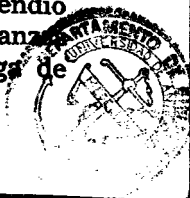
...La parte "técnica" de los debates se desenvuelve alrededor de los Estados Unidos, México y Marruecos.

En lo que concierne a los Estados Unidos, *los de fuera* (que no forman parte del Ministerio) hicieron elogio de *los de dentro* (que son los *felices poseedores*). Derby, el jefe conservador de la Cámara de los Lores, y Disraeli; el jefe conservador de la Cámara los Comunes, no se levantaron contra el gobierno, sino más bien uno contra otro.

Ante todo, Derby declara su amargura por la ausencia de una "presión exterior" del pueblo. Ciertamente, "admiraba" el estoicismo y la dignidad de los obreros de fábrica, pero en lo que concierne a los dueños de fábrica, se veía obligado a excluirlos de sus alabanzas. El trastorno americano llegaba oportunamente para ellos, pues la sobreproducción y el atasco de todos los mercados les hubieran, de todas formas, impuesto restricciones comerciales.

Derby prosiguió atacando violentamente al gobierno de la Unión, que "se ha expuesto a sí mismo y ha expuesto a su pueblo a las humillaciones más indignas"; no ha obrado en *gentleman*, porque no ha tomado la iniciativa de devolver voluntariamente Masson, Slidell y Cía. y de presentar sus excusas.

Su segundo en los Comunes, Disraeli, comprendió en seguida cuán perjudicial para las esperanzas ministeriales de los conservadores era la carga de



Derby. El hizo el contrapunto declarando: "Si yo considero las graves dificultades que los hombres de Estado americano han de afrontar, llegaría a decir que lo han hecho de manera viril y valerosa".

De otra parte —con su habitual espíritu de consecuencia—, Derby protesta contra las "nuevas doctrinas" en materia de derecho marítimo. Inglaterra había defendido siempre los derechos de los beligerantes contra las pretensiones de los Estados neutrales. Ciertamente, lord Clarendon había hecho una "peligrosa" concesión en París en 1856. Por fortuna, no había sido aún ratificada por la Corona, aunque "no modificaba el estado del derecho internacional". Disraeli, manifiestamente de acuerdo con el Ministerio, evita por su parte abordar este problema.

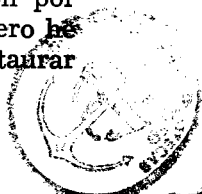
Derby aprueba la política de no-intervención del Ministerio. *No siendo aún momento* para reconocer la Confederación del Sur, pide documentos auténticos a fin de juzgar "en qué medida el bloqueo era de buena fe y efectivo y si era tal que debía ser reconocido y respetado por la ley de las naciones".

Lord John Russell declara, en revancha, que el gobierno de la Unión había utilizado número suficiente de navíos para el bloqueo, pero no lo había hecho respetar siempre de manera consecuente. Disraeli no se permitió ningún juicio sobre la naturaleza del bloqueo, pero pide al Ministerio informaciones para aclararse a este propósito. Con énfasis, alertó contra el reconocimiento intempestivo de la Confederación, y ello con más motivo cuando Inglaterra estaba a punto de comprometerse en amenazas a un Estado americano —México—, del que había precedentemente reconocido la independencia.

Después de los Estados Unidos, le correspondió el turno a México. Ningún miembro del Parlamento

condena esta guerra emprendida sin declaración, sino por la intromisión en los asuntos interiores de un país en aplicación del principio de no-intervención, así como la coalición con Francia y España a fin de intimidar a un país casi sin defensa. Quienes *están fuera* indicaron a este propósito que se reservaban México simplemente como pretexto para sus maniobras de Partido. Derby reclama documentos tanto sobre la intervención entre las tres potencias, como sobre la manera en que se había ejecutado. Aprueba la convención, porque, a su juicio, el camino justo para cada una de las partes contratantes consistía en que las reivindicaciones de cada una de ellas fueran *independientes*. Sin embargo, rumores públicos le hacían temer que una de las potencias —España— persiguiera operaciones que sobrepasaran el cuadro del Tratado: como si Derby pensara realmente que la gran potencia que es España fuera capaz de obrar *contra* la voluntad de Francia e Inglaterra. Lord John Russell respondió: las tres potencias persiguen *el mismo* objetivo y evitan ansiosamente estorbar a los mexicanos en la organización de sus propios asuntos de Estado.

En los Comunes, Disraeli se abstiene de todo juicio hasta que tenga conocimiento de los documentos. No obstante, encuentra "*sospechoso* el anuncio del gobierno". Inglaterra había sido la primera en reconocer la independencia de México. Ahora bien, este reconocimiento evoca una política memorable: la *política anti-Santa Alianza*, así como una personalidad memorable, la de *Canning*. ¿Qué singular ocasión impulsa, pues, a Inglaterra a dar el primer golpe a esa independencia? Sin contar con que la intervención ha cambiado en seguida de pretexto. Al principio, se trataba de obtener reparación por injusticias sufridas por ciudadanos ingleses. Pero he aquí que se murmura que es necesario instaurar



nuevos principios de gobierno, así como una nueva dinastía.

Lord Palmerston remite a todo el mundo a los documentos sometidos al Parlamento, a la convención que impide a los aliados "sojuzgar" México y de imponerle una forma de gobierno que no tenga el beneplácito del pueblo. Pero, al mismo tiempo, ha revelado un secreto diplomático: había oído decir que un partido mexicano deseaba la transformación de la república en monarquía, pero no conocía la fuerza de ese partido. Todo lo que "él deseaba era que se instaurase en México un gobierno, cualquiera que fuese, pero susceptible de negociar con gobiernos extranjeros". Desea, pues, la formación de un nuevo gobierno. Declara, en efecto, que *el actual gobierno no existe*.

En consecuencia, asume la responsabilidad de la alianza de Inglaterra con Francia y España, así como el privilegio de la Santa Alianza de decidir sobre la existencia o no existencia de gobiernos extranjeros. Y añade modestamente: "Es todo lo que el gobierno de Gran Bretaña busca lograr". ¡Nada más!...

"Por otro lado, se ha reprochado a los comunistas querer abolir la patria y la nacionalidad. Los trabajadores no tienen patria. No se les puede quitar lo que no tienen" (Carlos Marx y Federico Engels: *Manifiesto...*).

Carlos Marx

LA OPINION PUBLICA INGLESA

New York Daily Tribune,
10. de febrero de 1862
Londres, 11 de enero de 1862

La noticia del desenlace pacífico del conflicto del *Trent* ha sido saludada con entusiasmo por la masa del pueblo inglés, lo que prueba indudablemente que la guerra esperada era impopular y que se temían sus efectos. Los Estados Unidos jamás deben olvidar que, desde el principio al fin del conflicto, la *clase obrera* de Inglaterra jamás los ha abandonado. Gracias a ella, a despecho de provocaciones insidiosas, renovadas diariamente por una prensa venal e irresponsable, no ha habido en todo el Reino Unido una sola reunión pública en favor de la guerra durante todo el periodo en que la paz estaba pendiente de un hilo. El único mitin en favor de la intervención fue organizado —a raíz de la llegada de la *Plata*— en los locales comerciales de la Bolsa de Liverpool por los especuladores del algodón, que quedaron solos. Incluso Manchester se dio también cuenta de los sentimientos de la clase obrera, que una tentativa aislada de convocar un mitin por la guerra fue abandonada apenas germinada la idea.

En todas cuantas reuniones públicas tuvieron lugar en Inglaterra, Escocia o Irlanda,¹ se protesta contra los violentos gritos de guerra de la prensa y los sombríos proyectos del gobierno, declarándose

¹ Por ejemplo, en la capital de Irlanda, Dublin, 5.000 personas se manifestaron para aclamar a un orador que declara abiertamente que, si Inglaterra declaraba la guerra a los Estados Unidos, Irlanda se batiría al lado de América.



por una solución amistosa de los asuntos en litigio. En relación con esto, los dos mítines más recientes, uno de los cuales se celebró en Paddington (Londres) y el otro en Newcastle-upon-Tyne, son del todo característicos. En el primero, se aplaudió la exposición de Washington Wilkes, afirmando que Inglaterra no tenía ningún derecho a criticar el arresto de los emisarios del Sur; mientras que en el segundo se adopta, casi por unanimidad, la resolución siguiente: primeramente, los americanos no se han hecho responsables más que del ejercicio *legal* del derecho de visita y captura; segundo, hay que sancionar al capitán del *Trent*, que ha violado la neutralidad inglesa, proclamada por la reina.

En circunstancias normales, se habría podido atribuir los sentimientos de los obreros ingleses a la simpatía normal que manifiestan las masas populares del mundo entero hacia el único gobierno del pueblo existente en el mundo. Más aún. En las circunstancias presentes, una gran parte de la clase obrera inglesa sufre directa² y severamente las con-

² En Inglaterra, ninguna clase sufre tanto las consecuencias de la crisis algodonera como el proletariado. Para los obreros ingleses y especialmente los que trabajan en la industria textil, la penuria del algodón significa el paro o, en el mejor de los casos, el paro parcial. En 1862, los 3/5 de la industria textil fueron parados en Inglaterra y el 75 por ciento de los obreros del textil fueron afectados por el paro que dura más de dos años. Por ejemplo, en Stockport, 6.000 asalariados estaban sin trabajo, otros 6.000 empleados parcialmente y sólo 5.000 trabajaban normalmente. En noviembre de 1862, el 35,9 por ciento de la población de Glossopp estaban ayudados o sostenidos por la caridad pública. En resumen, en algún momento llegó a haber en Inglaterra más de 500.000 obreros en paro. En realidad toda la industria textil europea se hallaba afectada y en Francia, por ejemplo, llegó a haber 300.000 obreros parados. En esta situación resulta significativo que, mientras los gobiernos simpatizaban con los sudistas, las masas populares lo hacían con los nordistas, imponiéndose a la postre estos sentimientos.

secuencias del bloqueo del Sur, mientras que otra parte es indirectamente afectada por las restricciones del comercio americano debidas —por lo que se dice— a la egoísta política proteccionista de los republicanos, y, finalmente, el único semanario democrático que seguía viviendo —el *Reynolds's Weekly Newspaper*— se ha vendido a los señores Yancey y Mann y, semana tras semana, se desgaña a la clase obrera a fin de que ésta, en su propio interés, impulse al gobierno a la guerra contra la Unión. En tales condiciones, la simple justicia exige que se considere con respeto la firme actitud de la clase obrera inglesa, y ello en tanto se le puede oponer el comportamiento hipócrita, fanfarrón, cobarde y brutal del oficial y bienpensante *John Bull*.

¡Qué diferencia con la actitud del pueblo en ocasión del conflicto ruso de 1853-1856! En esa época, el *Times*, el *Post* y otros órganos serviles de Londres, lloriqueaban por la paz, pero por todas partes les respondieron gigantescos mítines en favor de la guerra. Hoy, esta prensa aúlla por la guerra, mientras que le responden los mítines por la paz, que denuncian los proyectos fratricidas oficiales, así como las simpatías proesclavistas del gobierno. La decepción de los agoreros de la opinión pública, cuando llega la noticia del arreglo pacífico del asunto del *Trent*, era agradable de ver.

Ante todo, hay que felicitarse de la dignidad, el buen sentido, la buena voluntad y la moderación de que las masas han dado prueba día tras día a lo largo de este mes. Estuvieron *moderadas* en los días que siguieron a la llegada de la *Plata*, cuando Palmerston dudaba y buscaba por si podía encontrar un pretexto legal para el conflicto. En cuanto los consejeros jurídicos de la Corona encontraron un pretexto legal se desencadenaron aullidos.



como no se habían oído después de la guerra anti-jacobina.³ Los despachos del gobierno inglés partieron de Queenstown al principio de diciembre. No se podía esperar una respuesta de Washington antes del principio de enero. Los sucesos ocurridos en el intervalo hablan todos en favor de los americanos. El tono de la prensa trasatlántica era calmado, aunque el asunto de Nashville,⁴ haya despertado pasiones. Todos los hechos comprobados muestran que el capitán Wilkes ha obrado por iniciativa propia.

La situación del gobierno de Washington era delicada. Si se oponía a las exigencias inglesas, arriesgaba complicar la guerra civil con una guerra exterior. Si cedía, perjudicaba a su autoridad en el interior y parecía recular ante la presión extranjera. Y entre tanto, el gobierno llevaba al mismo tiempo, una guerra que gozaba de las más cálidas simpatías de todo hombre que no es un rufián.

La prudencia y la decencia más elementales hubieran debido dictar a la prensa londinense —al menos durante el tiempo en que se esperaba la res-

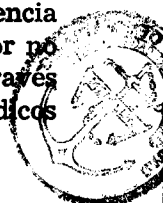
³ La guerra imperialista llevada por Inglaterra tanto contra Francia en 1793 como contra los Estados Unidos en 1812-1814, no eran solamente dirigidas contra los países comprometidos en un proceso de transformación revolucionaria, sino también contra el mismo proletariado inglés. Así lo explica Marx en *Salario, precio y ganancia*: "Vino la guerra contra los jacobinos, que en realidad era una guerra de los grandes terratenientes ingleses contra las masas trabajadoras de su país. Entonces el capital celebra sus bacanales: prolonga la jornada de trabajo hasta 12, 14 o 18 horas".

⁴ En el otoño de 1861, el navío corsario sudista *Nashville*, que se había apoderado de un botín de tres millones de dólares y que trataba de escapar a la flota federal, llega a las costas británicas. Aunque perfectamente al corriente de lo que pasaba, las autoridades británicas autorizaron al *Nashville* a entrar en Southampton y a su tripulación a desembarcar, violando flagrantemente la neutralidad.

puesta americana a la exigencia inglesa— que se abstuviera de toda palabra susceptible de contribuir al apasionamiento de los espíritus, a suscitar la animosidad y a complicar las dificultades ya existentes. Pero ¡no! Esta prensa “que no puede reprimir su bajeza y servilismo”, según la definición de William Cobbett —una autoridad en la materia— se había arrastrado humildemente durante medio siglo ante la arrogancia creciente y los insultos de los gobiernos proesclavistas, porque temía que los Estados Unidos se uniesen, en fin, en una sola fuerza. Y he aquí que se regocijan ruidosamente, al modo de los cobardes, de sacar ventaja del gobierno republicano, que estaba absorbido por la pesada tarea de la guerra civil en el interior. La historia de la humanidad no conoce ejemplo más infame de confesión de su propia bajeza.

Uno de los lacayos, el *Moniteur* privado de Palmerston —el *Morning Post*— revela que es acusado por periódicos americanos de un acto ignominioso: *John Bull* jamás ha estado informado —porque sus amos y oligarcas le han ocultado cuidadosamente la noticia— que el señor Seward, sin esperar el despacho de Russell, ha desmentido toda participación del gabinete de Washington en el gesto del capitán Wilkes. El despacho de Seward llega a Londres el 19 de diciembre. El 20 de diciembre, se extiende el rumor de este “secreto” por la Bolsa. El 21, los lacayos del *Morning Post* intervinieron para anunciar seriamente que “el despacho en cuestión no tenía ninguna relación con los incidentes sobrevenidos con el navío postal”.

El lector pensará que tratamos quizás demasiado duramente a esta prensa servil. Pero la experiencia nos ha enseñado desde hace tiempo que el lector no sabrá nunca lo que pasa en el extranjero a través del *Daily News*, el *Morning Post* y otros periódicos



londinenses. En efecto, el *Morning Post*, el *Times*, igual que la *Patrie* y el *Pays* se ingenian en engañar al público, no solamente para desorientarlo en materia política, sino también para desplumarlo financieramente en provecho de sus amos, el dominio bursátil.

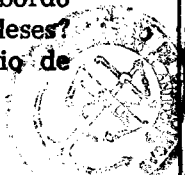
El cínico *Times* se da perfectamente cuenta de que en el curso de toda la crisis, no ha comprometido a nadie más que a sí mismo; que, naturalmente, él mismo ha dado la prueba de la inanidad de la afirmación según la cual ejerce cualquier influencia sobre el verdadero pueblo de Inglaterra. Utiliza hoy una astucia que, en Londres, no obra más que sobre los músculos de la risa, pero que, sin embargo, puede ser mal entendida al otro lado del Atlántico. Las "clases populares" de Londres, el populacho —como los lacayos de la prensa las llaman— han manifestado claramente —de ello se han preocupado, incluso, en los periódicos— que considerarían como una farsa extraordinariamente conveniente recibir a los esclavistas Mason (que, sea dicho de paso, es un pariente lejano de Palmerston, puesto que su bisabuelo estaba casado con una hija de sir W. Temples), Slidell y Cía. de la misma manera que han recibido a Haynau, con motivo de su visita a la cervecería de Barclay.⁵ El *Times* muestra ya su espanto ante la idea de un incidente tan chocante. ¿Pero cómo trata de parar el golpe? Exhorta al pueblo inglés a no ovacionar a Mason, Slidell y Cía. El *Times* sabe muy bien que su artículo de hoy ha hecho reír en todas las tabernas de Londres. Pero ¡poco importa! Del otro lado del Atlántico, algunos pensarán tal vez que el magnánimo *Times* ha salvado a América del insulto de ovaciones entusiastas a Mason, Slidell y Cía., cuando en realidad

⁵ En 1850, Haynau —un general austriaco reaccionario— ha sido rociado por los obreros ingleses indignados, cuando visitaba la cervecería Barclay.

no ha buscado más que proteger a éstos de graves disgustos.

Mientras que el asunto del *Trent* no fue arreglado, el *Times*, el *Morning Herald*, el *Economist* y la *Saturday Review* —en el fondo, toda la prensa decente y venal de Londres— han hecho todo por convencer a *John Bull* de que el gobierno de Washington, incluso aunque lo quisiera, era incapaz de salvaguardar la paz, porque el populacho yanqui no lo permitiría y que el mismo gobierno federal era el gobierno del populacho. Los acontecimientos han demostrado que esto era una mentira. ¿Trata esta prensa de reparar esos malignos insultos al pueblo americano? ¿Saca al menos la lección, a saber: que los lacayos no deben pretender juzgar las acciones de un pueblo libre? Nada de eso. Hoy es unánime en descubrir que el Gobierno americano, al no tener en cuenta la demanda de Inglaterra y no dar la extradición de los traidores sudistas en cuanto fueron capturados, ha perdido una buena ocasión y quitado todo mérito a su presente concesión. ¡De legítimos lacayos!

Seward ha condenado el gesto de Wilkes incluso antes de recibir la exigencia de explicación inglesa y ha declarado en seguida que quería ir por la vía de la conciliación. ¿Qué se hace en parecidas circunstancias? ¿Qué hizo el gobierno inglés cuando, con el pretexto de enrolar por la fuerza marinos capturados a bordo de navíos americanos —un pretexto que no tiene nada que ver con las reglas de la marina de guerra, sino que es manifiestamente un enorme atropello sobre toda noción de derecho internacional— el *Leopard* lanzó una andanada sobre el *Chesapeake*, matando seis marinos e hiriendo a otros veinte, antes de hacer prisioneros a bordo del *Chesapeake* a pretendidos ciudadanos ingleses? Esta acción brutal se produjo el 10 de junio de



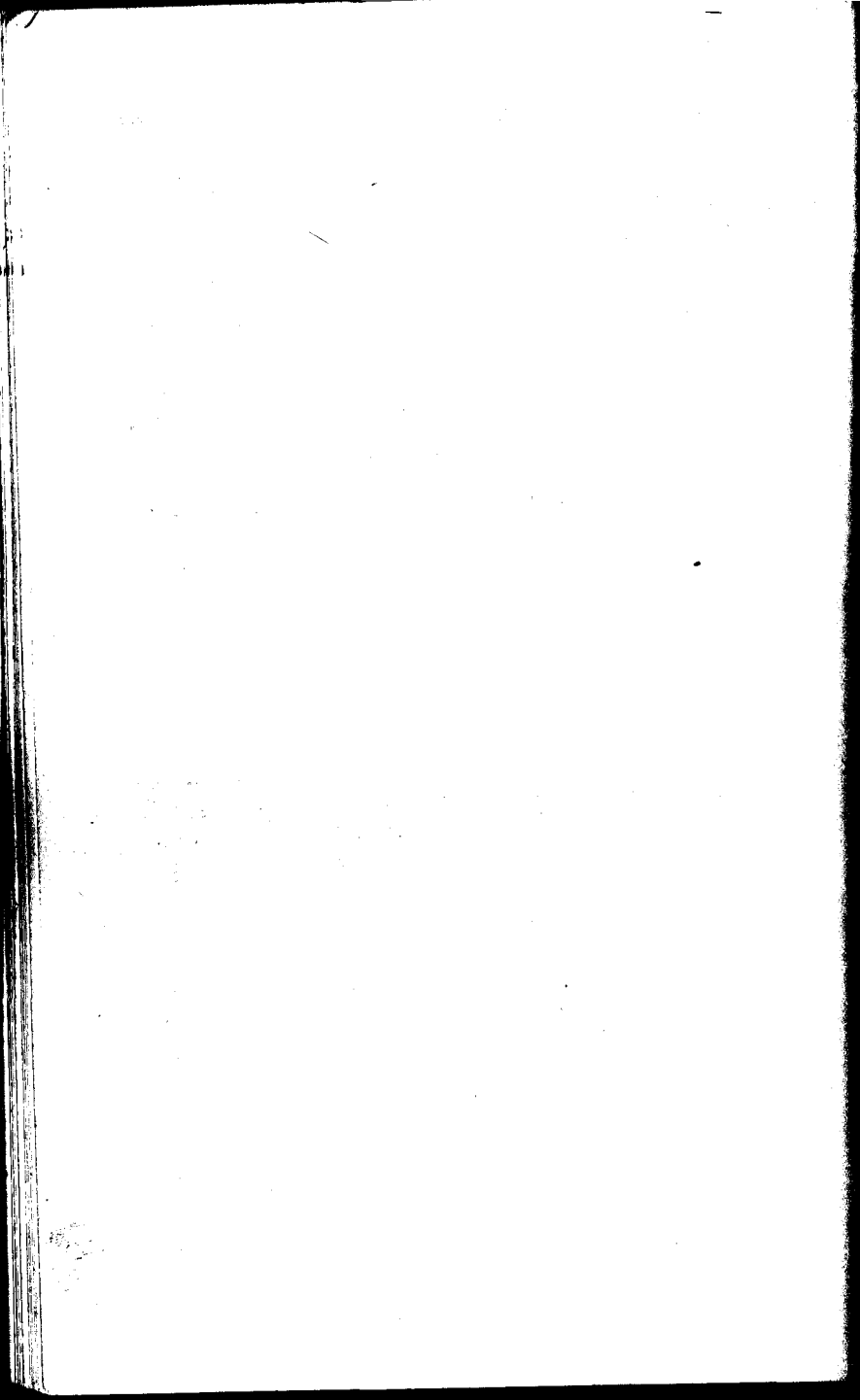
1807. Verdadera satisfacción —devolución de los marinos, etc.— no se ofreció hasta el 9 de noviembre de 1812, cinco años después. Es cierto que el gobierno inglés desaprobó en seguida el gesto del almirante Berkeley, como Seward lo hizo por el capitán Wilkes; sin embargo, a guisa de castigo, el almirante fue promovido a un grado superior. Proclamando las ordenanzas del Consejo,⁶ Inglaterra reconoció abiertamente que había violado los derechos de los Estados neutrales en general y de los Estados Unidos en particular; que se veía forzada a ello como medida de represalia contra Napoleón, y que sería feliz dejando de obrar así a condición de que Napoleón tampoco violase más los derechos de los Estados neutros. En lo que concierne a los Estados Unidos, Napoleón cesa tales atropellos en la primavera de 1810, pero Inglaterra persiste en la violación de los derechos marítimos de América. Su resistencia dura sólo de 1806 al 23 de junio de 1812. En ese caso, Inglaterra rehúsa durante seis años dejar sus atropellos —abiertamente reconocidos— aunque reparase cada vez los daños. ¡He aquí las gentes que se permiten decir que el gobierno americano ha dejado pasar una brillante ocasión! Que su queja sea justa o falsa, es una villanía por parte del gobierno inglés la de apoyar esta queja relativa a un simple error técnico o falta de procedimiento, con un ultimátum exigiendo la

⁶ Las ordenanzas del Consejo inglés, redactadas en 1807, prevenían que todos los navíos que comerciaban con Francia o sus aliados eran susceptibles de captura y prescribían a los navíos naturales hacer escala en puertos británicos. Como tales medidas eran particularmente perjudiciales al comercio americano, los Estados Unidos se opusieron declarando que constituían una violación de los derechos de neutralidad. Estas ordenanzas fueron finalmente suspendidas el 23 de junio de 1812, cinco días después de la declaración de guerra a Inglaterra por los Estados Unidos.

entrega de los prisioneros. El gobierno americano podía tener razones para ceder a este ultimátum, pero no podía tener la de tomar la iniciativa del arreglo de este conflicto por una concesión unilateral.

Mientras se apaciguaba el actual conflicto del *Trent*, de ningún modo se ha arreglado la cuestión que ha provocado toda la disputa y que surgirá probablemente, a saber: los derechos de guerra de una potencia marítima frente a los Estados neutrales.

Con vuestro permiso, trataré de exponer toda esta cuestión en un artículo próximo. Por el momento, permitidme decir que, en mi opinión, los señores Mason y Slidell han prestado un gran servicio al gobierno federal. Existía en Inglaterra un influyente partido de guerra que, sea por razones comerciales, sea por razones políticas, aspiraba a un conflicto con los Estados Unidos. El asunto del *Trent* ha puesto a prueba a ese partido y ha fracasado. La furia guerrera ha sido calmada con un asunto de menor cuantía, que ha servido de válvula: el entusiasmo delirante de la oligarquía ha hecho sombra sobre la democracia inglesa, ha herido los diversos intereses británicos ligados a los Estados Unidos y ha dado conciencia a los obreros de la verdadera naturaleza de la guerra civil. En fin, todo esto va a acabar con el peligroso periodo en que Palmerston reinaba como autócrata, sin ser molestado por el Parlamento. Ha sido el único momento en el que le ha sido posible urdir una guerra de Inglaterra al lado de los esclavistas. Pero ese tiempo ha pasado ya.



Carlos Marx

UN MITIN PRO-AMERICANO

Die Presse,

5 de enero de 1862

Londres, 10. de enero de 1862

De día en día, el movimiento de oposición a la guerra, gana más energía y amplitud en el seno del pueblo inglés. En el curso de las reuniones públicas organizadas por todo el país, se reclama un *arbitraje* del conflicto entre Inglaterra y América. Lluven literalmente sobre el jefe del gabinete los memorándums redactados en tal sentido y la *prensa* independiente *de provincias* se muestra por así decirlo unánime en su oposición a los llamamientos belicistas de la prensa londinense.

Seguidamente damos un resumen detallado del mitin del lunes último en *Brighton*, porque procede de la clase obrera y los dos oradores principales —Connihngham y White— son miembros influyentes del Parlamento y se colocan ambos del lado *ministerial* de la Cámara.

El señor Wood (un obrero) propone la primera moción afirmando “que el conflicto entre Inglaterra y América surgió de una mala interpretación del derecho internacional, y no de un insulto deliberado a la bandera inglesa; que la presente asamblea opina, pues, que todo el litigio debería ser llevado ante una potencia neutral para decisión arbitral; que, en estas condiciones, una guerra con América no se justificaría, sino que merecería, al contrario, ser condenada por el pueblo inglés”.

Para apoyar su moción, Wood añade, entre otras, las siguientes observaciones: “Se pretende que este nuevo insulto no es más que el último anillo de



una cadena de insultos que América habría infligido a Inglaterra. Aun suponiendo que eso sea verdad, ¿qué es lo que tal cosa probaría en lo que concierne a los que aúllan por la guerra actualmente? No querría decir más que esto: mientras que América estaba unida y potente, nosotros hemos encajado sin rechistar sus ultrajes, pero ahora que se encuentra en peligro, nosotros explotamos una posición favorable para vengar el insulto. Tal manera de proceder, ¿no nos estigmatizaría como cobardes a los ojos del mundo civilizado?"

Conningham: "En este momento, la Unión practica una franca *política de emancipación (aplausos)* y yo formulo la confiada esperanza de que ninguna *intervención* de parte del gobierno inglés será permitida. (*Aplausos*). ¿Queréis vosotros, ingleses libres, admitir que os impliquen en una guerra antirrepublicana? Ahora bien, tal es la intención del *Times* y del partido que está detrás de él... Yo llamo a los obreros de Inglaterra, que tienen el mayor interés en mantener la paz, para que eleven la voz y, en caso necesario, el puño para impedir la perpetración de tal crimen (*resonantes aplausos*). El *Times* ha empleado todos los medios para excitar las tendencias belicistas del país y para suscitar la hostilidad entre los americanos agravando los rencores y las discordias... Yo no pertenezco a lo que se llama el partido pacifista. En 1853, el *Times* favoreció la política rusa, concentró todas sus fuerzas e invitó a nuestro país a que asistiere sin rechistar a todos los atropellos militares de la barbarie rusa en el Este. Yo estaba entonces entre los que elevaron su voz contra esta falsa política con motivo del debate sobre la *ley de conspiración*, que tenía por objeto facilitar la extradición de los refugiados políticos; el *Times* no ahorra esfuerzo para hacer pasar esta ley en los Comunes. Yo era uno de los

noventa y nueve miembros de la Cámara, que resistieron este atropello a las libertades del pueblo inglés y tumbaron el ministro (*aplausos*). Ahora bien, ese mismo ministro se encuentra hoy al frente del gabinete. Yo profetizo que si trata de arrastrar a nuestro país sin motivos valederos a una guerra contra América, su plan fracasará completamente. Yo le prometo una nueva derrota humillante, una derrota aún peor que la que le hemos infligido con motivo de la ley de conspiración (*resonantes aplausos*). No conozco la petición oficial, transmitida a Washington; pero la opinión prevé que los consejeros jurídicos de la Corona han recomendado al gobierno mantenerse estrictamente en el terreno jurídico, según el cual los delegados sudistas no podían ser capturados sin el navío que los transportaba. En consecuencia, se pedirá como condición *sine qua non* la entrega de Slidell y Mason.

"Admitamos que el pueblo americano no permite que su gobierno nos devuelva a esos dos personajes. ¿Queréis ir a la guerra para recuperar los cuerpos de esos dos embajadores de los esclavistas?... Existe en este país un partido belicista antirrepublicano. Acordaos de la última guerra rusa. A consecuencia de la publicación por Petersburgo de los despachos secretos, no hubo ninguna duda de que los artículos publicados por el *Times* en 1855 habían sido redactados por una persona que tenía acceso a los archivos y documentos secretos del Estado ruso. El señor Layard leyó, en esa época, los pasajes más llamativos en los Comunes, y el *Times*, confundido, cambia en seguida de tono; desde el día siguiente empieza a tocar la trompeta de la guerra... El *Times* la ha tomado varias veces con el emperador Napoleón y ha apoyado a nuestro gobierno cuando ha pedido créditos para fortificar las costas e instalar baterías flotantes. Después de obrar así y lanzar



la alarma contra Francia, el *Times* quiere ahora dejar nuestras costas desguarnecidas frente al emperador francés, en el momento en que implica a nuestro país en una guerra transatlántica... Es de temer que los actuales preparativos armados, en gran escala, no contemplen solamente el caso del *Trent*, sino también la eventualidad de un reconocimiento de los Estados esclavistas por nuestro gobierno. Si Inglaterra se presta a esta maniobra, se cubrirá de eterna vergüenza”.

White: “Hay que reconocer que en el origen de esta reunión se halla la clase obrera y que todos los gastos de organización los ha soportado su comité... El actual gobierno jamás ha tenido el tacto de obrar honesta y francamente con el pueblo... Jamás, ni un sólo instante he creído en cualquier posibilidad de guerra a causa del asunto del *Trent*. Yo he dicho en la cara a varios miembros del gobierno que ningún ministro pensaba en la posibilidad de una guerra a causa del incidente del *Trent*. Entonces, ¿por qué todos esos gigantescos preparativos? Creo que Inglaterra y Francia se han entendido para reconocer la independencia de los Estados sudistas la primavera próxima. Hasta entonces, la Gran Bretaña mantendría en las aguas americanas su flota, que dispone de una superioridad aplastante. Se terminaría además el sistema de defensa del Canadá. Si los Estados del Norte están entonces decididos a hacer del reconocimiento de los Estados sudistas un *casus belli*, la Gran Bretaña se hallaría dispuesta”...

El orador continúa exponiendo los peligros de una guerra con los Estados Unidos, hizo recordar las manifestaciones de simpatía de América con ocasión de la muerte del general Havelock, la ayuda que los marinos americanos dieron a los navíos ingleses con ocasión del desgraciado encuentro de Peiho, etc. Concluyó que la guerra civil se acabaría

con la abolición de la esclavitud y que en consecuencia Inglaterra debía estar absolutamente al lado del Norte.

Habiendo sido adoptada por unanimidad la moción propuesta al principio del mitin, se presenta a la asamblea un memorándum destinado a Palmerston; tras su discusión, fue también aprobado.



Carlos Marx

UN MITIN OBRERO EN LONDRES

Londres, 28 de enero de 1862

Die Presse,

2 de febrero de 1862

Como se sabe, la clase obrera no está representada en el Parlamento, aunque represente una parte constituyente de la sociedad tan preponderante que ningún *campesinado* conserva memoria de haber ocupado tal situación. Aunque ausente del Parlamento, no carece de influencia política. No existe innovación importante, ni medida decisiva que haya podido ser introducida en Inglaterra sin esta *presión del exterior*, sea porque la oposición haya tenido necesidad contra el gobierno, sea porque el gobierno haya tenido necesidad contra la oposición. Por presión del exterior, los ingleses entienden las grandes manifestaciones populares extraparlamentarias, que, naturalmente, no pueden organizarse sin la participación activa de la clase obrera.

En la guerra antijacobina, Pitt supo utilizar las masas contra los liberales. La emancipación católica, la ley de reforma, la abolición de las leyes cerealistas, la guerra contra Rusia, el rechazo de la ley sobre la conspiración de Palmerston,¹ cada una de estas medidas ha sido el fruto de violentas manifestaciones extraparlamentarias donde la clase obrera a veces ha sido artificialmente aguijoneada, otras espontáneamente; a veces ha sido el actor consciente del drama, otras no ha sido más que el

¹ El 8 de marzo, a petición del gobierno francés, que reprochaba a Inglaterra conceder derecho de asilo a "criminales políticos", Palmerston presenta en la Cámara un proyecto de ley sobre los conspiradores extranjeros, este proyecto fue rechazado por los Comunes el 12 de febrero.



coro; aquí ha jugado el papel principal, allá el secundario según las circunstancias. Siendo así, la actitud de la clase obrera inglesa, en lo que concierne a la guerra civil americana, es tanto más chocante.

La miseria, producida por la detención de las fábricas o la disminución de las horas de trabajo *motivadas* por el bloqueo de los Estados esclavistas es espantosa y aumenta de día en día entre los obreros de las regiones manufactureras del norte de Inglaterra. Las otras fracciones de la clase obrera no sufren hasta ese punto, pero también padecen mucho por la reacción de la crisis de la industria algodonera sobre las otras ramas de la industria, sea porque la exportación de sus productos en dirección del Norte de América han disminuido a consecuencia de la tarifa Morill, sea porque las exportaciones hacia el Sur están arruinadas por el bloqueo. La cuestión de la intervención inglesa en América ha llegado a ser, pues, en este momento, una cuestión del pan de cada día para los obreros. Esta presión se halla aún reforzada por el hecho de que sus "superiores naturales" no desprecian ningún medio para excitar su cólera contra los Estados Unidos. El único periódico obrero todavía existente y ampliamente difundido —el *Reynolds's Weekly Newspaper*— ha sido comprado, hace seis meses, por los burgueses, a fin de renovar cada semana, en violentas diatribas, el *ceterum censeo* de la intervención inglesa en los Estados Unidos.

La clase obrera se da, pues, perfectamente cuenta de que el gobierno no acecha más que un grito de abajo, la menor *presión del exterior* en favor de la intervención para poner fin al bloqueo americano y a la miseria inglesa. En esas condiciones, hay que admirar la obstinación con la cual la clase obrera se calla o rompe el silencio para elevar su voz *contra* la intervención y *en favor* de los Estados

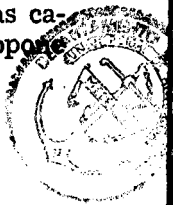
Unidos. Esta es una nueva y brillante prueba del indestructible valor de las masas obreras inglesas, valor que representa el secreto de la grandeza de Inglaterra y que —para hablar el lenguaje hiperbólico de Mazzini— ha hecho aparecer al simple soldado inglés como un semidios durante la guerra de Crimea y en otras ocasiones.

Para ilustrar la “política” de la clase obrera, he aquí una referencia de un gran *mitin obrero*, que se ha celebrado ayer en Marylebone, uno de los distritos más populares de Londres:

Staedman, el presidente, abre la reunión haciendo notar que conviene tomar *una decisión sobre la acogida que el pueblo inglés debe reservar a los señores Masón y Slidel*: “Se trata de considerar si estos señores han hecho el viaje a Inglaterra para liberar los esclavos de sus cadenas o para forjar un anillo más”.

Yates: “En esta ocasión, la clase obrera no debe guardar silencio. Los dos personajes que atraviesan el Atlántico para venir aquí, son los agentes de los Estados esclavistas y tiránicos. Se encuentran en rebelión abierta contra la Constitución legal de su país y llegan aquí para decidir a nuestro gobierno a reconocer la independencia de los Estados esclavistas. Es deber de la clase obrera elevar hoy su voz, ya que el gobierno no debe creer que seguimos su política exterior con indiferencia. Debemos probar que el dinero gastado por el pueblo inglés para la emancipación de los esclavos no ha de malgastarse inútilmente. Si nuestro gobierno obrara honestamente, apoyaría a los Estados del Norte en su lucha por aplastar esta terrible rebelión”.

Después de defender ampliamente a los Estados del Norte y hecho observar que la “violenta retahíla del señor Lovejoy ha sido provocada por las calumnias de la prensa inglesa”, el orador propone la moción siguiente:



“Esta asamblea decide que los agentes de los rebeldes —que acaban de salir de América para venir a Inglaterra— son absolutamente indignos de las simpatías morales de la clase obrera inglesa, dado que son propietarios de esclavos, así como los agentes declarados de una facción despótica que, en este mismo momento, está en rebelión contra la República americana y es el enemigo jurado de los derechos sociales y políticos de la clase obrera de todos los países”.

Whyne sostuvo esta moción, pero, dijo, se debe entender que en el transcurso de su visita a Londres, conviene evitar todo tipo de insulto personal hacia los señores Mason y Slidell.

Nichols —un habitante “del extremo norte de los Estados Unidos”, como se presenta a sí mismo, ha hecho en este mitin como abogado del diablo para los señores Yancey y Mann— se opone también a la moción: “Estoy aquí porque reina la libertad de palabra. En nuestro país, el gobierno, desde hace tres meses, no permite a cualquiera abrir la boca. La libertad no es ahogada solamente en el Sur, sino también en el Norte. La guerra cuenta con muchos adversarios en el Norte, pero no se atreven a abrir la boca. Nada menos que doscientos periódicos están prohibidos o han sido destruidos por el populacho. Los Estados del Sur tienen el mismo derecho a separarse del Norte, como los Estados Unidos de separarse de Inglaterra”.

Pese a la locuacidad del señor Nichols, la primera moción fue aprobada por unanimidad. Pero volvió a hacer uso de la palabra: “Si reprocháis a Mason y Slidell ser esclavistas, la misma cosa vale para Washington, Jefferson, etcétera”.

Beales refuta a Nichols en detalle y seguidamente presenta una segunda moción: “Considerando los esfuerzos mal disimulados del *Times* y otros periódicos que inducen a error a la opinión pública in-

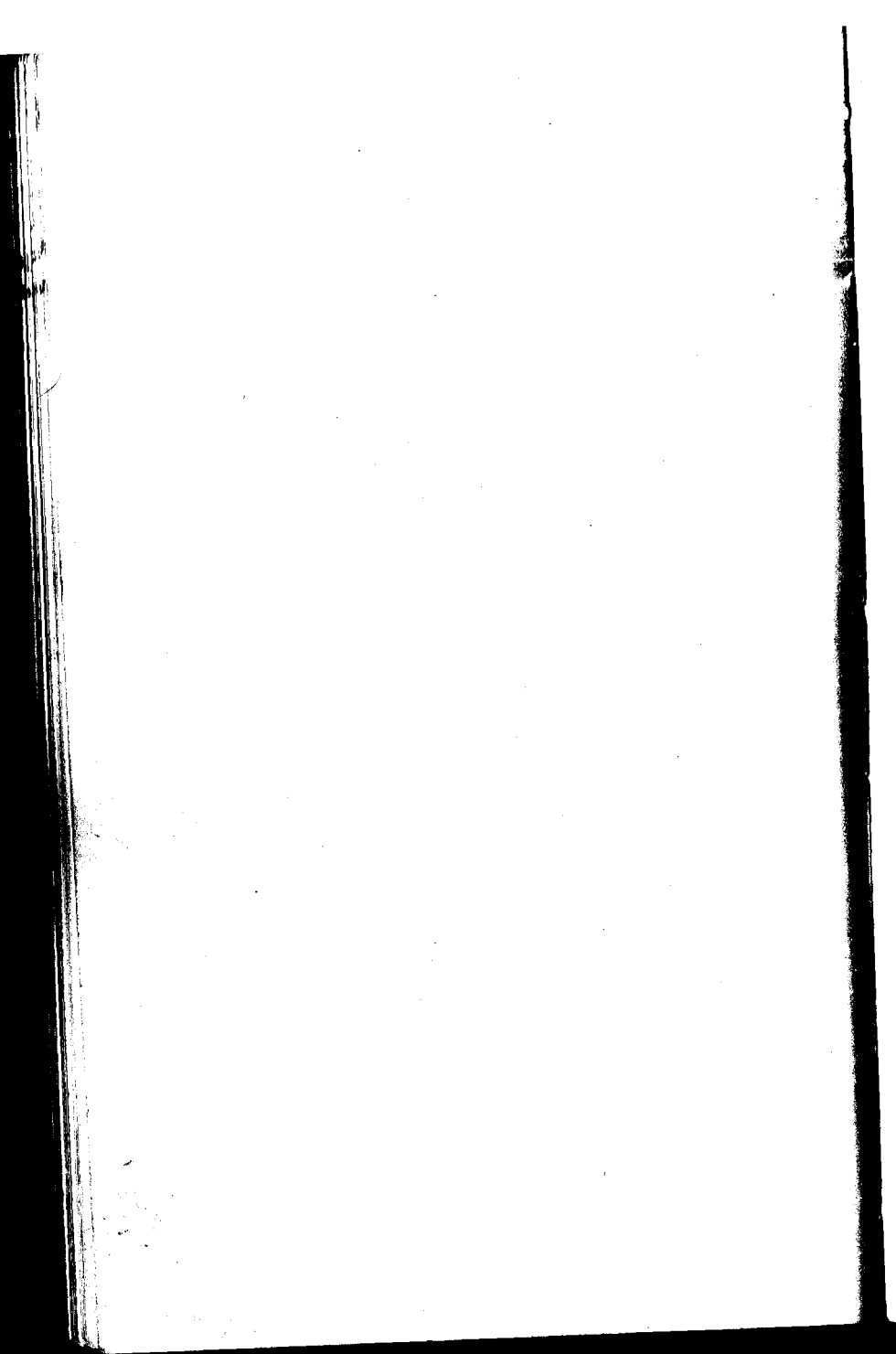
glesa sobre los asuntos americanos, que quieren impulsarnos con diversos pretextos a una guerra con millones de hermanos nuestros por la sangre y explotan las actuales dificultades de la República para calumniar las instituciones democráticas, la presente asamblea considera que es deber particular de los obreros que no se hallan representados en el Senado de la nación, expresar sus simpatías por los Estados Unidos en su lucha gigantesca por el sostenimiento de la Unión; denunciar la escandalosa deshonestidad de los abogados del esclavismo como son el *Times* y otros periódicos aristocráticos emparentados; formular de la forma más clara su oposición a la política de intervención en los asuntos de los Estados Unidos, y su apoyo a un arreglo de los eventuales litigios por medio de comisarios o tribunales de arbitraje escogidos por las dos partes; de condenar la política de guerra de la prensa de los especuladores de Bolsa y de manifestar nuestra más cordial simpatía por los esfuerzos de los abolicionistas con vistas a arreglar definitivamente la cuestión de los esclavos”.

Esta moción fue adoptada por unanimidad, así como la proposición final, a saber: “Hacer llegar, a través del señor Adamás, al gobierno americano una copia de las resoluciones adoptadas, que expresan los sentimientos y la opinión de la clase obrera inglesa”.



IV. VICTORIA
Y
COMPROMISO

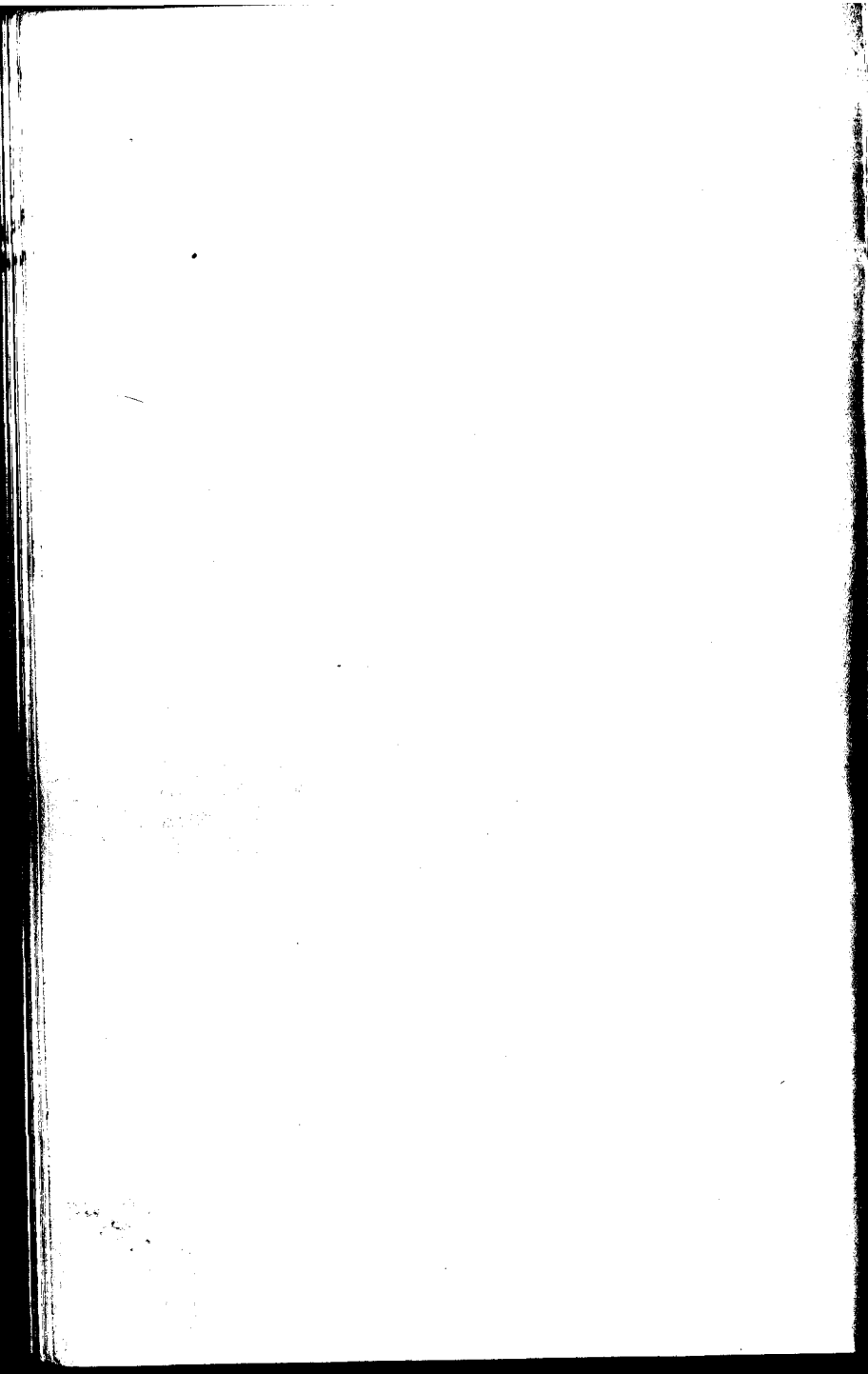




En el curso de la revolución burguesa, "las reivindicaciones más radicales se imponen en ciertos momentos, pero después el partido más moderado * coge la delantera: las conquistas del partido radical se pierden de nuevo, en su totalidad o en parte; los vencidos gritan traición o tribuyen la derrota al azar. En realidad, las cosas ocurren lo más frecuentemente así: las conquistas de la primera victoria no se aseguran sino por la segunda victoria del partido más radical; una vez ésta conseguida, es decir, lo que es momentáneamente necesario, los elementos radicales desaparecen de nuevo del teatro de operaciones, y sus éxitos también". (F. Engels, "Introducción" de 1895 a *Las luchas de clases en Francia*).

* Esta ley de las revoluciones burguesas, formulada por Marx y Engels, se aplica en América al Partido Republicano de Lincoln por lo que se refiere a la fracción revolucionaria moderada, y al partido abolicionista en sentido estricto por lo que concierne a la fracción más radical. Si la Revolución Francesa ha sido tan radical, se debe a la intervención de un vasto proletariado. "Con sus timoratas concepciones, no habría tenido bastante con varios decenios para llevar a cabo su tarea. La intervención sangrienta del proletariado acelera el proceso" (Carlos Marx, *La crítica moralizante y la moral criticante*).





Carlos Marx

CRISIS EN LA CUESTION ESCLAVISTA

Die Presse,

14 de diciembre de 1861

Londres, 10 de diciembre de 1861

Con toda evidencia, los Estados Unidos han llegado a un punto de crisis en la cuestión que se halla en el fondo de toda la guerra civil: *la de los esclavos*. El general Frémont ha sido destituido de sus funciones porque había declarado que los esclavos *de los rebeldes* debían ser emancipados. Poco después, el gobierno de Washington publica un mensaje al general Sherman, comandante de la expedición a Carolina del Sur, que iba más lejos que la proclama de Frémont, puesto que prescribía que los esclavos en fuga, incluso si pertenecían a esclavistas "leales", debían recibir el estatuto de asalariados y, en ciertas condiciones, ser armados, consolando a los esclavistas "leales" con la idea de percibir ulteriormente una compensación.

El coronel Cochrane va más lejos que Frémont y reclama el armamento general de los esclavos, como medida de guerra. El secretario de Guerra aprueba oficialmente el "espíritu" de las propuestas de Cochrane.

Entre tanto, el secretario del Interior desautoriza al secretario de Guerra, en nombre del gobierno. El secretario de Guerra reitera su "opinión" con más energía aún con ocasión de una conferencia oficial, y revela que ha elevado esta cuestión al Congreso. El sucesor de Frémont en Missouri, el general Halleck, igual que el general Dix en Virginia oriental, persiguen a los esclavos fugitivos en el territorio.



del ejército y les prohíben en lo sucesivo reaparecer en la proximidad de las posiciones ocupadas por su ejército. Con todo, en el mismo instante, el general Wool acoge con brazos abiertos el "contrabando" negro¹ en el fuerte de Monroe; los viejos líderes del Partido *Demócrata*, los senadores Dickinson y Crosswell (exmiembro de la sedicente regencia demócrata)² aprueban a Cochrane y Cameron, y el coronel Jennison sobrepasa a todos sus superiores jerárquicos en una orden del día a a sus tropas, donde declara entre otras cosas:

"Nada de temporización en lo que concierne a los rebeldes y a los que simpatizan con ellos [...]. He declarado al general Frémont que yo no he tomado las armas, que yo sepa, para que el esclavismo sobreviva a este combate. Los esclavos que pertenezcan a los rebeldes encontrarán siempre ayuda y protección en este campo, y los defendemos hasta el último hombre y hasta el último cartucho. *No quiero, entre mis tropas, hombres que no sean abolicionistas.* Aquí no hay sitio para ellos, y espero que no lo haya en nosotros, ya que cada cual sabe que el esclavismo es el fondo, el medio y el extremo de esta guerra infernal [...]. Si el

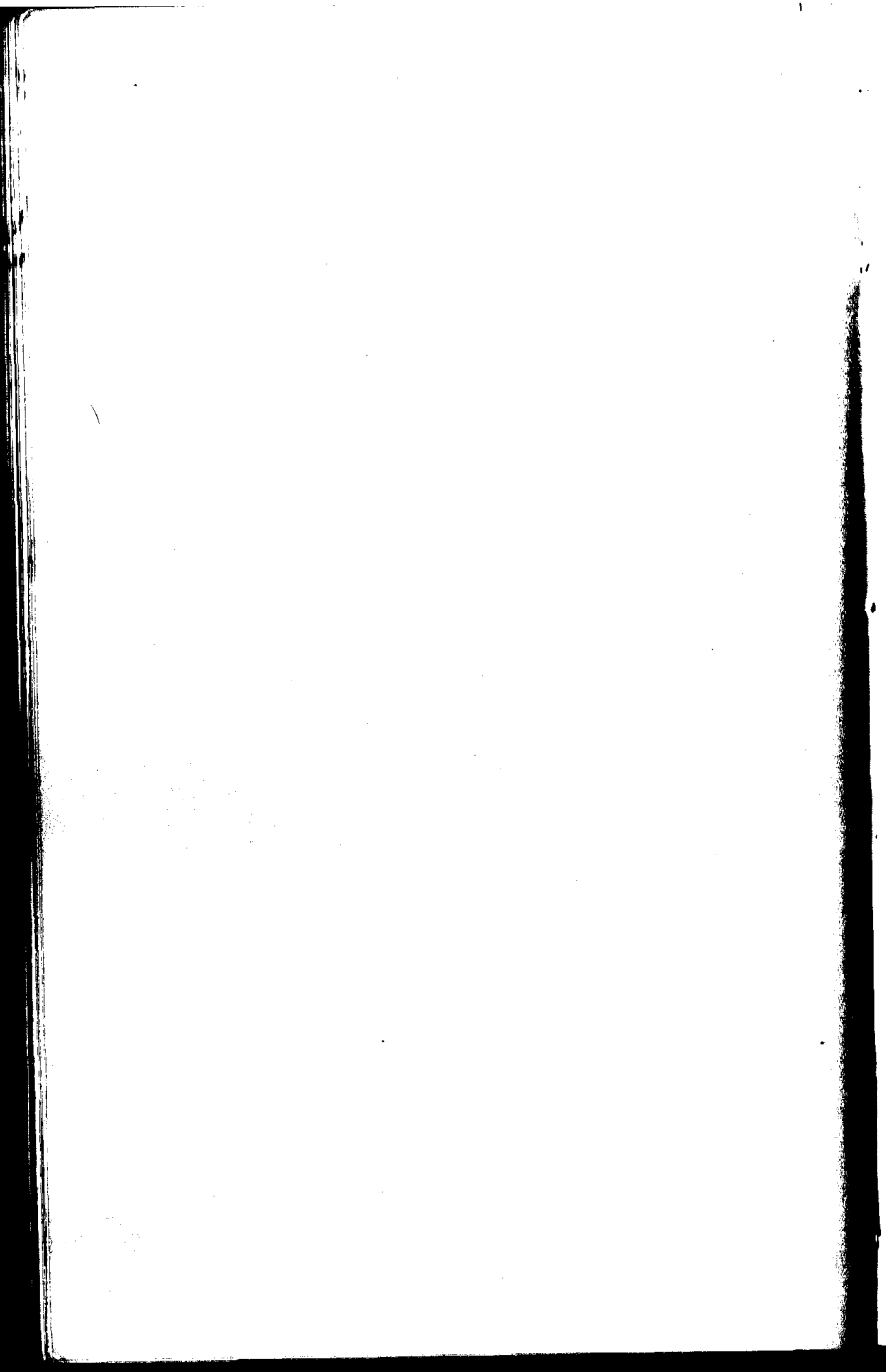
¹ En el curso de la guerra civil americana se llamaba "contrabando negro" a los esclavos que, habiéndose escapado de sus dueños, se refugiaban en los campos militares de la Unión. A pesar de las ordenanzas del gobierno de Washington, algunos generales de la Unión rehusaron durante los primeros meses de la guerra de Secesión entregar los negros a sus antiguos propietarios. Para justificarse, afirmaban que estos esclavos eran propiedad de rebeldes que utilizaban a sus esclavos en trabajos militares (cavar trincheras, por ejemplo), de suerte que se podía considerar a estos esclavos como "contrabando de guerra" y retenerlos.

² La regencia demócrata era el grupo dirigente del Partido Demócrata en el Estado de Nueva York. Existió hasta 1854 y residía en Albany, que era el centro administrativo del Estado de Nueva York.

gobierno desapruueba mi manera de obrar, puede recoger mi diploma de oficial, pero, en tal caso, yo actuaré *por mi libre iniciativa*, incluso, si al principio, no puedo contar más que con media docena de hombres”.

En los Estados esclavistas fronterizos —especialmente en Missouri y, en grado menor, en Kentucky— la cuestión de los esclavos se halla en vías de resolverse en la práctica. En efecto, los elementos esclavistas son expulsados en masa. Por ejemplo, en Missouri, han desaparecido cincuenta mil esclavos, una parte huidos y otra parte deportados por los esclavistas hacia los Estados que se hallan más al Sur.

Un acontecimiento, muy importante y característico, no ha encontrado curiosamente ningún eco en cualquiera de los periódicos. El 18 de noviembre ha tenido lugar una reunión de delegados de los cuarenta y cinco condados de Carolina del Norte, en la isla Hatteras; han nombrado un gobierno provisional, desautorizado el Acta de Secesión y proclamado la vuelta de Carolina del Norte al seno de la Unión. Los condados de Carolina del Norte representados en esta asamblea están invitados a elegir sus representantes al Congreso de Washington.



Carlos Marx

UN TRATADO CONTRA EL COMERCIO DE ESCLAVOS

Die Presse,

22 de mayo de 1862

Londres, 18 de mayo de 1862

El tratado para la supresión del comercio de esclavos, concluido entre los Estados Unidos e Inglaterra, el 7 de abril de este año, en Washington, acaba de ser comunicado a la prensa y publicado *in extenso* por los periódicos americanos.¹

¹ Este tratado por el que se concertaban los Estados Unidos e Inglaterra en la persecución del comercio negro, aunque no era el primero, pues hay dos anteriores que no tuvieron prácticamente vigencia, surgía en un momento significativo. A partir de este momento, la esclavitud y la trata de negros va a su desaparición. Creemos, por ello, que aquí vale la pena hacer una sucinta recopilación de la trayectoria de estos hechos históricos.

La esclavitud y trata de negros se "legaliza" por el derecho de asiento concedido por Carlos V en 1518, que autorizaba al transporte de 4.000 negros por año a los dominios españoles de América. Los primeros años ejerció tal derecho un consorcio genovés, adquiriendo los negros en Lisboa o Sevilla, adonde llegaban transportados por portugueses.

Portugal ejercía una especie de monopolio sobre las fuentes de esclavos en costas africanas. Estas se extendían por más de 3.000 kilómetros en el Golfo de Guinea, desde más arriba del río Níger a más abajo del Congo. Los jefes de tribu y reyezuelos de esta zona fueron los abastecedores de negros, hechos prisioneros en guerras, capturados por deudas o simplemente raptados.

Tras disputar el monopolio, tanto del asiento como del dominio y conocimiento de la costa africana, varias potencias europeas intervienen en este comercio: Inglaterra, Holanda, Dinamarca, Suecia, Prusia, Francia, España, más Portugal y posteriormente los Estados Unidos.



Los puntos esenciales de este importante documento son los siguientes: el derecho de investigación es recíproco, pero no puede ejercerse sino por

A mediados del siglo XVI ya se embarcaba en Africa, con destino a América unos 10.000 negros por año. Esta cifra fue creciendo casi ininterrumpidamente, pasando de los 30/40.000 anuales del siglo XVII, a los 60/80.000 anuales del siglo XVIII y alrededor (muy fluctuante en más o menos) de los 100 mil anuales en el siglo XIX, esta última cifra ya en pleno contrabando o comercio oficialmente "ilegal".

El fenómeno de la esclavitud negra afectó directamente a toda la población de la mayor parte del continente africano, de los cuales 60 millones estuvieron vinculados a la caza del negro, muriendo en guerras, enfermedades y hambre la mayor parte de esa cantidad. Se calcula que pudieron llegar a ser transportados a través del Atlántico alrededor de 10 millones.

La llamada "cultura o civilización occidental" se desarrolla con esta enorme llaga en el costado. Esta permitió una acumulación extraordinaria de capital y la revolución industrial. Pero desarticuló y frenó el desarrollo del continente africano, introdujo graves gérmenes de tensión y enormes problemas en el hemisferio occidental, que aún sacuden sus sociedades.

Los cultivos que dieron la prosperidad a los países americanos: tabaco, caña de azúcar, café, algodón, fueron los estímulos para este comercio de hombres. No es muy consolador comprobar que, mientras los intereses económicos coincidían con el esclavismo, éste se extendió saltando todas las barreras morales. Solamente cuando declinan la importancia relativa de esas producciones y sus intereses ya no se hallan plenamente identificados con el esclavismo, empiezan a operar los resortes morales. Mientras tanto, durante casi cuatro siglos los negros fundamentalmente, pero también millones de blancos —nos referimos a la esclavitud y servidumbre de irlandeses y alemanes, entre otros, y no a la explotación de obreros "libres"— dieron con su sangre y sus huesos la argamasa para el cimiento sobre el que se ha edificado la presente sociedad.

El primer cargamento de negros llegó a Jamestown, Virginia, el año 1619, a bordo de un barco holandés. En cuanto al último, con respecto a Estados Unidos, varios barcos se disputan el título, pero se considera al *Erie*

navíos de guerra que hayan obtenido a este efecto plenos poderes especiales de una de las dos potencias contratantes. Periódicamente, las potencias contratantes se comunicarán la lista completa de los barcos de su marina que son afectados a la vigilancia de la trata de negros. El derecho de investigación no puede ejercerse contra los navíos mercantes más que a una distancia de doscientas millas de la costa africana, al sur del grado treinta y dos de

como acreedor al mismo, por circunstancia adicional. Este barco fue apresado cuando regresaba de costas africanas hacia gosto de 1860, llevándolo a Liberia donde tuvo que desembarcar los esclavos. El Erie fue conducido a Nueva York, donde su capitán, Gordon, fue hecho preso y juzgado. En un primer juicio antes de la guerra civil, fue declarado culpable y, de acuerdo con la ley que asimilaba el delito a piratería, condenado a morir en la horca. Durante algún tiempo se creyó que, como solía ocurrir en estos casos, sería éste traspapelado y olvidado. Pero corrían otros vientos. Después de empezada la guerra, fue de nuevo juzgado, hallado culpable, condenado y ejecutado. Fue el único caso de aplicación de esa ley.

A mediados del siglo XVIII empieza a tomar cuerpo la lucha antiesclavista y contra la trata de negros. Especialmente en Inglaterra y los Estados Unidos, en la segunda mitad de ese siglo aparecen organizaciones y personalidades comprometidas en la misma. En Inglaterra queda abolida la esclavitud, en la metrópoli en 1772 y en las indias occidentales (Jamaica y Barbados) en 1833. En 1808 se promulga la primera ley contra la trata y a partir de ese año Inglaterra hace esfuerzos por internacionalizar mediante tratados la prohibición del comercio negrero: con España en 1819, Francia en 1831, Brasil, 1849 y otros varios países. Inglaterra dedicó una flota de guerra a la vigilancia y captura de barcos negreros desde 1808 a 1867, año en que la retira y disuelve los tribunales que juzgan. Los Estados Unidos habían tenido algunas legislaciones estatales que prohibían la importación de negros; en 1808 legislan en general contra el tráfico y en 1831 y 1842 celebran un acuerdo con Inglaterra para la persecución del comercio. Lo cierto, sin embargo, es que prácticamente hacen poco. Solamente con la guerra civil se integran decididamente en la prohibición de la esclavitud y la trata.

latitud Norte y a treinta millas marinas de la costa de Cuba. Los cruceros americanos no tienen derecho de investigación sobre los navíos ingleses, como tampoco los cruceros ingleses lo tienen sobre los navíos americanos en las aguas territoriales inglesas o americanas (por tanto, a tres millas de la costa) y ante los puertos o localidades habitadas de potencias extranjeras.

Son competentes para juzgar los barcos capturados los tribunales mixtos formados a partes iguales por ingleses y americanos y establecidos en Sierra Leona, El Cabo y Nueva York. En caso de condena de un navío y en la medida en que ello no ocasione gastos exorbitantes, el equipaje será entregado a la jurisdicción de la nación bajo cuyo pabellón navegaba el barco. No solamente el equipaje (comprendiendo capitán, piloto, etc.), sino también los propietarios del barco, incurrirán en su caso en las penalidades previstas en las leyes de esa nación. Se pagarán indemnizaciones a los navíos mercantes absueltos por los tribunales mixtos, que serán satisfechas en el espacio de un año por la potencia bajo cuyo pabellón navegaba el barco de guerra corsario. El derecho legal del corso en mar no afecta

Tras esas fechas seguramente ha habido aún algunos pocos pocos transportes y la esclavitud se ha mantenido algunos años más, sobre todo en Cuba y Brasil. Pero a finales del siglo XIX se puede decir que había desaparecido prácticamente.

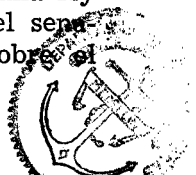
No obstante, en los Estados Unidos, los problemas ideológicos vinculados al esclavismo y la discriminación racial han continuado con relativa lozanía hasta nuestros días. Desde el punto de vista oficial, se ha tratado de acabar con la segregación, que hasta hace pocos años afectaba, por ejemplo, a la enseñanza o a los transportes públicos, pero en la práctica siguen vivos muchos fenómenos vinculados a aquella: problemas de vivienda, diferencias salariales, condiciones profesionales, sindicación obrera, etc. Existe, pues, aún un grave problema "negro" en el país, secuela de esos siglos de esclavismo.

solamente a los navíos que tengan a su bordo negros cautivos, sino también a los dispositivos de armamento que caracterizan a los navíos que sirven en la trata de negros: esposas, cadenas y otros instrumentos para tener sujetos a los negros, y, finalmente, los alimentos de boca, si la cantidad no corresponde a las necesidades del equipaje. Un navío sobre el que se hallen tales artículos sospechosos se obliga a hacer prueba de inocencia: incluso en caso de absolución, no puede pretender indemnización.

Los comandantes que sobrepasen los poderes que les son conferidos, son condenables por su propio gobierno. Si el comandante de un crucero de una de las potencias contratantes sospechase de un navío mercantes, escoltado por uno o varios barcos de guerra de la otra potencia contratante, de tener a su bordo negros o de estar dedicado a la trata de esclavos africanos o estar equipado a tal fin, deberá comunicar sus dudas al comandante de la escolta y visitar de acuerdo con él el navío sospechoso, que sería conducido a lugar de residencia de uno de los tribunales, si entraba en la categoría de barcos prevista por el tratado.

Los negros que se hallen a bordo de los navíos condenados serán puestos a disposición del gobierno bajo cuyo pabellón se ha efectuado la captura. Deberán ser liberados inmediatamente, y quedarán en libertad bajo la garantía del gobierno sobre cuyo territorio se encuentran. No puede derogarse el tratado antes de diez años. Y se mantiene en vigor durante un año después de la revocación por una de las partes contratantes.

Este tratado anglo-americano —fruto de la guerra civil americana— ha dado un golpe mortal a la trata de negros. El efecto se completará con una ley recientemente propuesta al Congreso por el senador Summer, que anula la ley de 1808 sobre el



comercio de negros en las costas de los Estados Unidos y condena como crimen el transporte de esclavos de un puerto a otro de los Estados Unidos.² Esta ley dificultará considerablemente el comercio de los Estados fronterizos esclavistas propiamente dichos.

² La ley de 1801 mantenía la trata de esclavos en el seno de los Estados Unidos, entre los Estados esclavistas del Sur y el Suroeste, especialmente en las costas meridionales del país. La prohibición de importar esclavos de Africa tuvo por consecuencia un aumento de la trata de negros en el interior de los Estados Unidos. Estados tales como Maryland, Virginia y Carolina del Norte se dedicaron a criar negros para venderlos a los Estados que explotaban el trabajo de los esclavos. Estos puntos de la ley de 1808 fueron anulados por el proyecto de ley sometido al Senado por Sumner el dos de mayo de 1862. Quedaba también prohibido el transporte de esclavos de un Estado a otro.

Carlos Marx

MANIFESTACIONES ABOLICIONISTAS EN AMERICA

Die Presse,
30 de agosto de 1862
Londres, 22 de agosto de 1862

Hace ya algún tiempo hemos señalado en estas columnas que el Presidente Lincoln, por sus escrúpulos jurídicos, su espíritu mediador y constitucionalista, sus orígenes y sus vínculos con Kentucky, el Estado esclavista fronterizo, encontraba dificultades para desprenderse de la influencia de los esclavistas "leales". Sin embargo, aunque tratando de evitar toda ruptura abierta con ellos, suscita un conflicto con los partidos del Norte que son los más consecuentes en el campo de los principios y son empujados cada vez más hacia el proscenio por los mismos acontecimientos. Puede considerarse como un prólogo a ese conflicto el discurso pronunciado por *Wendell Phillips* en Abbingdon, en *Massachusetts*, con ocasión del aniversario de la emancipación de los esclavos en las Indias Occidentales Británicas.

Con *Garrison* y *G. Smith*, *Wendell Phillips* es el jefe de los abolicionistas de Nueva Inglaterra. Durante treinta años, sin desfallecimiento y con riesgo de su vida, ha lanzado el grito de batalla de la emancipación de los esclavos, sin cuidarse de las burlas de la prensa, los gritos de rabia de los granujas pagados, ni de los amigos inclinados a la conciliación. Sus mismos adversarios reconocen en él a uno de los más grandes oradores del Norte; una naturaleza de hierro a una energía indomable y una entera probidad. Hoy, el *Times* de Londres



—¿qué es lo que mejor podría caracterizar a este enternecedor periódico?— denuncia al gobierno de Washington el discurso de *Wendell Phillips* en Abington, ya que habría “abusado” de la libertad de expresión: “Es difícil imaginar nada más violentamente desmesurado. Jamás en tiempos de guerra civil, en cualquier país que sea, un hombre sano de espíritu y apreciando el valor de su vida y su libertad, ha pronunciado palabras de una audacia tan loca. Leyendo este discurso, hay que concluir que el objetivo del orador estriba en forzar al gobierno a perseguirlo”.

Y el *Times* —a despecho o, tal vez, a causa de su odio por el gobierno de la Unión— parece dispuesto a jugar el papel de acusador público.

En la situación presente, *el discurso de Wendell Phillips en Abington es más importante que un boletín de guerra*. Por ello, queremos hacer aquí referencia de los pasajes más salientes.

“El gobierno lucha por mantener la esclavitud; he aquí por qué su combate es estéril. Lincoln lleva la guerra como hombre político. Aún hoy teme más a **Kentucky** que a todo el Norte. Confía en el Sur. Si se pregunta a los negros de los campos de batalla del Sur si están asustados por el diluvio de fuego y hierro que se abate sobre la tierra y destroza los árboles, responden: «No, *massa* (señor), sabemos bien que esto no nos concierne». Los rebeldes podrían decir lo mismo de las bombas de **McClellan**. Saben que no tienen por objetivo hacerles daño. Yo no digo que **McClellan** sea un traidor, pero digo que si fuera un traidor no obraría de otro modo. No tembléis por **Richmond**: **McClellan** no la ocupará.

”Si continuamos conduciendo así la guerra sin principio director, no haremos sino malgastar en vano la sangre y el oro. Más valdría acordar inmediatamente la independencia del Sur que poner en

peligro una sola vida humana, por una guerra fundada sobre la execrable política actual. Se necesitan ciento veinticinco mil hombres por año y un millón de dólares por día para llevar la guerra en las condiciones actuales. No obstante, no podéis llegar a derrotar el Sur.

”Como decía Jefferson: «Los Estados del Sur tienen el lobo por las orejas, pero no pueden ni mantenerlo ni soltarlo». Del mismo modo, nosotros tememos al Sur de las orejas, sin poder apoderarnos ni desembarazarnos de él. Si mañana lo reconociéseis, tampoco tendríais la paz. Durante ochenta años ha vivido con nosotros, temiéndonos constantemente, odiándonos la mitad del tiempo, pero siempre a disgusto y desconfiado. Vuelto presuntuoso por la declaración de sus actuales reivindicaciones, no se mantendría ni un año en el interior de una línea frontera trazada artificialmente. ¡No!, en el mismo instante en que hablaríamos de condiciones de paz, gritarían ¡victoria! Mientras que la esclavitud no sea eliminada, ¡no habrá paz! Mientras mantengáis las actuales tortugas a la cabeza de nuestro gobierno, estaréis haciendo un agujero con una mano y rellenándolo con la otra. Dejad, pues, a toda la nación asociarse a las decisiones de la Cámara de Comercio neoyorkina: ¹ el ejército tendría entonces las razones por qué batirse. Incluso si Jefferson Davis tuviese el Poder, no se apoderaría de Washington. Sabe bien que la bomba que caería sobre esta Sodoma, despertaría a toda la nación, y que el Norte entero lanzaría una voz de trueno: «¡Abajo la esclavitud! Abajo todo obstáculo a la salud de la República!»

“Pero Jefferson Davis está satisfecho de los re-

¹ Se alude a la resolución siguiente de la Cámara de Comercio de Nueva York: “Vale más que mueran todos los rebeldes que uno sólo de nuestros soldados”.

sultados que ha obtenido. Sobrepasan lo que podía esperar. Si puede continuar así hasta el 4 de marzo de 1863, Inglaterra reconocerá —y esto se halla dentro de lo posible— a la Confederación del Sur...

"El Presidente no ha aplicado la ley sobre la confiscación. Tal vez sea honesto, pero su honestidad nada tiene que ver en esto. ¡Su espíritu no es ni penetrante ni previsor! Durante mi estancia en Washington, he podido darme cuenta de que hace ya tres meses Lincoln había redactado una proclama general de emancipación de los esclavos. McClellan ha hecho aplazar esta decisión intimidándolo, mientras que los representantes de Kentucky se imponían a McClellan, en quien, por lo demás, no tiene ninguna confianza. *Se necesitarán años para que Lincoln aprenda a combinar sus escrúpulos legalistas de abogado con las necesidades inherentes a la guerra civil.* Tal es la terrible condición de un gobierno democrático, su mayor mal.

"En Francia, cien hombres convencidos de su buen derecho, han arrastrado con ellos a la nación entera.² Pero, para que nuestro gobierno dé un paso,

² Wendell Phillips juega el mismo papel en la guerra civil americana que un Buonarotí, por ejemplo, en la Revolución Francesa, defendiendo las mismas ideas: "La experiencia de la Revolución Francesa y más particularmente los trastornos y virajes de la Convención Nacional han demostrado suficientemente, a mi modo de ver, que un pueblo, cuyas opiniones se han formado bajo un régimen de desigualdad y despotismo, es poco adecuado, al comienzo de una revolución regeneratriz, para designar por sus sufragios los hombres encargados de dirigirla y llevarla a buen fin. Esta difícil tarea no puede corresponder más que a ciudadanos prudentes y animosos... Quizás sea necesario, en el nacimiento de una revolución política, incluso por respeto a la soberanía real del pueblo, ocuparse menos de recoger los sufragios de la nación que de hacer caer, lo menos arbitrariamente que sea posible, la autoridad suprema en manos prudentes y fuertemente revolucionarias" (Buonarotí, *Conspiration pour l'Égalité dite de Babeuf*).

antes tienen que ponerse en movimiento diez y nueve millones de hombres. Ahora bien, durante años, se ha predicado a esos millones de hombres seres humanos que la esclavitud ¡era de instauración divina! Con esos prejuicios, que os atan las manos y el corazón, pedís a vuestro Presidente que os salve de los negros. Si esta teoría fuese justa, solamente el despotismo esclavista podría asegurar la paz por un tiempo...

"Conozco a Lincoln. He medido su capacidad en Washington: es una mediocridad de primer orden (*a first-rate second-rate man*). Como una escoba, espera honestamente que la nación la coja en su mano, a fin de barrer la esclavitud... El año último, no lejos de la tribuna donde yo hablo hoy, disparos de morteros hechos por conservadores han intentado ahogar mi voz. ¿Cuál fue el resultado?

"Los hijos de esos conservadores cavan hoy sus propias tumbas en los pantanos de Chickahominy.⁸ Disolved esta Unión en nombre del Señor y reemplazadla por una nueva sobre cuyo frontispicio escribáis: «Libertad política para todos los hombres de la tierra». Durante mi estancia en Chicago, he pedido a juristas de Illinois que han conocido a Lincoln que me dijeran qué clase de hombre era. ¿Sabe decir no? La respuesta fue: «Carece de columna vertebral. Los americanos que hubiesen querido un hombre absolutamente incapaz de gobernar y de tomar iniciativas, hubiesen elegido a Abraham Lincoln. Nunca nadie le ha oído decir no». Yo pregunté: «¿Es McClellan hombre propicio a decir no?». El director del ferrocarril de Chicago que empleaba a McClellan me respondió: «Es incapaz de tomar

⁸ La batalla de Richmond junto a las riberas pantanosas del Chickahominy duró siete días (del 25 de junio al primero de julio de 1862). Terminó con la retirada del ejército nordista, bajo el mando de McClellan.



una decisión. Planteadle una cuestión y necesita una hora para pensar la respuesta. En tanto que ha tenido que decidir una cuestión litigiosa».

”¡He aquí los hombres que, más que cualesquiera otros, tienen en sus manos la suerte de la República del Norte! Hombres que se hallan bien al corriente de la situación del ejército, aseguran que Richmond podría haberse tomado cinco veces si el inútil que se halla al frente del ejército lo hubiera permitido; pero prefiere abrir trincheras en los pantanos de Chickahominy, para en seguida abandonar el sitio con todas sus escarpaduras boscosas. Porque teme cobardemente a los Estados esclavistas fronterizos, Lincoln mantiene a este hombre en su puesto actual, pero vendrá el día en que Lincoln tendrá que reconocer que jamás tuvo confianza en McClellan...

“Esperamos que la guerra dure lo bastante como para transformarnos en hombres, y entonces venceremos rápidamente. Dios ha puesto en nuestras manos la pólvora y el disparo de la emancipación para reducir esta rebelión a polvo”.

Carlos Marx

**SINTOMAS DE DISOLUCION
DE LA CONFEDERACION
DEL SUR**

Die Presse,
14 de noviembre de 1862
Londres, 7 de noviembre de 1862

La prensa inglesa es más sudista que el mismo Sur, ya que ve todo negro en el Norte y pinta todo de color blanco en el país de los "negros". Pero encontramos que los Estados esclavistas no participan nada en la "euforia de la victoria" que arrebató al *Times*.

La prensa sudista se lamenta unánimemente por la derrota de Corinth, y acusa a los generales Price y Van Dorn "de incapacidad y presunción".¹ El *Mobile Advertiser* cita al 42 regimiento de Alabama, que, el viernes antes de la batalla, contaba con quinientos treinta hombres y el sábado por la noche no tenía más que diez. Entre tanto, el resto había sido muerto, hecho prisionero, herido o había desaparecido. Los periódicos de Virginia emplean el mismo lenguaje.

El *Richmond Whig* escribe: "Está claro que el objetivo inmediato de nuestra campaña del Mississippi ha fallado". El *Richmond Enquirer* prosigue. "Es de temer que el efecto de esta batalla no deje de tener consecuencias nefastas sobre nuestra campaña del Oeste".

¹ El 3 de octubre de 1862, las tropas sudistas bajo el mando de los generales Price y Van Dorn atacaron las posiciones nordistas cerca de Corinth. La batalla duró dos días y terminó con la derrota y retirada de los confederados.



Este pronóstico se ha realizado, como lo muestra la evacuación de Kentucky por Bragg y la derrota de los confederados, cerca de Nashville (Tennessee).

La misma fuente sudista —los periódicos de Virginia, de Georgia y de Alabama— nos da interesantes aclaraciones sobre el conflicto entre el gobierno central de Richmond y los gobiernos de los Estados esclavistas particulares. La ocasión fue la última ley sobre el reclutamiento, gracias a la cual el Congreso prolonga el tiempo de servicio mucho más allá de la edad normal. En Georgia, cierto Levingood fue enrolado en virtud de esta ley; pero, al rehusar unirse a su cuerpo, fue detenido por un agente de la Confederación, J. P. Bruce. Levingood apela al tribunal supremo del Elbert County (Georgia), que ordena su liberación inmediata. En su larga exposición de motivos, los jueces declaran ante otras cosas:

“En el párrafo del preámbulo de la Constitución de la Confederación, se señala cuidadosa y expresamente que los diferentes Estados son independientes y soberanos. ¿En qué sentido es todavía posible decirlo en lo que concierne a Georgia, si cada miliciano puede ser sustraído por la fuerza al control del comandante supremo de ese Estado? Si el Congreso de Richmond hace una ley admitiendo excepciones al reclutamiento, ¿qué es lo que le impide hacer leyes que no las admitan de suerte que compromete la responsabilidad del gobernador, de la asamblea legislativa y del personal de justicia, poniendo fin a la autonomía de todos los órganos gubernamentales del Estado particular? Por estas razones, entre otras, juzgamos y ordenamos por la presente sentencia que la ley de reclutamiento del Congreso es nula y no tiene ningún valor legal”...

Así, el Estado de Georgia ha prohibido el reclutamiento en el interior de sus fronteras y el gobier-

no de la Confederación no ha osado oponerse.

Encontramos en Virginia las mismas fricciones entre el "Estado particular" y la "confederación particular de Estados". La razón del conflicto está en que el gobierno del Estado niega a los agentes de Jefferson Davis el derecho a reclutar los milicianos de Virginia e incorporarlos al ejército confederado. En esta ocasión, se ha abierto una viva polémica entre el ministro de la Guerra, J. B. Floyd, quien, bajo la Presidencia de Buchanan y a título de ministro de la Guerra de la Unión, preparó la secesión y, para colmo, hizo hacer "secesión" en su caja privada a una parte apreciable del Tesoro público. Este famoso jefe secesionista llamado en el Norte *Floyd the Thief* (Floyd el ladrón) pasa ahora como campeón de los derechos de Virginia contra la Confederación. A propósito de la correspondencia entre Floyd y el ministro de la Guerra, el *Richmond Examiner* señala lo siguiente:

"Toda esta correspondencia ilustra la resistencia y la animosidad que nuestro Estado (Virginia) y su ejército sufren por parte de quienes abusan del poder de la Confederación en Richmond. Virginia está agobiada por cargas intolerables. Pero todo tiene sus límites; por paciente que sea, el Estado no soportará por más tiempo la repetición de abusos legislativos [...]. Virginia ha suministrado prácticamente todas las armas, municiones y suministros militares que permitieron ganar las batallas de Bethel y de Manassas. Para ponerlo al servicio de la Confederación, sacó de sus propios arsenales y depósitos setenta y tres mil fusiles y mosquetones, doscientas treinta y tres piezas de artillería y un magnífico armamento. Ha puesto al servicio de la Confederación hasta el último hombre en estado de combatir; no obstante, se ha visto obligada a rechazar al enemigo de su frontera occidental por sus

propios medios; ¿no resulta indignante que los agentes del gobierno de la Confederación se atrevan hoy a jugar con él?

En Texas también, el envío repetido hacia el Este de su población masculina ha despertado la oposición a la Confederación. El 30 de septiembre, Oldham, el representante de Texas, ha protestado en el Congreso de Richmond:

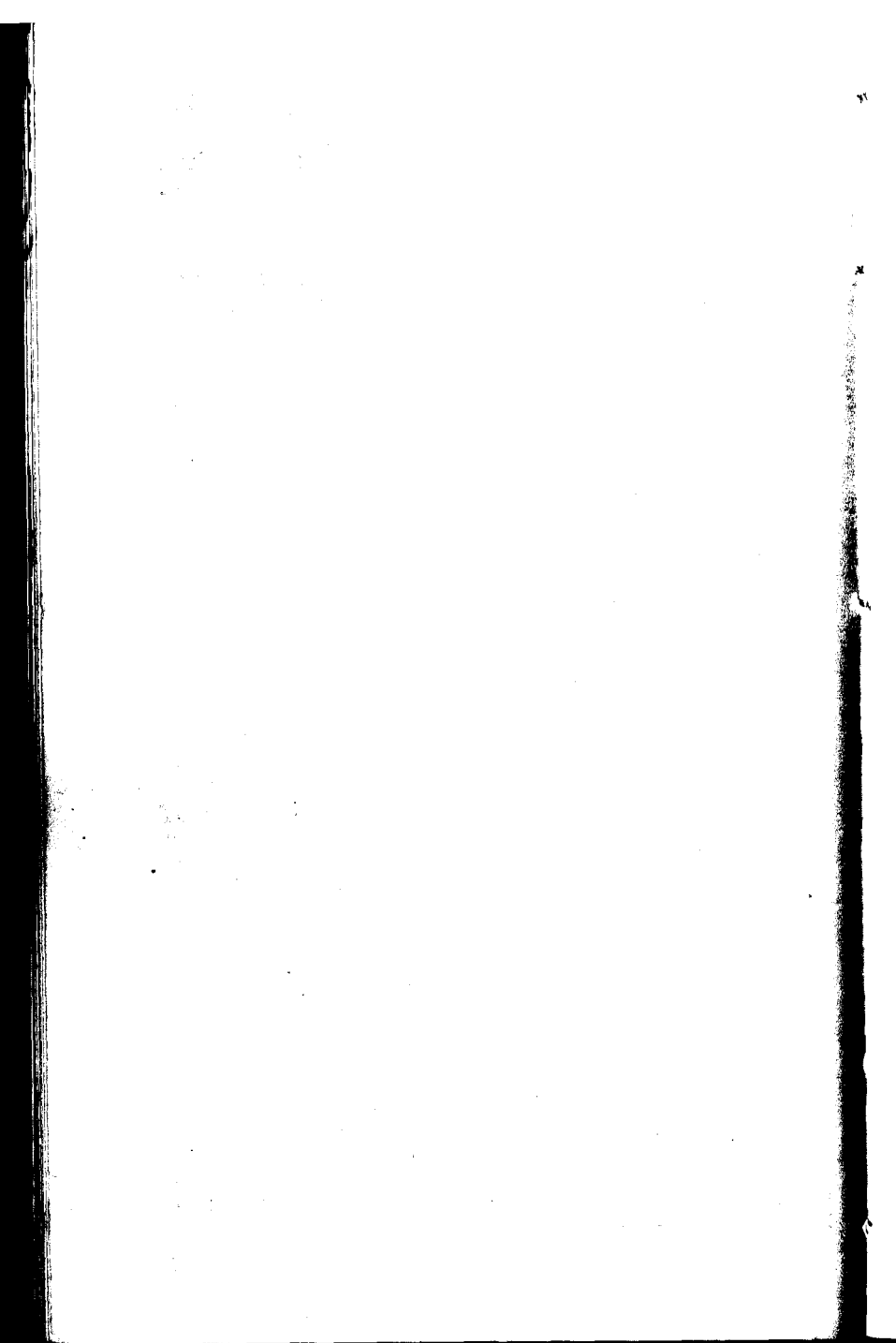
“Cuando la expedición Wildgans de Subley, tres mil quinientos soldados escogidos de Texas han sido enviados a la muerte en las áridas planicies de Nuevo México. El resultado fue atraer a nuestras fronteras al enemigo, que las pasará este invierno. Habéis expedido las mejores tropas de Texas al este del Mississipi, las habéis enviado a Virginia, las habéis utilizado en los puntos más peligrosos, donde han sido diezmadas. Las tres cuartas partes de cada regimiento tejano duermen en la tumba o han tenido que ser devueltos a sus hogares a causa de enfermedades. Si este gobierno continúa sangrando las disponibilidades combatientes de Texas para mantener cada regimiento en su efectivo normal, **Texas será arruinado, irremediablemente arruinado. Es injusto y poco político. Estos hombres quieren defender sus familias, sus propiedades y su patria. En su nombre, yo protesto contra el hecho de que se expidan esos hombres del oeste del Mississipi hacia el este, y que se desguarnezca su propio país cuando el norte, el este, el oeste y el sur de nuestro Estado se hallan amenazados por el enemigo**”.

De los datos proporcionados por los mismos periodistas sudistas, se desprenden dos conclusiones. Los esfuerzos exigidos por el gobierno confederal para colmar los vacíos del ejército sobrepasan el límite de lo tolerable. Los recursos militares se agotan. Pero, además, y este punto es decisivo, la doctrina de los *state rights* (de la soberanía de los Estados

particulares) gracias a la cual los usurpadores han dado a la secesión un barniz constitucional, amenaza actualmente volverse contra ellos. Jefferson Davis no ha logrado "hacer del Sur una nación", contrariamente a lo que proclama su admirador inglés Gladstone.²

² Se alude a un discurso de Gladstone, el 7 de octubre de 1862 en Newcastle. El primer ministro inglés declaró que la Confederación del Sur no solamente había creado un ejército y una flota, sino también —lo que era mucho más importante— una nación.





Carlos Marx

LOS RESULTADOS ELECTORALES EN LOS ESTADOS DEL NORTE

Die Presse,

23 de noviembre de 1862

Londres, 18 de noviembre de 1862

Las elecciones constituyen, en efecto, una derrota para el gobierno de Washington.¹ Los viejos jefes del Partido Demócrata han explotado hábilmente el mal humor debido a las torpezas financieras y a las impericias militares, y no hay duda de que el Estado de Nueva York entre las garras de los Seymour, Wood y Bennett, puede convertirse en el centro de peligrosas intrigas. Sin embargo, no hay que exagerar la importancia práctica de esta *reacción*. La actual Cámara de Representantes republicana continúa y los representantes que acaban de ser elegidos no entran en función hasta diciembre de 1863.

En cuanto conciernen al Congreso de Washington, las elecciones no son por ahora más que una demostración. En ningún Estado, salvo el de Nueva York, ha habido elecciones de gobernadores. El Partido Republicano sigue, pues, antes como después, a la cabeza de los diferentes Estados. Las victorias electorales de los republicanos en Massachusetts, en Iowa, en Michigan e Illinois contrarrestan en cierta

¹ Con ocasión de las elecciones a la Cámara de Representantes del Congreso del 4 de noviembre de 1862 en los Estados del Norte, los republicanos consiguieron, desde luego, la mayoría en la mayor parte de los Estados nordistas, pero perdieron con respecto a las elecciones precedentes, un número considerable de votos en Nueva York y en los Estados del Noroeste, que votaron por los demócratas.

medida sus pérdidas en Nueva York, en Pennsylvania, en Ohio y en Indiana.

Un análisis algo detallado de las ganancias "demócratas" conduce a un resultado totalmente distinto al que proclaman los periódicos ingleses. La ciudad de Nueva York, muy desquiciada por el populacho irlandés, *ha tomado estos últimos tiempos una parte activa en la trata de esclavos y constituye la sede del mercado financiero americano, al mismo tiempo que representa al acreedor hipotecario de todas las plantaciones del Sur.* En todo tiempo, fue claramente "demócrata", al modo como Liverpool es hoy aún conservadora. Como desde 1856, los *distritos rurales* del Estado de Nueva York han votado todavía por los republicanos, aunque con menor celo que en 1860. Por lo demás, una gran parte de los hombres en edad de votar se encuentra en campaña.

Si se suman los distritos urbanos y los rurales, la mayoría demócrata no es más que de ocho a diez mil votos en el Estado de Nueva York.

En Pennsylvania, que se balancea primeramente **entre los liberales y los demócratas**, después entre los demócratas y los republicanos, la mayoría demócrata no se eleva más que a tres mil quinientos votos; en Indiana es más débil aún, y en Ohio, donde es de ocho mil votos, los líderes demócratas señalados por sus simpatías por el Sur —tal el odioso Vallandigham— han perdido, sin embargo, su puesto en el Congreso.

El irlandés ve en el negro un peligroso concurrente. Los laboriosos campesinos de Indiana y de Ohio odian al negro en segundo lugar después de la esclavitud. Para ellos, es el símbolo de la esclavitud y del envilecimiento de las clases laboriosas, y la prensa demócrata agita todos los días la amenaza de que sus territorios sean anegados por los

“negros”. Por añadidura, son los Estados que han suministrado los más fuertes contingentes de voluntarios, los que están más descontentos de la miserable manera de conducir la guerra en Virginia.

Pero esto no es, sin embargo, lo esencial. En el momento en que Lincoln fue elegido (1860), la guerra civil no había estallado aún, y la cuestión de la emancipación de los negros no se hallaba aún a la orden del día. Estando aún separado enteramente del partido abolicionista, el Partido Republicano en 1860 quería simplemente protestar contra la extensión de la esclavitud a otros territorios y proclamaba al mismo tiempo que no trataba de ocuparse de esta institución en los Estados donde ya existía legalmente. Si hubiera lanzado el grito de guerra de *la emancipación de los esclavos*, Lincoln hubiera sido seguramente derrotado entonces, ya que la mayoría no la quería.

Ocurre muy distintamente en las elecciones que acaban de celebrarse. Los republicanos hicieron causa común con los abolicionistas. Con énfasis se declararon por la emancipación inmediata, bien como fin en sí o bien como medio de poner término a la rebelión.

Si se tiene bien en cuenta este dato, la mayoría gubernamental en Michigan, en Illinois, en Massachusetts, en Iowa y en Delaware y la minoría muy fuerte en los Estados de Nueva York, de Ohio y de Pennsylvania, aparecen también sorprendentes, tanto una como otra. Tal resultado era inconcebible antes de la guerra, incluso en Massachusetts. Ha bastado que el gobierno y el Congreso (convocado para el mes próximo) hiciesen prueba de alguna energía para que los abolicionistas, que se identifican en adelante con los republicanos, tomarán por todas partes la ventaja moral y numérica. Las veleidades de intervención de Luis Bonaparte les pro-



curan un sostén "exterior". El único peligro consiste en el sostén de generales tales como McClellan, que, abstracción hecha de su incapacidad, son partidarios declarados de la esclavitud.

Carlos Marx

LA DESTITUCION DE McCLELLAN

Die Presse,

29 de noviembre de 1862

Londres, 24 de noviembre de 1862

“McClellan ha sido destituido”, tal es la respuesta de Lincoln a la victoria electoral de los demócratas.

Los periódicos demócratas habían proclamado con la mayor seguridad que la elección de *Symour* al puesto de gobernador del Estado de Nueva York supondría la revocación inmediata de la *proclama* de Lincoln sobre la abolición de la esclavitud en Secesia a partir de primero de enero de 1863. Apenas los periódicos que publicaron esta profecía habían salido de la imprenta, cuando su general favorito —porque temía tanto una gran derrota, como una victoria decisiva— fue retirado de su mando y enviado a su casa.

Recuérdese que en respuesta a la *proclama* de Lincoln, McClellan había lanzado una *contraproclama*, una orden del día a su ejército. Ciertamente, prohibía toda manifestación contra la medida presidencial, pero deslizaba también las funestas palabras siguientes: “Es deber de los ciudadanos rectificar los errores políticos, si los hay, por la vía de las urnas”. McClellan, a la cabeza del principal ejército de los Estados Unidos, apelaba, pues, al Presidente ante las próximas elecciones. Echa en la balanza el peso de su autoridad. Salvo un *pronunciamiento* a la manera española, no podía expresar más claramente su hostilidad a la política del Presidente. Tras la victoria electoral de los demócratas, no quedaba, pues, a Lincoln otra sali-

da: bien debía rebajarse hasta convertirse en el instrumento del partido del compromiso proesclavista, o bien privar a este partido del apoyo de que beneficiaba en el ejército en la persona de McClellan.

He aquí por qué la destitución de McClellan en este momento preciso es una demostración política. Pero, de todas maneras, había llegado a ser inevitable. En un informe al ministro de la Guerra, el comandante en jefe, Halleck, había acusado a McClellan de insubordinación pura y simple. Poco después de la derrota de los confederados en Maryland el 6 de octubre, Halleck había dado la orden de atravesar el Potomac, aprovechando que el débil nivel de agua del río y sus afluentes favorecía entonces las operaciones militares. Desafiando esta orden, McClellan no mueve un dedo, con el pretexto de que su ejército era incapaz de andar, pues faltaban los aprovisionamientos. En su informe, Halleck demuestra que esto era un mero subterfugio, que el ejército del Este gozaba de grandes privilegios, con respecto al del Oeste, en lo que concierne a la intendencia. Como quiera que fuese, el aprovisionamiento necesario podía ser recibido tan bien al sur como al norte del Potomac. Un segundo informe completo el de Halleck. El comité encargado de investigar la rendición de Harper's Ferry¹ a los confederados acusa a McClellan de haber concentrado las tropas de la Unión, estacionadas cerca de ese arsenal, con una lentitud incomprensible —las hizo avanzar solamente seis millas inglesas (alrededor de milla y media alemana) por día— para

¹ Harper's Ferry, importante centro militar en el Potomac. Los sudistas se apoderaron de él, el 15 de septiembre de 1862, bajo el mando de Jackson, cuando invadieron Maryland. Los mil hombres de la guarnición, así como todo el arsenal, cayeron en manos de los confederados.

relevarlas. Estos informes de Halleck y del Comité estaban en manos del Presidente desde *antes* de la victoria electoral de los demócratas.

Frecuentemente hemos esbozado en estas columnas el arte con que McClellan ha ejercido su alto mando para que baste recordar aquí que buscaba sustituir el envolvimiento estratégico por la decisión táctica, que estaba siempre a la busca de argumentos adecuados a esta prudencia de Estado Mayor que impedía explotar las victorias o prevenir las derrotas. La breve campaña de Maryland le había dado una falsa aureola. En efecto, conviene señalar que recibió todas sus principales órdenes de marcha del general Halleck, quien había además concebido el plan de la primera campaña de Kentucky, y que la victoria sobre el campo de batalla se debía exclusivamente a la bravura de sus subordinados, en particular del general *Reno*, caído en el campo de batalla y de *Hooker*, quien, en este momento, aún no se ha restablecido enteramente de sus heridas.

Napoleón escribía en otro tiempo a su hermano José que el peligro era el mismo en todos los puntos de un campo de batalla y que buscando huir de él no se hacía más que precipitarlo más seguramente. McClellan parece haber comprendido este axioma, pero sin la receta que Napoleón sugería a su hermano. Durante toda su carrera militar, McClellan *jamás* ha puesto los pies en un campo de batalla, ni recibido el bautismo de fuego. El general *Kearney* señala fuertemente esta originalidad en una carta publicada por su hermano, después de muerto Kearney, en una de las batallas libradas por Pope ante Washington.

McClellan se las arreglaba para ocultar esta mediocridad tras la máscara de una condescendencia altanera, de un laconismo discreto y de una reserva

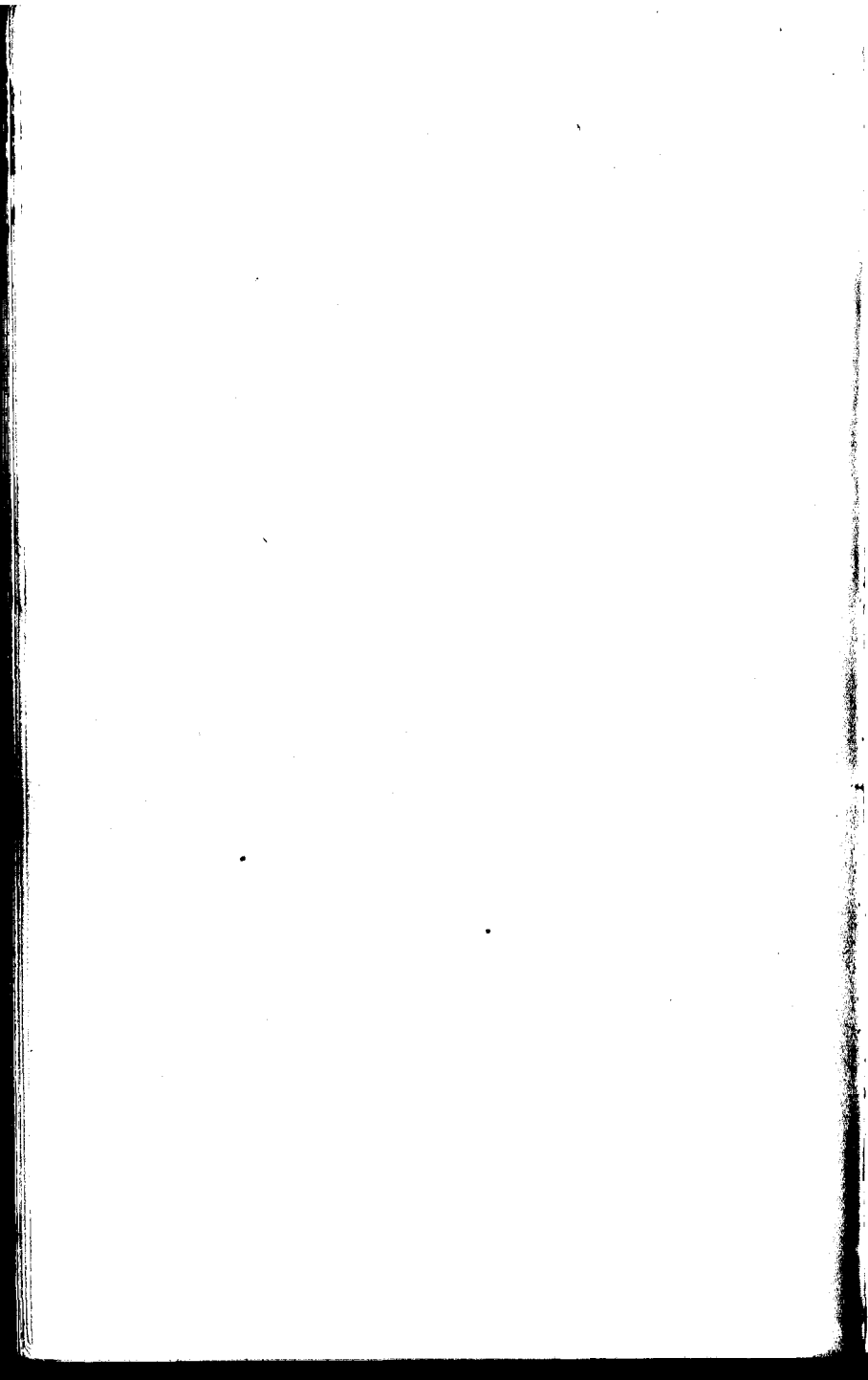


llena de dignidad. Sus defectos le aseguraban la confianza inquebrantable del Partido Demócrata del Norte y el "leal reconocimiento" de los secesionistas. Entre los oficiales superiores de su ejército, supo reclutar partidarios, creando un Estado Mayor de una amplitud desconocida hasta entonces en los anales de la historia militar. Cierta número de viejos oficiales, que habían pertenecido al antiguo ejército de la Unión y habían sido formados en la Academia de West Point, encontraron en él un punto de apoyo en sus rivalidades con los "generales de civil" de formación reciente y en sus simpatías secretas con los "colegas" del campo adversario. El soldado, en fin, no conocía sus cualidades militares más que de oídas; le atribuía, por lo demás, todos los méritos de una intendencia notable y deducía toda suerte de anécdotas gloriosas de su laconismo condescendiente. El único don propio de un comandante supremo que tuvo McClellan fue el de asegurar su popularidad entre su ejército.

El sucesor de McClellan, *Burnside*, es demasiado poco conocido para que lo podamos juzgar. Perteneció al Partido Republicano. Hooker, en cambio, que asume el mando del cuerpo de ejército que sirve directamente bajo las órdenes de McClellan, es sin duda alguna el más bullicioso de los oficiales de la Unión: es "Fighting Joe" (luchador Joe) como sus tropas le llaman, quien más ha contribuido a los triunfos de Maryland. Es *abolucionista*.

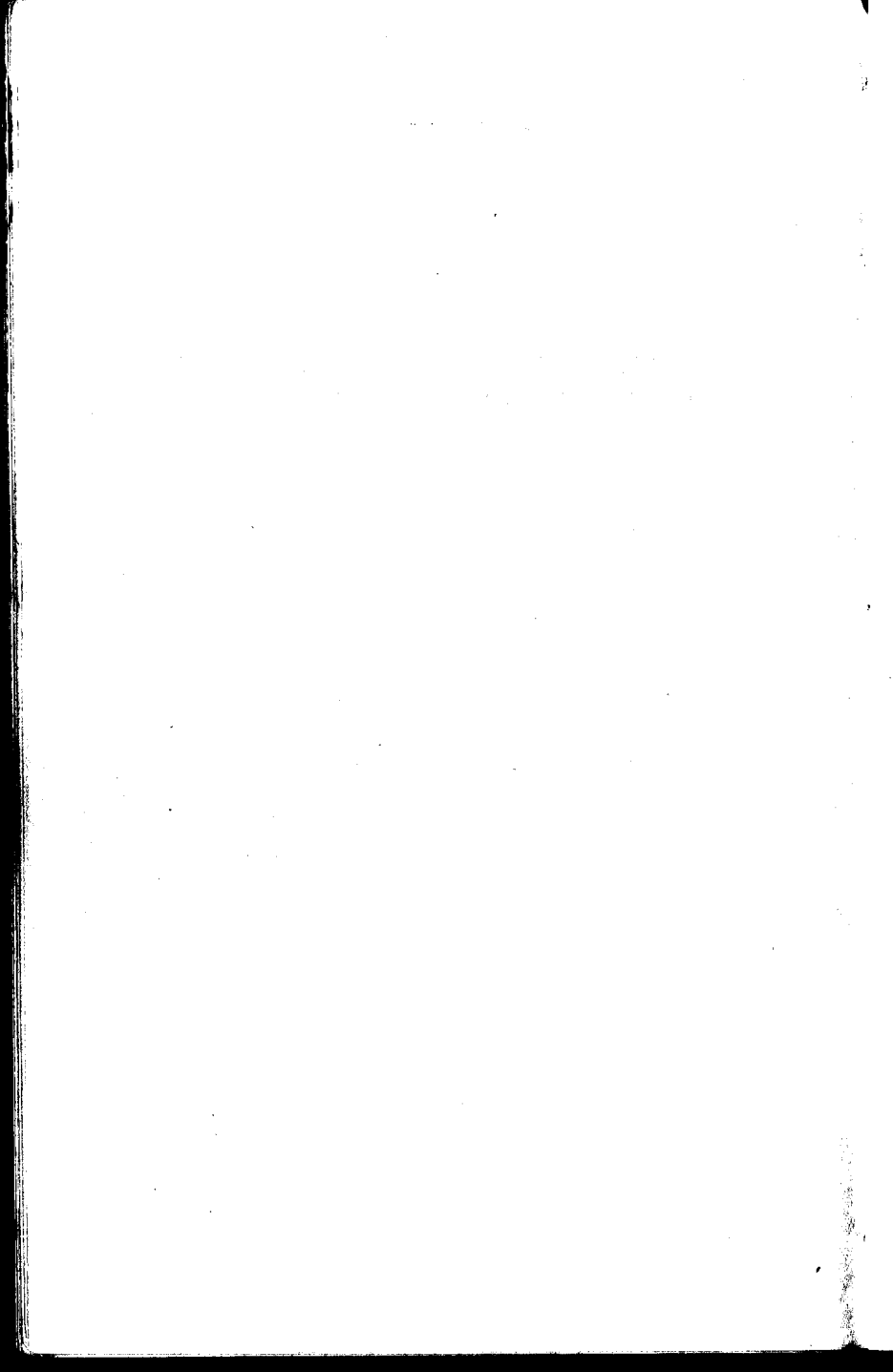
Los periódicos americanos que nos traen la noticia de la destitución de McClellan nos informan que "Lincoln —observa el *Morning Star* con razón— ha demostrado al mundo, por sus sucesivas manifestaciones de firmeza, que era un hombre que puede ser lento, pero sólido; que avanza con infinitas precauciones, pero no retrocede jamás. Cada paso de su carrera administrativa sigue con energía la bue-

na dirección que se ha fijado. Habiendo partido de la decisión de desterrar la esclavitud de los territorios, lo vemos al fin llegando al objetivo final de todo el «movimiento antiesclavista»: extirpar esta plaga del suelo de toda la Unión. Ha alcanzado ya la gloriosa posición que consiste en declinar toda responsabilidad de la Unión en el sostenimiento de la esclavitud.”



Carlos Marx

**A ABRAHAM LINCOLN, PRESIDENTE DE
LOS ESTADOS UNIDOS DE AMERICA**



Der Social-Demokrat,
30 de diciembre de 1864

Señor:

Cumplimentamos al pueblo americano con ocasión de vuestra reelección, por una fuerte mayoría.¹

Si la moderada consigna de vuestra primera elección ha sido la resistencia al poder de los esclavistas, el grito de guerra triunfal de vuestra reelección es: ¡muerte a la esclavitud!

Desde el principio de la lucha titánica que lleva América, los obreros de Europa sienten instintivamente que la suerte de su clase depende de la bandera estrellada. La lucha por los territorios que inaugura la terrible epopeya, ¿no debía decidir si la tierra virgen de zonas inmensas debía ser fecundada por el trabajo del emigrante, o manchada por el látigo del guardián de esclavos?

Cuando la oligarquía de los trescientos mil esclavistas osa, por primera vez en los anales del mundo, inscribir la palabra esclavitud en la bandera de la rebelión armada; cuando en el lugar mismo en que, un siglo antes, la idea de una gran república democrática nació al mismo tiempo que la primera

¹ Sería evidentemente abusivo extender este elogio de Marx a todos los presidentes de los Estados Unidos. Marx trata, en efecto, de felicitar a Lincoln por su acción anti-esclavista, que permite pasar de la primera parte de la guerra civil (plan constitucional de la salvaguarda de la Unión) al plan revolucionario para la *abolición de la esclavitud de los negros*.

declaración de los derechos humanos,² que juntos dieron el primer impulso a la revolución europea del siglo XVIII —cuando en este lugar la contrarrevolución se gloria, con una violencia sistemática, de invertir las “ideas dominantes de la época de la formación de la vieja Constitución” y presenta “la esclavitud como una institución benéfica, hasta como la única solución al gran problema de las relaciones entre trabajo y capital”, proclamando cínicamente que el derecho de propiedad sobre el hombre representa la piedra angular del nuevo edificio— entonces las clases obreras de Europa comprendieron en seguida, antes incluso de que la adhesión fanática de las clases superiores a la causa de los confederados no las haya prevenido, que la rebelión de los esclavistas sonaba la alarma para una cruzada general de la propiedad contra el trabajo y que, para los hombres de trabajo, el combate de gigante librado al otro lado del Atlántico no ponía solamente en juego sus esperanzas en el futuro, sino

² El 4 de julio de 1776, los delegados de las 13 colonias inglesas de Norte América, que estaban en guerra contra Inglaterra, proclamaron su independencia en el Congreso de Filadelfia. Crearon una república independiente con el nombre de Estados Unidos de América. La declaración de independencia, fundamentalmente obra de Jefferson —propietario, abogado y hombre político de sentimientos democráticos— constituye la primera declaración formal de los derechos del hombre y condensa las aspiraciones que la burguesía ascendente fue ideológicamente elaborando desde el Renacimiento hasta la Ilustración. Pero si la proclamación de estos derechos del hombre y del ciudadano representa un gran paso adelante en la historia liberadora de la humanidad —con respecto al régimen anterior a la revolución burguesa— no es, con todo, una conquista definitiva y general, ni incluso una verdadera liberación. Se ve esto con el simple hecho de que esta proclamación dejaba subsistir la esclavitud de una parte considerable de la población de los Estados Unidos. Marx ha hecho la crítica de este hecho en *La Cuestión Judía*, en 1844, desde el punto de vista de la total emancipación de la revolución socialista.

también sus conquistas anteriores. Por ello, soportaron siempre con paciencia los sufrimientos que les impuso la crisis del algodón y se opusieron con vigor a la intervención en favor del esclavismo que preparaban las clases superiores y "cultivadas", y un poco por toda Europa contribuyeron con su sangre a la buena causa.

Tanto como los trabajadores, el verdadero poder político del Norte permitió a la esclavitud manchar su propia República; en tanto que aquéllos se glorificaban de gozar —con relación a los negros que tenían un amo y eran vendidos sin consultarlos— del privilegio de ser libres de venderse a sí mismos y de escoger su patrón, fueron incapaces de combatir por la verdadera emancipación del trabajo o de apoyar la lucha emancipadora de sus hermanos europeos.

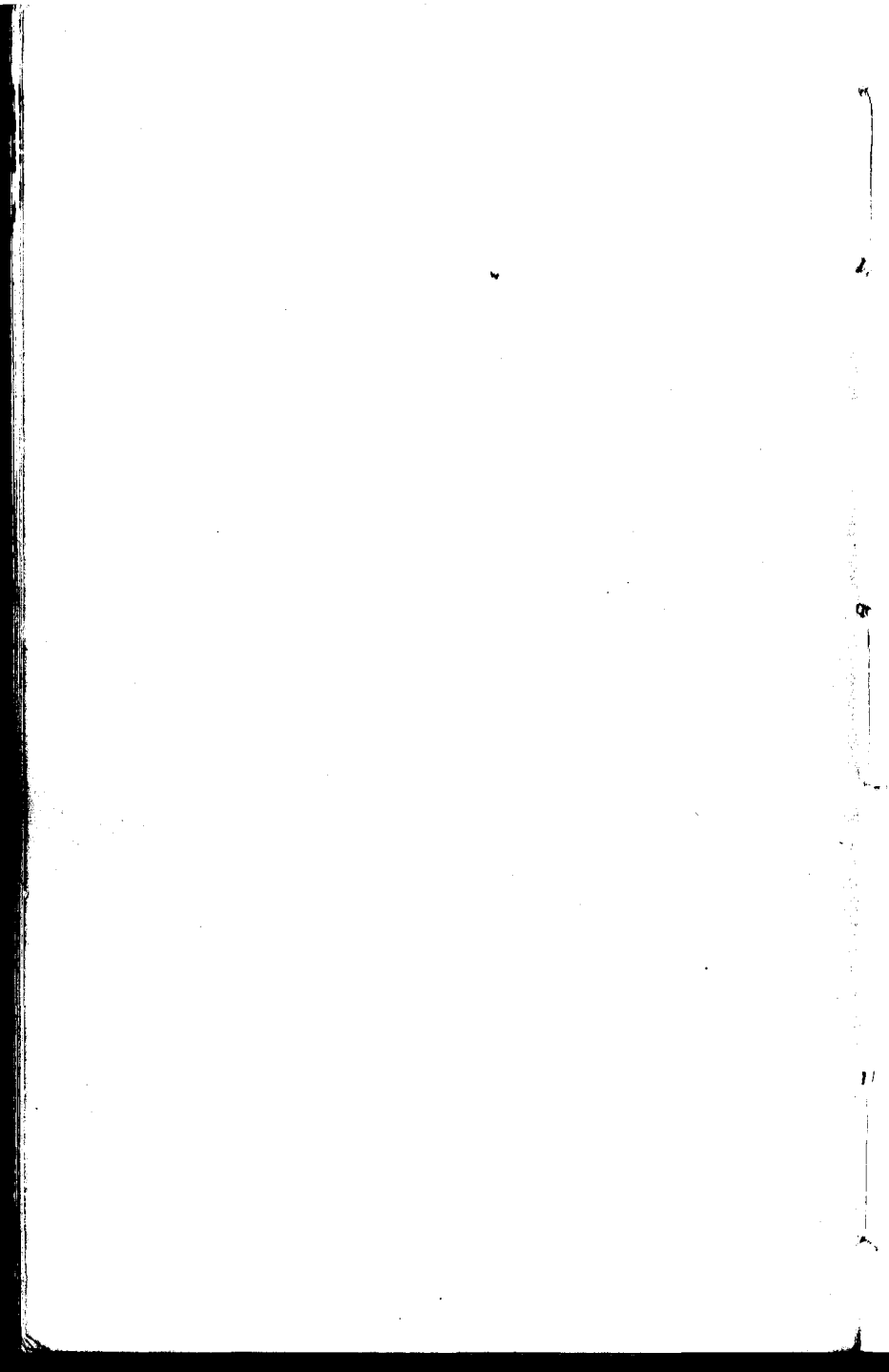
Los obreros de Europa están convencidos de que si la guerra de Independencia americana ha inaugurado la nueva época de expansión de las clases burguesas, la guerra intiesclavista americana ha inaugurado la nueva época del ascenso de las clases obreras. Consideran como el anuncio de la nueva era que la suerte haya designado a Abraham Lincoln, el enérgico y valeroso hijo de la clase trabajadora, para conducir a su país en la lucha sin igual para la emancipación de una raza encadenada y para la reconstrucción de un mundo social.

Firmado en nombre de la Asociación Internacional de los Trabajadores, por el Consejo Central.³

³ Sigue la lista de los firmantes, responsables de la A. I. T.

**RESPUESTA DEL EMBAJADOR
AMERICANO AL MENSAJE
DE LA ASOCIACION
INTERNACIONAL DE
TRABAJADORES**





Times, 6 de febrero de 1865 ¹

Al director del *Times*
Señor:

Hace algunas semanas, el Consejo Central de la Asociación nombrada arriba ha enviado al señor Lincoln un mensaje de felicitación. Este mensaje fue transmitido por la legación de los Estados Unidos, y encontrará adjunta la respuesta que le llegó. Le quedaré reconocido por su publicación.

Con mis respetos, W. R. Cremer

Legación de los Estados Unidos
Londres, 31 de enero
Señor:

¹ A propósito de la reacción de Marx a la respuesta de Lincoln, ver *Marx a Engels* de 6 a 10 de febrero de 1865. Marx se muestra visiblemente satisfecho porque Lincoln haya sido sensible al apoyo dado a las fuerzas revolucionarias americanas por las clases obreras inglesas y Marx y Engels. Se sabe que Lassalle, gran agitador político, no se interesó nada por la guerra civil americana (y Marx lo señala en su carta del 10 de febrero de 1865). Es característico del método marxista que el interés lo dirige, no al éxito popular inmediato, sino a los acontecimientos fundamentales y revolucionarios que influyen la evolución social general, tratando de intervenir prácticamente con las fuerzas disponibles cada vez.

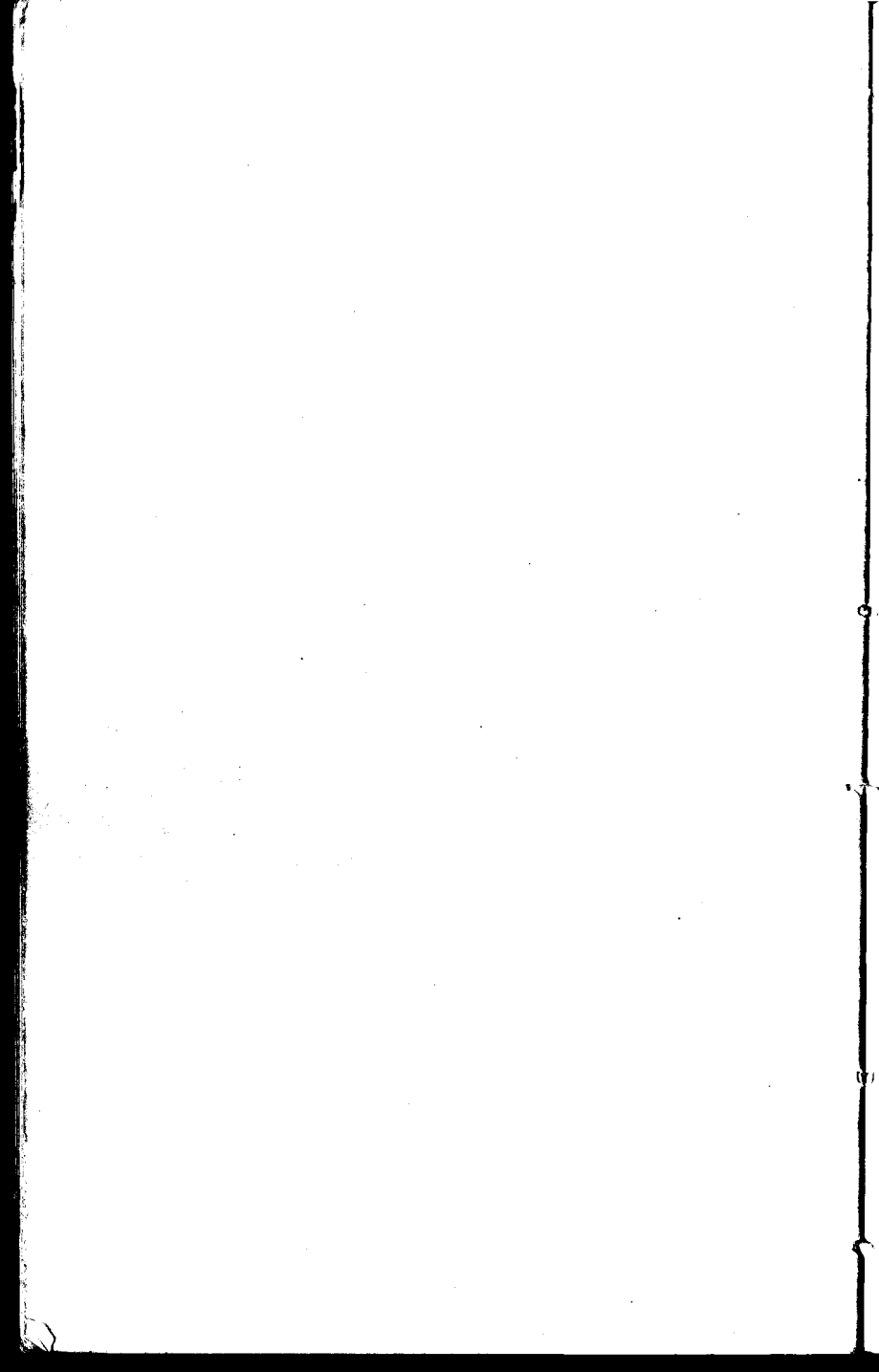
Se me pide informaron que el Presidente de los Estados Unidos ha recibido el mensaje del Consejo Central de vuestra Asociación, transmitido por nuestra Legación. En la medida en que los sentimientos que le son expresados tienen un carácter personal, los acepta, anhelando sinceramente y de todo corazón poder mostrarse digno de la confianza que sus conciudadanos y tantos amigos de la humanidad y del progreso de todo el mundo le han concedido recientemente. El gobierno de los Estados Unidos se da perfectamente cuenta de que su política no es ni podría ser reaccionaria, pero, al mismo tiempo, se mantiene en la línea al principio adoptada, es decir, que se abstiene en general de una política expansionista y de intervenciones ilegales. Se esfuerza por rendir igual y exacta justicia a todos los Estados y a todos los hombres, y cuenta con los resultados benéficos de este esfuerzo para ser sostenido en el interior y gozar del respeto y la buena voluntad del mundo. Las naciones no existen para sí mismas, sino para promover el bienestar y la felicidad de la humanidad, cultivando relaciones ejemplares de buena voluntad. En esta perspectiva es en la que los Estados Unidos consideran que en el conflicto actual contra los rebeldes esclavistas, su causa se identifica con la de la naturaleza humana, y consiguen nuevo aliento para perseverar, del testimonio que le ofrecen los obreros de Europa, mostrando que esta actitud nacional goza de su aprobación esclarecida y de sus verdaderas simpatías.

Tengo el honor de considerarme, señor, su humilde servidor.—Charles Francis Adams.

M. W. R. Cremer, secretario general honorario de la Asociación Internacional de Trabajadores, 18, Greek Street, W.

**MENSAJE DE LA ASOCIACION
INTERNACIONAL DE TRABAJADORES
AL PRESIDENTE JOHNSON**





The Bee-Hive Newspaper,
20 de mayo de 1865

A Andrew Johnson¹
Presidente de los Estados Unidos
Señor:

El demonio de la "institución particularista" por el reino de la cual el Sur ha tomado las armas, no podía permitir a sus adeptos ser derrotados honorablemente en campo abierto. Lo que ha comenzado en la traición no podía terminar más que en la ignominia. Del mismo modo que la guerra por la Inquisición ha suscitado un Gerard, la rebelión pro-esclavista de Jefferson Davis ha producido un Booth.

No es nuestro propósito buscar palabras de duelo y horror, cuando el corazón de dos mundos está lleno de emoción. Incluso los sicofantes que, año tras año, día tras día, han realizado un trabajo de Sísifo para asesinar moralmente a Abraham Lin-

¹ A propósito de este mensaje, ver las cartas cambiadas entre Marx y Engels, el 3, 9, 5, 4, 6 y 15 de julio de 1865. En esta última carta, Engels responde a Marx, quien le había escrito que lo política de Johnson le desagradaba: "A mí también la política de Johnson me agrada cada día menos. El odio de los negros se anuncia cada vez más violento y frente a los viejos señores del Sur se desentiende de toda autoridad. Si ello continúa de esta suerte, antes de seis meses todos los viejos bribones de la secesión estarán en el Congreso de Washington. No hay nada que hacer sin el sufragio de las gentes de color, pero Johnson deja a los vencidos, los antiguos amos de los esclavos, el cuidado de arreglar esa cuestión".

coln y la gran República que gobernaba, están hoy asustados por el arrebató universal del sentimiento popular y rivalizan entre ellos por sembrar su tumba abierta de flores de retórica. Al fin se han dado cuenta de que era un hombre que la adversidad no podía abatir, que los éxitos no podían embriagar, sin comprometer jamás por un ciego apresuramiento su progresión lenta e ininterrumpida, sin jamás dejarse arrastrar por la marea del favor público ni desanimarse por una disminución del pulso popular, atemperando sus actos de rigor por un corazón ardiente, iluminando las negras escenas de la pasión con la sonrisa de su humor y cumpliendo su obra de gigante con la misma simplicidad y modestia con que los soberanos de derecho divino gustaban hacer las pequeñas cosas con una pompa y un esplendor glandilocuentes; en una palabra, era uno de los pocos humanos que haya logrado ser grande sin cesar de ser bueno. Realmente, este hombre grande y valeroso era tan modesto que el mundo no descubrió su heroísmo sino cuando fue abatido como mártir.

Seward fue digno del honor, al lado de tal jefe, de ser la segunda víctima de los demonios infernales del esclavismo. ¿No fue él quien, en el momento de vacilación general, fue lo bastante discreto y valeroso como para predecir que el conflicto era inevitable?² ¿No demostró que en las horas más sombrías de este conflicto tenía un sentido romano del deber; no desesperando jamás de la República y de su estrella? Deseamos de todo corazón que él y su hijo recobren su salud, su actividad pública

² Seward había predicho que un "conflicto irreprimible" se preparaba entre el Norte y el Sur, con motivo de su discurso de Rochester el 25 de octubre de 1858. El día del asesinato de Lincoln, Seward y su hijo fueron igualmente víctimas de una agresión y gravemente heridos.

y sus bien merecidos honores, antes del plazo de "noventa días".³

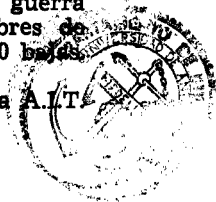
Después de esta terrible guerra civil, que, por sus vastas dimensiones y su gigantesco teatro de operaciones, no parece haber durado más de noventa días con relación a las guerras de Cien Años, de Treinta Años y de Veintitrés Años del viejo mundo, os aguarda, Señor, la tarea de eliminar por la ley lo que fue decidido por la espada y la de emprender la dura obra de reconstrucción política y de regeneración social.

Un sentido agudo de vuestra tremenda misión os salvará de todo compromiso en los duros deberes que tenéis por cumplir. No olvidéis jamás que al iniciar una nueva era de emancipación del trabajo, el pueblo americano ha dado la responsabilidad de la dirección a dos hombres del trabajo: uno es Abraham Lincoln, otro Andrew Johnson.

Firmado en Londres el 13 de mayo de 1865 por el Consejo Central, en nombre de la Asociación Internacional de Trabajadores.⁴

³ En respuesta a los actos de guerra de la Confederación del Sur, el gobierno de Lincoln había llamado, el 15 de abril de 1861, a 75.000 voluntarios al servicio militar, creyendo poder arreglar el conflicto en tres meses. Pero la guerra llegó a enfrentar alrededor de un millón de hombres de cada lado, duró cuatro años y produjo más de 600.000 bajas.

⁴ Sigue la lista de los firmantes, responsables de la A.I.T.



Universidad de Antioquia



6 1000 00219424 5

Se terminó de imprimir en la
Imprenta de Juan Pablos, S. A.,
Mexicali 39, México 11, D. F., el
día 21 diciembre de 1973. Se im-
primieron 2,000 ejemplares. Fecha
de edición, 29 de diciembre de
1973.



384830(2)